

Letras Hispánicas

CONSEJO EDITOR:  
Francisco Rico  
Domingo Ynduráin  
Gustavo Domínguez

863.6

A 973

P-2

Francisco Ayala

*La cabeza del cordero*

Edición de Rosario Hiriart

SEGUNDA EDICIÓN



CATEDRA

LETRAS HISPANICAS

*Stgo. Julio '93*

*\$ 4.900.*

*in Espiranza*

## Proemio

A los veinte años, uno escribe porque le divierte, y ¿para qué más justificación? A los cuarenta, ya es otra cosa: hay que pensarlo; pues sería absurdo agregar todavía, porque sí, un libro más a la multitud de los que, incesante y desconcertadamente, apelan al público, sin motivos que aspiren a valer como razonables fuera del particular gusto y gana del autor. Yo, además, no podría invocar siquiera la mediocre razón de la carrera literaria; yo no hago carrera literaria, ni apenas —me parece— el ejercicio de la literatura puede valer como una carrera entre nosotros. Y aunque nadie negaría títulos profesionales a quien irrumpió, adolescente, en el campo de las letras para nunca desde entonces abstenerse de publicar escritos bajo su firma, lo cierto es que en el escalafón correspondiente no he mostrado —lo confieso— ni continuidad satisfactoria ni excesivo celo funcionario. Al contrario: he procurado sustraerme al encaillamiento; he desdibujado adrede, una vez y otra, mi perfil público; y, volviendo en mí siempre de nuevo, he renunciado a las ventajas, comodidades y tranquilo progreso que son premio de quienes, fieles a un prototipo de actuación social, ni inquietan a los demás, una vez adoptado, ni se inquietan mayormente ellos mismos... Sería equivocación —me adelanto— entender como alarde estas palabras. Expresan —simplemente, y quizá con pena, con nostalgia— la condición a que me ha forzado un mundo en disloque: otras circunstancias me hubieran

hecho hacer otra figura; pero cada cual es hijo, tanto como de sus obras, de su tiempo —las obras engendran la figura del autor en la matriz del tiempo.

A los dieciocho años escribí una novela —su fecha de edición, 1925— que fue saludada en Madrid con buenos auspicios; se titulaba *Tragicomedia de un hombre sin espíritu* y era fruto de lecturas voraces y diversas. Al año siguiente, una segunda novela, *Historia de un amanecer*, recibida con el demasiado normal comentario de la crítica, me dejó, tras de publicarla, insatisfecho, desorientado y persuadido a buscar nuevos caminos. Si antes había leído en confusión los clásicos, los románticos, Galdós, el 98 y sus epígonos, Pérez de Ayala, Gabriel Miró, ahora, y sólo ahora, entré en contacto con los grupos llamados de vanguardia, y me puse a tantear algo por mi propia cuenta. Varias fantasías alimentaron entonces relatos que —antes de aparecer, algunos, recogidos en volumen— publicó la *Revista de Occidente*; relatos «deshumanizados», cuya base de experiencia se reducía a cualquier insignificancia, o vista o soñada, desde la que se alzaba la pura ficción en formas de una retórica nueva y rebuscada, cargada de imágenes sensoriales.

¿Quién no recuerda la tónica de aquellos años, aquel impávido afirmar y negar, hacer tabla rasa de todo, con el propósito de construir —en dos patadas, digamos— un mundo nuevo, dinámico y brillante? Se había roto con el pasado, en literatura como en todo lo demás; los jóvenes teníamos la palabra: se nos sugería que la juventud, en sí y por sí, era ya un mérito, una gloria; se nos invitaba a la insolencia, al disparate gratuito; se tomaban en serio nuestras bromas, se nos quería imitar... El balbuceo, la imagen fresca, o bien el jugueteo irresponsable, los ejercicios de agilidad, la eutrapelia, la ocurrencia libre, eran así los valores literarios de más alta cotización<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Estas palabras del autor han dado lugar a muchos comentarios. A veces han sido interpretadas como un repudio, por su parte, de sus escritos de la época vanguardista, lo cual no es cierto. Ayala ha afirmado: «Se han tomado con exageración ciertas frases de mi proemio a *La cabeza del cordero*, interpretándolas

Pero, a la vez que mi juventud primera, pasó pronto la oportunidad y el ambiente de aquella sensual alegría que jugaba con imágenes, con metáforas, con palabras, y se complacía en su propio asombro del mundo, divirtiéndose en estilizarlo. Todo aquel poetizar florido, en que yo hube de participar también a mi manera, se agostó de repente; se ensombreció aquella que pensábamos aurora con la gravedad hosca de acontecimientos que comenzaban a barruntarse, y yo por mí, me reduje a silencio. Requerido —creía— por otras urgencias e intereses, pero sin duda bajo la presión de una causa más profunda, puse tregua a mi gusto de escribir ficciones, y acudí con mi pluma al empeño de dilucidar los temas penosísimos, oscuros y desgraciados que tocaban a nuestro destino, al destino de un mundo repentinamente destituido de sus ilusiones. Recuerdo bien que un hispanista alemán, excelente amigo cuya suerte ulterior ignoro, Walter Pabst<sup>2</sup>, que había colaborado desde su país con un libro admirable a nuestro combativo y vindicador centenario de Góngora, interpretó en un artículo la que

en el sentido de que yo condenara lo hecho en aquel entonces, o renegara de ello. No hay tal. La fase vanguardista había sido para mí cosa muy positiva, y está sin duda incorporada a cuanto después he escrito. Creo decir verdad si afirmo que gracias a ella me he sentido en libertad frente a la creación literaria, libre incluso de la propia estética vanguardista, y en franquía para buscar por mí mismo en cada caso y ante cada proyecto los medios de expresión que mejor le convenían. Si me he sentido libre de preceptos y modelos, ha sido en gran medida gracias a la vanguardia. Pues, como digo, la vanguardia me liberó, incluso de ella misma...» (*Conversaciones con Francisco Ayala* por Rosario Hiriart, libro de próxima aparición en Espasa-Calpe.)

<sup>2</sup> En una entrevista reciente que hiciera a Francisco Ayala Erna Brandenberger, nuestro autor recuerda al hispanista alemán: «Volví —a Alemania— hacia el año mil novecientos cincuenta y uno o cincuenta y dos para admirar el contraste entre lo devastado y todavía entonces no reconstruido, por una parte, y por otra la prosperidad enorme que en todos los lugares podía advertirse. He encontrado a algún antiguo amigo, como Walter Pabst, que recientemente se ha retirado de profesor de literaturas románicas en la Universidad Libre de Berlín» (Erna Brandenberger: «Francisco Ayala y Alemania», *Cuadernos Hispanoamericanos*, números 329-330, noviembre-diciembre 1977, Madrid, pág. 310).

por entonces sería mi última narración, «Erika ante el invierno», como reflejo del dolor desesperado que afligía por entonces el corazón de Europa. Yo, en verdad, no me había propuesto reflejar eso, ni reflejar nada, sino acaso seguir tanteando en la dirección estética elegida; pero al considerarlo después, compruebo su razón y que, en efecto, mi permanencia en Berlín por los años 29 y 30 (los años de despliegue del nazismo; los mismos, veo, que pasó allí un joven inglés de mi edad, Isherwood, para escribir ahora, retrospectivamente, su significativo *Adiós a Berlín*<sup>3</sup>) infundió en mi ánimo la intuición — y por cierto, la noción también — de las realidades tremendas que se incubaban, ante cuya perspectiva ¿qué sentido podía tener aquel jugueteo literario, estetizante y gratuito a que estábamos entregados? Poco después...<sup>4</sup>

Cuando, como en nuestro caso, se produce una súbita y descomunal mutación histórica, uno puede captar su propio pasado personal como algo desprendido y ajeno, y pronunciarse acerca de la suerte, no ya de las generaciones inmediatamente anteriores, sino también de su propia generación, con notable objetividad y hasta — por eso mismo — con un cierto aire de impudicia. A la altura de hoy ¡qué lejano se ve el ayer!

<sup>3</sup> Christopher Isherwood, *Goodbye to Berlin*, Nueva York, J. Laughlin, 1954.

<sup>4</sup> En «Erika ante el invierno» (1930), relato que pertenece al libro *Cazador en el alba*, recoge Ayala este momento histórico: «Erika había perdido ya todo entusiasmo por su bicicleta... de pronto, las cosas habían cambiado en uno de esos giros de escenografía que la vida tiene... A partir de aquel día el mundo entero presentaba otro aspecto. Más veloz y menos lírico. Estrecho. Idéntico a sí mismo, ya no presentaba grandes sorpresas en las cosas chicas, ni consentía esos descubrimientos, cargados de perplejidad, de que los tréboles tienen siempre tres hojas, o de que el hielo flota sobre el agua. Su vida, hasta ahora sonámbula, blanda y desamparada, vertida al exterior, había desembocado en un desfiladero sin valles prometidos. Atrás, sólo quedaba una divagación pálida, sensaciones vegetales, horas luminosas, humedad de tierra y de raíces... Una imprecisa, primitiva dicha, perdida, cuyo recuerdo era preciso transformar en esperanza de mejor futuro, como el del Paraíso, en la Biblia» («Erika ante el invierno», *Obras Narrativas Completas*, op. cit., páginas 439-440)

Cuando yo asomé a ellas, la situación de las letras españolas era espléndida. En fresca madurez, dominaba la constelación del 98; Ortega y Gasset, con sus coetáneos; alcanzaba la plenitud; y una nueva muchedumbre de escritores, indefinidos todavía — y no, precisamente, por falta de autodefiniciones —, bullía, asumiendo ya, algunos, perfiles positivos que luego confirmarían. ¡Cuánta variedad, cuánta riqueza, dentro de este sumario esquema! Y ¡qué contraste con la actual desolación!

La historia de este cambio es la historia de pocos años. La sociedad española (apartada España, aislada, al margen de Europa) se había desarrollado muy aprisa, tanto material como espiritualmente, durante el primer cuarto de siglo; y por fin rompía, en pujante proceso de crecimiento, sus viejos moldes institucionales, entrando en vibración como cuerpo político. Pero en las peripecias de un proceso interno que era normal y sano prendió el gran conflicto general, la gran crisis del Occidente que debía triturar al mundo entero después de haber arrasado y consumido a España.

Vino, pues, la Guerra Civil y, para las letras, la dispersión o el aplastamiento; vino la Guerra Civil, y sorprendió a mi generación en la treintena de su edad. Los más viejos habían cumplido ya — y ¡cómo! — su obra, ejerciendo mediante ella una descomunal influencia sobre el país, sobre el ámbito mayor de la cultura hispánica y, más allá de ese ámbito, marcando una impronta bien perceptible en otras zonas del Occidente. Unamuno, Valle-Inclán, Azorín, Machado mismo, a la vez que hacían época en la historia literaria, personificaban un «momento» — lo dinámico y activo, lo creador — en la vida social española. Y ¿qué decir de Ortega, cuya palabra era escuchada como un oráculo? Raras veces las opiniones de un intelectual han tenido una eficacia inmediata tan decisiva y tan voluminosa como la que tuvieron las suyas, por quince o veinte años, en España... La guerra civil clausuró, para todos ellos, una actuación que, en lo sustancial, estaba completa. Unos han muerto; otros, sobreviven y callan; y los que continúan escribiendo, escriben también como supervivientes. No es que hagan

labor inferior, no; pero lo que a la fecha escribe Azorín, lo que Baroja escribe, retrocede, por así decirlo, hasta unirse e incorporarse a su obra pasada, a redondearla, como si, de pronto, Quevedo, o don Juan Valera, pudiesen escribir ahora todavía un nuevo libro, o como si —para no salir de lo verosímil— se descubriese un nuevo tratado de Gracián que los historiadores debieran apresurarse a agregar a sus bibliografías. Hasta hombres más jóvenes, como Gómez de la Serna, engruesan en vano, incansablemente, su producción de 1920 a 1930.

En cambio, la generación subsiguiente, la mía, que sólo había alcanzado a manifestarse en su fase juvenil, fue sorprendida ahí por la conflagración, y quedó en suspenso, cortada. Habíase revelado durante la pausa nacional impuesta por la dictadura de Primo de Rivera, que, liquidados los más combatidos aspectos del pretérito, arrastraría consigo, en su consunción y caída, el resto de la vieja estructura. En una atmósfera de paréntesis y espéra como ésa, la nueva generación se manifestó muy desligada de las realidades inmediatas, a través de actitudes estéticas que pretendían el máximo distanciamiento respecto del ambiente social. Las distorsiones formales más arriesgadas y las mayores extravagancias temáticas, la apelación al folklore, a lo tradicional y local, la revivificación de las formas cultas, clásicas y barrocas, y hasta una veta neorromántica, eran tendencias que convivían, pugnaces, pero harto entremezcladas, y todas coincidentes en su prescindencia de la realidad social inmediata, en los tanteos de esa generación. A ella pertenecen extremos tan dispares como el ultraísmo y el gongorismo, cuyos secuaces respectivos precizarán fechas, límites, y se negarán, celosos, toda concomitancia; pero ¿cómo no ver en ellos, a la distancia, figuras de un mismo cuadro, más emparentadas de lo que quisieran? ¿Cómo desconocer, por ejemplo, que el Lorca de *Poeta en Nueva York* es el mismo autor de *Mariana Pineda*, del *Romancero gitano*; que Alberti escribió *Sobre los ángeles* después de haber escrito *Marinero en tierra*; que Gerardo Diego llegó a dividir intencionadamente su poesía en dos estilos contradictorios?, por más que otros permanecie-

ron siempre fieles a una sola manera. Las obras juveniles de varios pasarán a los manuales y antologías como maravilla de una precoz y felicísima floración —cuyo compás está marcado ya en la historia de la literatura española—; floración que en algunos pocos casos individuales (de los que aduciré un solo ejemplo: Jorge Guillén, aunque varios lo merezcan) ha proseguido mediante el solitario impulso de la intimidad, a favor de personalidades líricas muy definidas, muy unívocas y ya bastante hechas, capaces de alimentarse con la sola sustancia de su propio bulbo, como los jacintos. Mas, para el resto de esa generación, ¿qué cementerio de promesas!

La prosa, sobre todo, quedó en meros experimentos, por cuanto la mayor entidad de su elemento ideológico requiere muy amplias, complejas y cabales correspondencias objetivas, sin que por lo común adquieran plenitud sus posibilidades expresivas en manos de escritores jóvenes, ni —en ningún caso— sea indiferente la posición que el literato mantenga frente al mundo cuyos materiales de experiencia ha de elaborar. Por eso, mientras algunas nuevas voces líricas unen su queja, desde las ruinas, a los acentos familiares de poetas ya conocidos de antes, el campo de la creación en prosa permanece poco menos que yermo...

Pero no voy a analizar aquí el actual estado de la literatura española. Recientemente lo ha hecho, ciñéndose a España, Ricardo Gullón (revista *Realidad*, de Buenos Aires, número 12, noviembre-diciembre 1948); y yo mismo, con particular referencia a la situación de los escritores emigrados, en *Cuadernos Americanos*, de México (número 1 de 1949); al tiempo que en la reciente *Historia de la literatura española*, de Ángel del Río, puede leerse también un último capítulo, «La Guerra Civil y sus consecuencias», que aprieta la garganta de pena, y más aún por el derroche de la buena voluntad que su autor ha puesto al redactarlo. Se asombra en él de que, hasta su fecha, apenas hubiera adquirido estado la Guerra Civil en las letras españolas, sino que más bien parecieran los escritores tratar de soslayarla, reanudando, como si tal cosa, el hilo de su anterior producción.

Y en principio llama la atención, es cierto, el hecho de que, mientras otros países sometidos después a experiencias tan crueles, Inglaterra, Francia, Italia, han digerido en seguida sus peripecias tremendas elaborando con ellas una literatura copiosa y, en casos, excelente, no haya sucedido así con la guerra española<sup>5</sup>, que, en cambio, plumas extranjeras —Malraux<sup>6</sup>, Hemingway<sup>7</sup>, por no citar sino dos entre las más ilustres— tomaron como tema.

Pero hay que decirlo: no tan en absoluto ha carecido de efectos literarios valiosos ese conflicto nuestro, aunque haya sido a través de los géneros más aptos para incorporar en forma directa la emoción de la materia bruta: no sólo los poemas de León Felipe, algunos de los sonetos últimos de Antonio Machado, algunas de las sátiras de Rafael Alberti, alcanzarán, por ejemplo, el nivel clásico. Y sin duda, no sólo la falta del buen escritor en sazón, sino quizá, por encima de todo, las circunstancias

<sup>5</sup> Sobre este aspecto dejó señalado Angel del Río: «Fenómeno curioso, si bien explicable, es que la guerra civil, con todo su tremendo dramatismo, no haya encontrado aún intérprete en la literatura y apenas se reflejara al principio como tema en obras de valor. Su influjo indirecto se advierte en la actitud de muchos escritores, mas la tendencia general ha sido de volver cada autor a reanudar el hilo de su obra eludiendo en lo posible el tema» (Angel del Río: «La guerra civil y sus consecuencias», *Historia de la literatura española*, Nueva York, 1963, tomo II, págs. 353-354).

<sup>6</sup> André Malraux, *L'Espoir*, París, 1937.

<sup>7</sup> Ernest Hemingway, *For Whom the Bell Tolls*, Nueva York, 1940. A propósito del libro de E. Hemingway, *Por quién doblan las campanas*, escribió Ayala un ensayo, «La excentricidad hispana o la España de Hemingway», donde se refiere al enfoque de la Guerra Civil española que hace este autor norteamericano: «... ese libro cumple la triste proeza de reunir y hasta fundir en una sola pieza las dos direcciones, opuestas y, al parecer, inconciliables, en que —según queda dicho— suele nuestra extravagancia extraviar al extranjero: la de lo pintoresco, bajo el signo de una embobada placidez, y la de lo tenebroso, bajo el signo del horror... de ese tema nos sirve Hemingway un testimonio de espantosa frivolidad, tanto más evidente por ser un testimonio rendido en espíritu de simpatía... da el curioso resultado de que, según la fábula, en la guerra de España no cupiera a los españoles mismos otro papel que el de elemento

(unas circunstancias que, bajo el título de «Para quién escribimos nosotros»<sup>8</sup>, procuraba estudiar yo en mi aludido artículo) han impedido que la Guerra Civil, experiencia central de mi generación, ingrese de lleno en la literatura, con toda la pujanza y dignidad que a primera vista le corresponde.

Las novelas que ahora doy al público<sup>9</sup> abordan el pavoroso asunto, y quieren tratarlo —no en vano he dejado transcurrir un decenio antes de intentarlas— en forma tal que excluya todo elemento anecdótico... Pero —me

perturbador, dificultosamente manejado por abnegados e inteligentes extranjeros; pues resulta disculpable que un literato en visita cuyo campo de movimiento está limitado por las circunstancias especiales y que ha de actuar dentro de los círculos de corresponsales de prensa y observadores militares, adquiriendo ahí sus datos, incurra en la ilusión óptica de agrandar las proporciones de este primer plano y olvide llevar a cabo la corrección que imponen las leyes de la perspectiva. Lo lamentable no es eso; eso será lamentable, a lo sumo, en cuanto muestra de inmadurez literaria en un autor que, ingenuamente, cae en tan absurdo defecto de composición. (Distinto sería el caso si, consciente de lo forzado que es su punto de mira, lo utilizara con deliberación, exagerándolo incluso, para obtener por contraste la referencia a la realidad cuya esencia persigue y trata de objetivar en su obra.) Lo lamentable es que ésta arroja una visión esencialmente —y no sólo accidentalmente— falsa, o mejor dicho, falsificada, mistificada, retorcida y fraguada, de España, una visión en la que se combinan los colorines de la «España de pandereta» con los tintes sombríos de la «España negra» (publicado en *La Nación*, Buenos Aires, 8 de noviembre, 1942; reproducido más tarde en el tomo de *Los Ensayos*, op. cit., bajo el título: «La excentricidad hispana», págs. 1181-1186).

<sup>8</sup> Publicado por primera vez en *Cuadernos Americanos*, volumen XLIII, enero-febrero, 1949; incorporado al tomo *Los ensayos* (op. cit.), bajo el título: «Para quién escribimos nosotros», páginas 138-164.

<sup>9</sup> *La cabeza del cordero* fue publicado por primera vez en Buenos Aires por la Editorial Losada (1949). Esta edición incluía sólo cuatro relatos: «El mensaje», publicado antes en *Sur*, Buenos Aires, núm. 170, diciembre, 1948; «El Tajón», en *Realidad*, Buenos Aires, vol. VI, núm. 16, julio-agosto, 1948; «El regreso» y «La cabeza del cordero» fechados en 1948, aparecen por primera vez en la primera edición del libro. («La vida por la opinión» fechado en 1955, se incorpora a la edición de *La cabeza del cordero* de 1962, Buenos Aires, Compañía Fabril Editora, Los libros del Mirasol.)

pregunto— ¿será lícito que explique a mis lectores lo que me he propuesto al escribirlas? No ignoro, por supuesto, que el autor de una invención literaria sólo puede declarar sus intenciones, sin juzgar el resultado; y tampoco se me escapa que su interpretación es tan falible como cualquier otra, y no más legítima, pues en la creación artística los propósitos deliberados, aun en el caso de lograrse, lejos de cubrir la plenitud de la obra y agotar su sentido son, cuando más, un buen punto de enfoque para acercarse a ella, y, con frecuencia, mera fuente de confusión. Muchas consideraciones desaconsejan, bien lo sé, tal especie de proemios explicativos. Mas el estado de la literatura es hoy, para quienes escribimos español, tan precario que, a falta de todas las instancias organizadas en un ambiente normal de cultura, no sólo por la necesidad del propio autor, sino hasta por consideración al lector desamparado, debe aquél procurarle las aclaraciones que estén en su mano, y orientarlo algo<sup>10</sup>. ¿Qué tópicos presupuestos lo harían superfluo? Hay que aceptar, pues, la humillación de aparecer quizá como vanidoso o pedante o descarado ponderador de la propia mercadería, por amor a ese servicio.

Viene este libro después de *Los usurpadores*<sup>11</sup>, cuyas piezas proyectan sobre diferentes planos del pasado angustias muy de nuestro tiempo. Las novelas que integran el presente volumen acercan las mismas angustias a la experiencia viva de donde dimanan. Todas ellas contemplan la Guerra Civil española; todas, sí, incluso la primera, «El mensaje», que no alude para nada al conflicto

<sup>10</sup> En efecto, sobre sus puntos de vista e intención como autor, Ayala ha dado explicaciones en varios documentos. Citemos por ejemplo su «Carta literaria a Hugo Rodríguez Alcalá» (publicada primero en *Papeles de Son Armadans*, XXXIII, núm. 97, abril, 1964. Varios fragmentos de la carta formaron parte del «Prólogo» a *Mis páginas mejores*, Madrid, Gredos, 1965, y fue reproducida después en *Confrontaciones*, op. cit.). También explica sus puntos de vista en diversos artículos y entrevistas de prensa (algunos recogidos en *Confrontaciones*).

<sup>11</sup> *Los usurpadores*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1949. (*Los usurpadores* fue escrito y publicado inmediatamente antes de *La cabeza del cordero*.)

y que hasta se supone discurrendo en época anterior a 1936. Pues el tema de la Guerra Civil es presentado en estas historias bajo el aspecto permanente de las pasiones que la nutren; pudiera decirse: la Guerra Civil en el corazón de los hombres<sup>12</sup>. De modo que los personajes de esta primera narración, criaturas vulgarísimas, y que ni siquiera pudieron ventear la futura tragedia, la llevaban sin saberlo escondida dentro de sus vidas rutinarias y grises, en la tensión de la envidia sofocada, de la presunción estúpida, del aburrimiento, y también en el ansia de algo extraordinario, grande, de algún asunto susceptible de apasionar, y arrebatarse, y encender a todo el pueblo —con lo que podría sugerirse que, en un sentido remoto, el nunca descifrado «mensaje» anunciaba eso, la Guerra Civil, y no otra cosa.

Así, «El mensaje» va en primer lugar: es el pórtico para las otras novelas, donde la guerra ha hecho ya

<sup>12</sup> En el «Prólogo» que preparó Keith Ellis para la edición de *La cabeza del cordero* de 1962, señaló: «... todas las narraciones del libro ... comportan, por lo que tratan tanto como por lo que dejan de tratar, una teoría precisa de la guerra civil ... la idea de que las raíces de la guerra civil están, más allá de las diferencias políticas, en la capacidad del hombre para albergar pasiones hostiles que se despliegan con el menor pretexto. Para Ayala, la guerra de España fue el punto culminante en la manifestación de emociones por largo tiempo medio ocultas entre los individuos de una sociedad que no se siente unida —una sociedad que vive, según el juego de palabras de Unamuno, con "paz en la guerra" y "guerra en la paz". Si él parece tratar la guerra oblicuamente en *La cabeza del cordero* es porque un tratamiento más directo se presta menos a un análisis de las causas permanentes y universales y de los efectos de una realidad tan horrible como la guerra civil».

Un reciente libro de Estelle Irizarry, *Francisco Ayala*, Boston, Twayne, 1977, vuelve sobre este aspecto que señalara el propio escritor. Irizarry titula el quinto capítulo de su libro: «Civil War in Men's Hearts: *La cabeza del cordero*». Señala esta crítica que «... the same anguish which inspired *The Usurpers* provides the impulse for this volume in which he examines the theme of "the civil war in men's hearts" and portrays the permanent aspects of the passions that feed such wars». (La misma angustia que inspiró a *Los usurpadores* presta impulso a este volumen donde examina la Guerra Civil en el corazón de los hombres y retrata los aspectos permanentes de las pasiones que alimentan tales guerras.)

acto de presencia con la fuerza irrevocable de lo acontecido. Los mismos sentimientos que allí daban un juego más bien cómico, han tejido ahora la estofa de la guerra, trocándose de repente en sustancia trágica. Ahora, todos los personajes, inocentes-culpables o culpables-inocentes, llevan sobre su conciencia el peso del pecado, caminan en su vida oprimidos por ese destino que deben soportar, que sienten merecido y que, sin embargo, les ha caído encima desde el cielo, sin responsabilidad específica de su parte. Tampoco en las dos novelas de corte paralelo, «El regreso» y «La cabeza del cordero», se presenta la guerra en su actualidad, sino ya como un pretérito consumado. Han pasado después de ella diez años; pero sigue estando ahí, gravita inexorablemente sobre uno y otro protagonista, y distintos entre sí como lo son, tanto en carácter como en circunstancias, ambos remiten a ella su destino respectivo. Están sus vidas engarzadas en la guerra; más aún: la guerra está hecha con sus vidas, con su conducta; sin embargo, el enorme acontecimiento los abrumba y provoca en ellos ese horror que, en las pesadillas, nos producen a veces nuestros propios pasos; en los espejos convexos, los rasgos de nuestra propia fisonomía.

Y sólo en el otro relato, en «El Tajo», se adelanta por fin la guerra hasta el plano de la actualidad, hace acto de presencia; pero es una guerra reducida a lucha singular, a un episodio único, alrededor del cual vuelve a surgir el equívoco de inocencia y culpa, ahora como drama de una conciencia que examina la propia conducta. Precisamente tal subjetivización del problema común ha determinado las diferencias más acusadas entre esta novela y las demás. Por de pronto, la técnica de la narración difiere aquí de la seguida en las otras, todas tres relatadas en primera persona. En «El Tajo», el relato se hace impersonal, en busca de una objetividad de la forma que compensara de la mayor interiorización del tema. Su protagonista está sometido a la observación desde dentro y desde fuera, mientras que los protagonistas de las restantes novelas son ellos quienes observan y moldean el mundo según su respectiva personalidad,

que es, en todos los casos, una personalidad fuerte y directa; el yo de «El mensaje», mezquino, vanidoso y lleno de envidia; el yo de «El regreso», sano de alma, astuto y un tanto brutal; el yo de «La cabeza del cordero», inteligente, cínico, burlón, canalla... El protagonista de «El Tajo» es, en cambio, un carácter blando, solitario, soñador; es el burgués cultivado, capaz de análisis finos y de sentimientos generosos, pero no de superar el abismo abierto a sus pies por la discordia entre los hombres. Las tensiones que antes pudieron verse en acción, disimuladas primero con las argucias de la civilidad, desatadas luego en el furor de la revolución, se tiñen ahora de motivos ideológicos; pero muy tenuemente y casi tan sólo en forma alusiva, ya que las discusiones que amargan las comidas familiares en casa del protagonista se refieren, no a la Guerra Civil, donde está centrada la narración, no a ningún conflicto político interno, sino a la primera y ya remota guerra mundial, cuyos partidos diseñaron, en aquella España neutralizada, el tajo que más tarde escindiría a los españoles en dos bandos irreconciliables.

Responden, como se ve, estas nuevas invenciones literarias más a la experiencia de la Guerra Civil; ofrecen una versión, entre tantas posibles, del modo como yo percibo, en esencia, el tremendo acontecimiento por el cual nosotros, los españoles, hubimos de abrir la grande y violenta mutación histórica a que está sometido el mundo.

Que nuestra participación, como pueblo, haya sido y deba serlo todavía oblicua, enrevesada, intrincada y ambigua en su sentido, pertenece a un destino que no corresponde discutir aquí. Ese destino dificulta, por su parte, la expresión plena y normal de tal experiencia, pero en modo alguno la anula. No menos que los pueblos que soportaron después bombardeos, invasiones, ocupación militar, exterminios y demás horrores durante la segunda, reciente guerra mundial, nos ha tocado a nosotros sondear el fondo de lo humano y contemplar los abismos de lo inhumano, desprendernos así de engaños,

de falacias ideológicas, purgar el corazón, limpiarnos los ojos, y mirar al mundo con una mirada que, si no expulsa y suprime todos los habituales prestigios del mal, los pone al descubierto y, de ese modo sutil, con sólo su simple verdad, los aniquila.

Esta verdad acendrada en un ánimo sereno después de haber bajado a los infiernos<sup>13</sup>, constituye, de por sí, literariamente, una orientación, y un saber *qué*, que faltaba lamentablemente cuando la gente sabía demasiado bien *cómo*; una orientación, digo; que el logro dependerá de las facultades y fortaleza espiritual de cada uno.

Yo, por mí, he sentido el apremio de dar expresión artística a aquellas graves experiencias, y me he puesto a hacerlo con una gran seguridad interior, con la misma firme decisión que antes, en tiempos turbios, me hizo eludir la tarea literaria en su aspecto creador<sup>14</sup>. Mas tal seguridad no excluye, ¡ay!, el azoramiento, no elimina la duda, no libera de esas penosas perplejidades que todo escritor consciente siente ante su obra...

F. A.

Buenos Aires, abril 1949

<sup>13</sup> Véase en el relato «La vida por la opinión» la nota relativa al «infierno» de la Guerra Civil.

<sup>14</sup> Hay en efecto un silencio de varios años en la creación imaginativa del autor, cuya extensión ha sido exagerada por algunos críticos, porque si bien es cierto que *Los usurpadores* —el primer libro de ficción que publica Ayala después de la Guerra Civil—, no aparece hasta 1949, algunas de las piezas que lo integran se publican con bastante anterioridad: «Diálogo de los muertos», en *Sur*, Buenos Aires, núm. 63, diciembre de 1939; «La campana de Huesca», en *Sur*, Buenos Aires, núm. 106, agosto de 1943; *El hechizado*, Buenos Aires, Emecé, Cuadernos de la Quimera, 1944.

## El mensaje

La verdad sea dicha: cada vez entiendo menos a la gente<sup>15</sup>. Ahí está mi primo Severiano: ocho años largos hacía que no nos veíamos —nada menos que ocho años—; llego a su casa, y aquella única noche que, al cabo de tantísimo tiempo, íbamos a pasar juntos, la emplea el muy majadero —¿en qué?— ¡pues en contarme la historia del manuscrito!, una historia sin pies ni cabeza que hubiera debido hacerme dormir y roncar, pero que terminó por desvelarme. Y es que estos pueblerinos atiborran de éstopa el vacío de su existencia rutinaria, convirtiendo en acontecimiento cualquier nimiedad, sin el menor sentido de las proporciones. La visita de su primo<sup>16</sup>, con quien él se había criado, y en cuya vida y milagros tanta cosa de interés hubiera podido hallar, no era nada a sus ojos, parece, en comparación de la bobaba increíble que había tenido preocupado al pueblo entero, y a Severiano en primer término, durante meses y años. Me convencí entonces de que ya no restaba nada de común entre nosotros: mi primo se había quedado

<sup>15</sup> El tono de esta narración es coloquial, tratando de reflejar las circunstancias psico-sociales del narrador.

<sup>16</sup> Aquí habla el narrador-protagonista refiriéndose a sí mismo en tercera persona, con una objetivación destinada a dar énfasis a la situación presentada. Todavía se subraya esto cuando añade la frase: «Me convencí entonces de que ya no restaba nada de común entre nosotros», que agudiza la separación retóricamente sugerida en el momento anterior.

empantanado ahí, resignado y conforme. ¡Quién lo hubiera dicho veinte años atrás, o veinticinco, cuando Severiano era todavía Severiano, cuando aún no estaba atrapado tan sin remedio en la ratonera de aquel almacén de herramientas agrícolas donde ha de consumir sus días —*aurea mediocritas!*—, envejeciendo junto a sus dos hermanas (hebras de plata: la plata de la vejez y el oro de la mediocridad), cuando soñaba con largos, fastuosos viajes, negocios colosales!... Sí, negocios sí que los ha hecho entretanto, aunque no colosales ni mucho menos; pero ¡lo que es viajes!... No, no ha tenido que molestarse en viajar: los negocios vinieron siempre a buscarlo ahí, a su ratonera, al almacén, sin que él necesitara mover un dedo. En cambio, los viajes se han quedado para mí. ¡Menuda diversión: viajante!<sup>17</sup>

—Parece mentira, hombre —me había dicho aquella noche—, tú que tanto viajas, parece mentira que en ocho años no se te haya ocurrido venir a pasar unos días con nosotros. Y para colmo, llegas hoy, y te quieres ir mañana.

¡Que yo viajo mucho: vaya una razón!

—Pues precisamente por eso —le contesté— eres tú quien debiera haberse movilizado... Haber ido a verme en Madrid, o en Barcelona... Te hubieras limpiado el moho de este pueblo aburrido, y me hubieras proporcionado con ello el gustazo de enseñarte...

—No creas —me interrumpió él—, no creas que no lo he pensado a veces. Pensaba: «Le escribo al primo Roque una carta, o le pongo un telegrama diciendo: "¡Allá voy!", o hasta me presento sin previo aviso...» Más de una vez lo he pensado; pero ¿cómo? Date cuenta, Roquete —él siempre me ha obsequiado con este diminutivo, o más bien ridículo mote<sup>18</sup>, que, desde niño, tanto

<sup>17</sup> Se describe comparativamente la posición de uno y otro primo en forma que deja ver la que adopta el narrador.

<sup>18</sup> El diminutivo de Roque, «Roquete», coincide con el nombre de una prenda eclesiástica, una vestidura blanca de lienzo fino que llevan sobre la sotana los clérigos y legos en las funciones de la iglesia, y con el del hierro de la lanza de torneo que hacía presa en la armadura del enemigo y permitía desarmarlo.

me encoraba—, date cuenta: yo no puedo dejar abandonado el negocio —hizo una pausa importante—. Mis hermanas, ¿qué te voy a decir?, ya las conoces. Águeda... —y ¡qué vieja, pensé yo al oírse la mentar, qué avejentada está Águeda, con su color amarillo verdibilioso hasta en el blanco de los ojos!; esos ojos suyos, tan brillantes, brillando como lamparillas; y la cabeza... ¿por qué demonios se aceitará la cabeza, con tantas canas como tiene?, ¡canas grasientas!—; Águeda —prosiguió—, con sus eternas dolamas y sus rabioteos domésticos, que algunos días ni ella misma se soporta. Y en cuanto a Juanita —otro diminutivo grotesco: ¡Juanita!, ¡vaya por Dios!—, ésa, siempre con sus novelones y sus novenas; pues, ¡hombre, ya lo has visto!, los años le han dado por hacerse beata.

Tantos, tantos, la verdad es que no los tiene —reflexión—: «Juanita era tan sólo un año y siete meses mayor que yo. Claro está que para las mujeres la medida del tiempo es otra; les cuenta más... Pero, con todo...» Bueno; Severiano continuaba explicándome cómo tampoco podía dejar el negocio en manos de los empleados. Eran de confianza, por supuesto; y para la cosa diaria se desempeñaban bien. Pero luego hay los cien mil imprevistos, encargos especiales, cuentas, las consultas, los viajantes que llegan (sí, los viajantes como yo, como el primo Roque; esos tipos odiosos e impertinentes que le traen a uno los negocios a su casa). Y seguía enumerando inconvenientes, dificultades, impedimentos.

—¿Crearás —se quejaba— que si alguna vez me refrió y decido quedarme en cama no cesan de incomodarme?: una cuestión tras otra, que si esto, que si aquello, hasta que yo, que tampoco tengo mucha paciencia, termino por levantarme... Pero ¡vaya si me hubiera gustado echar una cana al aire!

«Una cana al aire», decía; y yo pensé: «Tiene la cabeza casi blanca, está canoso y arrugado, mucho más que yo, pensé, pese a que le llevo año y medio»; decía: «... una cana al aire; conocer, en fin, algo de mundo».

Viajes, conocer mundo, su viejo tema. Nunca ya lo vas a conocer; morirás en este agujero, ¡infeliz!, aquí,

en esta misma cama en que ahora estoy yo acostado. Buen favor te hizo el tío Ruperto cuando te asoció a su tienda de azadones y almocafres para que trabajases como un burro mientras él viviera, y luego dejarte el negocio. ¡Ahí, atado al pesebre! Dinero, cada vez más; pero... *aurea mediocritas!* Si tal era su protección al sobrino predilecto, ¡muchas gracias!, ¡para él solito! Claro que mi vida ajetreada está lejos de ser tan brillante como acaso éste se figura. *Double!* No, no es oro todo lo que reluce, y los alicientes que pudiera tener, el uso los ha gastado hasta el aborrecimiento. ¡Viajes! ¡Conocer mundo! Ya los huesos me duelen, ¡ay de mí!, con el traqueteo de los trenes, y los comedores de fonda me han arruinado el estómago. Son años y más años sin descanso, sin darme lo que se dice un respiro, y quien me envidie no sabe bien... Supieras tú, Severianillo... Pero ¡no!, no voy a lamentarme; no creas que voy a lamentarme; te pensarías en seguida que quería pedirte algo, que era una indirecta de mi parte. No, ¡guárdate tu dinero! Además, ¿por qué había de lamentarme? Cada cual, su suerte. Yo, por lo menos, no soy un palurdo empedernido; conozco el mundo, conozco la vida<sup>19</sup>.

—Es lástima —le repliqué—; nos hubiéramos divertido mucho juntos; yo te hubiera enseñado los cabarets de Madrid, o de Barcelona. O los de París. ¿Por qué no los de París?

—¿Cómo? —saltó al oírme—. Pero ¿es que también viajas tú por el extranjero?

Estábamos ambos acostados; esta conversación era de cama a cama (él me había cedido la suya y se había tendido en un catre de tijera, armado al otro lado de la alcoba) y, aunque ya habíamos apagado la luz y charlábamos a oscuras, casi diría que vi en su voz la sorpresa de su cara, el asombro, la admiración... ¿No era cosa de reírse? A mí me resultó divertido. Y el caso es que yo no había dicho nada semejante; hablaba en hipótesis, y ni siquiera sé cómo fue el ocurrírseme aludir a París

<sup>19</sup> A través de ese monólogo interior se advierte la hostilidad rencorosa del narrador hacia su primo.

en ese momento. ¡Qué absurdo! Él había quedado atónito, y yo —se comprenderá— no iba a defraudarlo ahora. Resultaba divertido; y, total, ¿qué importancia tenía? Seguí con la broma adelante.

—Pues ¡claro está, hombre! —le dije—. Los años pasan para todos. La última vez que nos vimos, tú no vendías todavía maquinaria sino tan sólo herramientas; ahora, tienes el almacén lleno de trilladoras mecánicas. Entre tanto, yo también he tenido que ampliar mis asuntos, y con esa ocasión, ¡es natural!, he salido al extranjero.

—¡Caramba, Roquete! ¿Cómo no me habías dicho nada? Conque el primo Roque viajando por extranjis...

Estaba de veras impresionado el muy simplón: «¡Caramba, caramba!», repetía. Aquello no le cabía en la cabeza.

—Pero, dime una cosa: ¿cómo puedes entenderte por ahí, por esas tierras?

—Hombre, eso no es tan difícil. Hay mucha gente que sale al extranjero, y nadie hasta ahora se ha perdido.

—Pero tú; no sabías idiomas, que yo sepa.

—Nadie nace sabiendo sino el suyo, y aun ése tiene que aprenderlo.

—¿Me vas a decir que has aprendido idiomas?

—Y eso ¿qué tiene? Es cuestión de ponerse a ello cuando la necesidad lo exige. Mira: por ejemplo, el italiano tú lo entiendes casi sin estudiar una palabra; es igual en un todo al español, con sólo terminar en *ini*. Acabas las palabras en *ini*, y ya te tienes hablando italiano. Si ni es idioma; es el español, hablado a lo marica. Inglés y alemán, eso ya sí, son palabras mayores. Ahí sí, tienes que sudar...

Yo, desde luego, hablaba en broma, pero aquel tontaina de Severiano lo tomaba en serio y me cerraba cualquier salida; de manera que no hubo sino seguirle la corriente. Y así fue como surgió la estúpida historia del manuscrito, que nos entretuvo la noche entera. Estaba yo un poco irritado ya, y quería cambiar de conversación; pero él volvía como una mosca, zumbando, zumbando: «¡De modo que has aprendido idiomas!» Reflexionaba. Hasta

que, después de un mediano silencio, agregó por fin:

—Pues mañana te voy a mostrar un papelito<sup>20</sup> que nos ha dado muchos quebraderos de cabeza, justamente por no haber aquí nadie que supiera idiomas.

—¿Un papel? —pregunté con desgano, y hasta fingiendo un bostezo.

Pero él comenzaba ya su relato:

—Verás cómo fue la cosa. Estaba yo una mañana en el almacén recibiendo un envío de hoces (de esto hará como dos o tres años, quizá un poco más: tres años y medio) cuando se me acercó Antonio (tú lo conoces: el dueño del hotel) y, después de algunas vueltas, me entrega un papelito doblado para ver si yo, que tantos catálogos y prospectos recibo —me dijo—, podía leer lo que allí estaba escrito. Es cierto que recibo con relativa frecuencia catálogos de las máquinas; pero, por lo general, esos folletitos vienen escritos en dos idiomas, y las instrucciones están siempre en español: esto es lo que a mí me interesa y lo que leo; si una cosa está en español y en inglés, no voy a ser tan necio que me rompa la cabeza tratando de descifrar lo que viene en gringo, cuando puedo leerlo en cristiano. Pero ¿a qué darle tantas explicaciones? Sin duda que, en caso de apuro, podría quizá enterarme haciendo un esfuerzo: muchas palabras son iguales o muy parecidos a las nuestras; alguna vez que me entretuve en reparar esa jerigonza pude comprobarlo. Tanto que (entre paréntesis) he llegado a convencerme de que no hay idioma tan rico como el español; y por eso, todos los demás tienen que echar

<sup>20</sup> Es digno de notarse que la primera narración de *La cabeza del cordero*, «El mensaje», gira alrededor de un manuscrito misterioso, mientras que la última, añadida desde la segunda edición —1962—, cierra el volumen con el relato «La vida por la opinión», donde también juega papel importante un manuscrito absurdo. Refiriéndose a este hecho señaló Ayala: «... en las páginas de esa primera narración procura reflejarse la calma chicha que suele preceder a las tormentas (el libro completo se cierra con otro relato donde también aparece un mensaje criptico; sólo que ahora, tras de la tempestad, ya el lector desengañado sabe que en verdad tales mensajes no significan nada)». «Introducción a una antología de cuentos», *Confrontaciones, op. cit.*, pág. 112.

mano de nuestros vocablos: los disfrazan un poquito, a veces hasta los dejan tal cual, y ¡listo! Yo no sé si ese saqueo debiera permitirse: ¡que hablen español, si quieren!<sup>21</sup>; pero... Bueno, en fin: éstas son explicaciones que yo no tenía por qué dárselas al Antonio, y tampoco aquí vienen muy al caso. Lo que importa es que tomé el papelito, me puse los lentes, y... Amigo, aquello no era cosa que se entendiera: nueve renglones manuscritos con buena letra, a tinta azul... Pero, ¿querrás creerlo?, yo no pude entender una sola palabra. Recorrí las líneas, volví a repasarlas. Antonio esperaba sin decir nada. «¿Qué es esto?», le pregunté. «Precisamente es lo que yo quisiera saber. Apuesto a que no lo entiendes.» Me miraba con socarronería; tú sabes cómo es: para él no hay respeto, no hay distancias. El hecho de haber sido compañeros de escuela... «Pero ¿de dónde has sacado este papel?», le pregunté de nuevo. «Conque no lo entiendes.» Entonces, con los mil rodeos que acostumbra, me contó que varios días antes, ausente él de la casa, había llegado a la fonda un forastero; había comido un par de huevos fritos, guiso de carnero, dulce de membrillo, y luego se había encerrado en la pieza que le dieron sin abrir el pico. La mujer había sido quien le alojó y sirvió. Regresado a su casa, Antonio quiso, según solía hacerlo, echar un párrafo con el nuevo huésped. Golpeó a la puerta y le preguntó si necesitaba de algo. «¡Nada, gracias», le contestó una voz extraña. «¿Extraña?», le interrumpí yo. «¿Por qué, extraña?» No supo qué decirme, y yo me reí para mis adentros. Tú sabes, Roque, lo curiosa que es la gente: posaderos, fondistas y demás comparsa. Les llega un cliente y, no contentos con sacarle cuanto dinero pueden, le revuelven el equipaje, le averiguan la procedencia y destino; investigan la finalidad del viaje, dan vueltas y más vueltas, antes de entregárselas, a las cartas que reciben. Imagina, pues, el mal humor de nuestro hombre al encontrarse

<sup>21</sup> Aquí, como un poco antes, el personaje está expresando las ideas vulgares de los españoles acerca de su propio idioma y de los idiomas extranjeros.

la puerta cerrada. Él dice que golpeó para preguntar; pero dice también que la puerta estaba atrancada por dentro con cerrojo: me dirás tú cómo lo supo. Pues empuñando la falleba para hacer lo que suele: abrir la puerta, meter la cabezota con un «¿Me da licencia?», y, después de haber paseado la vista por todo el cuarto, preguntar entonces si al señor se le antoja algo. Muy seca tendrá que ser la respuesta para que no encuentre modo de enhebrar conversación: comienza a charlar desde el quicio de la puerta, y termina sentado en la cama del huésped... ¡Una voz extraña! El caso es que a la mañana voló el pájaro sin que él hubiera conseguido echarle la vista encima. Cuando salía, como todas las madrugadas, para esperar en la estación el tren de las seis y treinta y cinco, dirigió una mirada a la habitación, donde no se oía ruido alguno; y cuando regresó de nuevo a la fonda acompañado de dos huéspedes que había podido reclutar, ya el otro no estaba: a poco de salir él, llamó, pidió la cuenta, pagó y se fue; esto le dijo al Antonio su mujer: de seguro, había tomado el ómnibus que sale, frente al bar de Bellido Gómez, a las siete menos cinco. Antonio entró en el cuarto, desarreglado todavía, y ahí topó con el famoso papelito que tanta guerra nos había de dar... Pero ¿me estás escuchando o te has dormido ya? —se interrumpió Severiano, extrañado de mi silencio. Y es lo cierto que yo estaba a punto ya de dormirme: en mi cansancio, veía la plaza, el bar de Bellido Gómez, y la iglesia al otro lado, muy confuso todo, casi desvanecido...

—No, hombre; te escucho —le respondí.

—Pues, como te iba diciendo, ahí apareció el célebre manuscrito. Había varios papeles blancos desparramados sobre la mesa y, entre ellos, medió oculto, ése, en el que se veían varias líneas, nueve, para ser exacto, de una escritura pareja, trazadas con la tinta azul-violeta que la patrona de la fonda había proporcionado al huésped. Habrás observado, primo —precisó Severiano—, que dije se *veían* y no, como suele decirse, se *leían*; porque es el caso que ¡ya podía uno darle vueltas!: era imposible sacar nada en limpio de lo escrito. La letra

era clara, igualita; pero ¡qué había de entender Antonio, si yo mismo no entendía nada! Después de tener dos días el papel en su cartera se había decidido (como luego averigüé) a consultarlo con otro pasajero, un inspector de contribuciones que por entonces estaba en el pueblo. «¡Vea usted, don Diego, qué escritura endiablada! A ver qué le parece a usted.» El tal don Diego (que, dicho sea de paso, no es mal bicho) parece que tomó el papelito con mucha prosopopeya, lo depositó sobre el hule de la mesa, lo sometió a detenido examen allí junto a la taza del café, y... ¡que si quieres! Al cabo de un rato va y se lo devuelve: que eso estaba escrito en extranjero, y que él no tenía ahora tiempo de ponerlo en claro. «Ya, ya. Ya me lo figuraba yo», le respondió el Antonio retirándose con su papel, bajo una mirada iracunda del inspector. Bueno, eso no fue sino el comienzo de su peregrinación. Después recurrió a mi ayuda. Aunque se me llegó con mucho alarde de confianza, comprenderás que no tardé en percatarme de que acudía a mí, su amigo de la infancia, después de haberle desahuciado un extraño. Son pequeñeces humanas en las que yo ni siquiera me fijo; pero tampoco la manera de abordarme resultó muy delicada: «Hombre, tú que siempre andas con esos papelotes que te llegan de fuera, a ver si me sabes leer esto.» En fin: eché unas miradas al escrito, y le dije: «Déjame para que lo estudie despacio, pues la cosa parece que tiene sus bemoles.» ¡Vaya si los tenía! Con paciencia infinita, lo repasé, una vez a solas, palabra por palabra, letra por letra, de arriba abajo y de abajo arriba. ¡Nada, nada! Ni una rendija de luz; oscuridad absoluta. ¿Concibes cosa semejante? Hasta tal punto llegó a intrigarme, que resolví tomar por mi cuenta el asunto, e investigarlo a toda costa, siquiera fuese por medios indirectos. Cuando cerré el almacén, me acerqué a la fonda en busca de Antonio...

—Pero, dime —interrumpí entonces a mi primo—, ¿a ti qué te importaba todo eso?

—Pues ahí está —me contestó—; no me importaba un bledo. Pero ya me había picado, no sé si la curiosidad o el amor propio, y me propuse averiguar. Ante todo

le pedí a Antonio que volviera a contarme con todos sus detalles lo relativo al huésped. «Mira», me dijo después de repetirme que el huésped había cenado huevos fritos y carnero (¡qué interesante circunstancia! ¿no?; pues nunca la omitía) y que a la mañana había desaparecido de improviso: «mira, yo creo que ese papel debe contener alguna explicación de su huida». «¿Cómo? Pero ¿es que se fue sin pagar?» Me extrañaba; conozco a mi gente; y según suponía yo: «No —me dijo—; sin pagar no se fue; bueno hubiera estado eso. A mí, hasta ahora nadie me ha llamado tonto. Pero se esfumó sin que tan siquiera pudiese yo verle la jeta, dejándome —(¡dejándome! ¡si se creería Antonio que el tonto soy yo!)—, dejándome ese papel escrito...» «Pero, dime —insistí—, ¿qué especie de pájaro era?: ¿un corredor de comercio, un misionero, qué?» «¿Y cómo he de saberlo yo, si no pude ni verlo? Llegó aquí el sábado a la noche, cuando yo había ido a completar los encargos para la semana, y se marchó el domingo temprano, en el ómnibus seguramente, mientras yo estaba en la estación. Lo atendió mi mujer. Pero —comentó el Antonio— las mujeres son así: se fijan en lo que no debieran, y se les escapan las mejores. Tú, Severiano, tienes la gran suerte de estar soltero; no sabes lo que...» Todo este comentario me lo hacía en voz bien alta, con la intención aviesa de mortificar a su mujer que lo estaba oyendo desde la cocina (hablábamos en el patiecillo de atrás; tú te acuerdas de la fonda, ¿no?), hasta que por fin saltó ella: se asomó a la ventana, toda roja de ira, y le largó a gritos cuanto se le vino a la boca: entre improprios, le decía que si pensaba acaso que ella no tenía más que hacer sino espiar a los pasajeros; que, tanto hablar de la curiosidad femenina, y los hombres... Etcétera.

—No le faltaba razón a la pobre mujer —opiné yo entonces desde mi cama—; pero, de todas maneras, lo extraño es...

—Todo es extraño en este asunto, Roque —vibró, en la oscuridad, excitada, la voz de mi primo—. Fígate que hube de terciar en la disputa entre marido y mujer, pues aquello se enredaba sin ton ni son, y pasándome

a la cocina, le pregunté cómo era el misterioso huésped que nadie sino ella había visto. Pero la buena señora estaba hecha una furia, toda encendida, arrebatada, como un basilisco y, echando chispas por los ojos, se negaba a dar ningún detalle.

«Muy raro todo, en efecto», reflexionaba yo sin decir *esta boca es mía*. Mientras mi primo Severiano me contaba eso, se me había ocurrido por un instante maliciar que tal vez entre el viajero y la patrona hubiera sucedido uno de aquellos episodios que, en fondas y pensiones, son el pan nuestro de cada día (pues a mí ¡qué me van a contar, después de tanto haber rodado por capitales de provincia, pueblos y poblachos, al cabo de años y años de viajante a comisión! Es una rutina más del oficio: pellizco, revolcón, y a otra cosa<sup>22</sup>). Pero ¿acaso ello hubiera explicado nada? Al contrario, en tal supuesto la mujer se hubiera apresurado a dar, verdaderos o imaginarios —y ¿por qué, tampoco, imaginarios?—, los detalles que se le pedían, quedándose tan oronda. «Además —rectifiqué para mí mismo— esa doña Tal (que ya no me acuerdo cómo se llama) debe de estar demasiado vieja para semejantes trotes, ha de ser algo mayor que yo, lo que para una mujer ya es bastante, y además... No —deseché—; eso era una tontería.»

—... y hubo que dejarla en paz —continuaba entre tanto mi primo—: no le daba la gana de decir nada. Me llevé, pues, el papelito, y seguí preocupado por averiguar lo que contenía. Aquí, ya lo sabes, es poca la gente con quien puedes consultar una cosa así. Se me ocurrió hablarles al cura y al boticario. Los boticarios, por su profesión, están acostumbrados a leer manuscritos enrevesados... Claro que el de marras no era lo que se dice de escritura difícil; al contrario: letra por letra podía ser deletreado, con sus mayúsculas y minúsculas, sus puntos y sus comas. Sólo que tú no entendías, lo que se llama entender, ni una jota. Y eso fue lo que le pasó al farmacéutico pese a la fama que

<sup>22</sup> Esta común interpretación maliciosa corresponde a la leyenda de los viajeros de comercio.

ellos tienen. Eso fue también lo que le pasó al cura, cuando, poco rato después, se reunió con nosotros en la rebotica. «¿De qué le valen a usted todos sus latines —le dije yo (claro que por chanza; pero, al fin y al cabo, ¿no era muy cierto?)—, de qué le valen todos los latines al padre cura, si no es capaz de entender cuatro frases escritas en idioma extranjero?» Se molestó un poco; replicó que nada tenía que ver el latín con aquellas pamplinas, y que dejase en paz las cosas santas. Pero ya no hubo otro tema en la tertulia, ni esa tarde, ni luego a la noche, en el bar de Bellido, que es donde nos reunimos a tomar café, ni al día siguiente, ni en los que vinieron después. Comenzaron las conjeturas y, como puedes suponer, se multiplicaron los más inverosímiles disparates. Había buen margen para todo, pues nadie (¿podrías creerlo?), nadie en el pueblo había visto al viajero dichoso... Eso, al principio; que luego, como siempre ocurre, lo habían visto ya todos, todos empezaron a acordarse: el uno, le vio subir al ómnibus; el otro a punto de entrar en el hotel; quién, bajándose del tren en la estación; quién, cuando ponía un telegrama en la oficina de Correos. ¡Hasta el Antonio mismo declaró por último haberle visto!<sup>23</sup> Te vas a reír: confesó que, antes de retirarse de la puerta atrancada de la pieza, echó una miradita por el ojo de la cerradura y logró así divisar al tipo; que, desde luego —podía asegurarlo—, no era español: los zapatones que llevaba y los calcetines de lana de colores vivos son cosas que nadie usa; ningún español incurre en tales extravagancias, y sólo los ingleses...<sup>24</sup> (La propia abundancia de su locuacidad nos aclaró en seguida lo que era por demás cierto: estaba describiéndonos el calzado de un inglés que meses antes había pasado un par de días en el pueblo, ocupado en preguntar acerca de los molinos de viento, averiguar apellidos y tomar notas en un cuaderno.) El boticario le alabó entonces a Antonio su arte para conocer a los extranjeros por las

<sup>23</sup> Descripción de un mecanismo conocido en la psicología colectiva.

<sup>24</sup> Se aplica al estereotipo tradicional que considera a los ingleses como personajes extravagantes.

patas, y él, ¡bueno es el hombre para aguantar soflamas!, soltó una rociada de groserías sacando a relucir en seguida la dignidad de su oficio, tan decente como el que más (afirmaba), pues mejor era dar de comer al hambrienvo, aunque fuera por su dinero, que extraérselo al hartito con purgantes y lavativas<sup>25</sup>. Etcétera: ¡ya conoces el género! Poco faltó para que se liaran a golpes. El tal Antonio es un perfecto borrico... Pero no quiero cansarte con tanta minucia: cuando te quieras dormir, me lo dices, y me callo.

—Por lo menos, sépase de una vez si conseguiste averiguar lo que el papel decía —le respondí. ¡Qué pesada es esta gente cuando se pone a contar algo! Se pierden en digresiones, rodeos, detalles que no vienen al caso, y jamás acaban.

—¿Averiguar? ¡Calla, hombre!... No; no averiguamos nada —me respondió—. Pero déjame que te cuente. Abreviaré. Como te iba diciendo, todos pretendían al final haber visto al misterioso personaje, pero nadie daba señas que coincidieran. Hasta se hizo una investigación del telegrama expedido por él, y no apareció tal telegrama; los cuatro que ese día se despacharon eran todos de personas bien conocidas en el pueblo. «Pues entonces sería una carta», dice el sujeto que lo viera poner..., y se queda tan fresco. La gente larga las mentiras con una tranquilidad... La gente tiene mucha fantasía. Pues ¿y las hipótesis? ¡Qué de disparates! Y en este terreno fue nuestro buen boticario (preciso es confesarlo) quien batió el *record*. ¿Sabes lo que se le ocurrió?: que el dichoso papelito debía de ser alguna propaganda comunista, y que seguramente estaba escrito en ruso, por lo que era muy natural que nadie lo entendiera. ¿Te das cuenta de la chifladura? ¡Propaganda! Pero ¡qué propaganda, señor mío (como yo le dije), una cosa que nadie puede entender!... Yo por mí estoy convencido de que la única explicación verosímil es la siguiente: se trata de un loco (¿me estás escuchando?); y ese papel no significa nada, ¡absolutamente nada! La razón es ésta:

<sup>25</sup> Disputa cómica entre uno y otro profesional.

¿quién, sino un loco, llega a un pueblo desconocido, se encierra en el cuarto de un hotel, escribe, y a la mañana sale medio furtivamente, sin hablar con nadie, y dejándose una hojilla que nadie puede entender?

Severiano se quedó callado por un momento, como si esperase el efecto que su brillante interpretación producía en mí. Pues, hombre, ¡ahora vas a ver!

—Pero, vamos a cuentas, Severiano— le dije con medida calma—; escucha: ¿no dices que primero estuvo cenando en el comedor de la fonda, y que le sirvió la patrona? ¿Qué tiene de particular, si necesitaba escribir, el que deseara no ser incomodado por la charla del hotelero? Eso, a cualquiera se le ocurre. Por otro lado, si estuvo escribiendo, es fácil que esa hojilla, un borrador probablemente, se le quedase olvidada entre los pliegues sobrantes. Y luego, no sé por qué supones que salió furtivamente. ¿No me has dicho tú mismo que pagó el gasto? Ninguna obligación tenía de satisfacer la curiosidad del señor hospederero, ni de presentarle sus respetos. A mí me parece que todo eso es bien razonable, corriente y moliente...

Se lo dije con mucha flema. Pero me había indignado un poco la explicación con que mi primo se daba por satisfecho. Era una solución demasiado cómoda, ¡caramba! ¿Que no entiendes una cosa? Pues ¡es que no tiene sentido, y listo! ¡Qué propio de él ese modo perezoso, desganado; ese encogerse de hombros! Con verdad dicen que genio y figura... Este Severiano que ahora se revelaba de cuerpo entero en esa explicación fácil era el mismo que, de muchacho, aceptaba siempre mis iniciativas, las secundaba de un modo flojo, y se reía cuando trataba yo de sacudirlo un poco, de avivarlo con el encargo de tareas difíciles; el mismo que luego siguió con igual docilidad las directrices que le trazara el tío Ruperto; el mismo que se quedó ahí en el pueblo, muerto de ganas de ver mundo, pero aceptando una vida que le entregaban hecha...<sup>26</sup> ¡Muy cómodo todo! Me dio rabia: por

eso quise salir al paso de su teoría, y dejársela pulverizada. Y más rabia todavía me dio cuando, en lugar de discutir mis objeciones, va y se sale por la tangente —él, siempre el mismo —observando: «Pero eso que algunos me discuten de que un loco no tendría letra tan clara y pareja y perfilada, es una perfecta tontería. Hay quien no puede imaginarse a los dementes si no es dando alaridos dentro de una camisa de fuerza. Además, la fábula de la propaganda soviética, francamente, me parece pueril.»

—Pues a mí, tan descabellada no me parece, ¿qué quieres que te diga! —le repliqué—. No pienso, por supuesto, que pueda tratarse de ningún escrito en ruso ni mucho menos. Pero... con todo... ¡Mira! No quiero por ahora adelantarte mi opinión. Prosigue tu historia; anda, termina.

La verdad es que se me había ocurrido una idea bastante aceptable y hasta, si se quiere, excelente; algo que a aquellos palurdos jamás se les hubiera venido al meollo, y que había de dejarlos estupefactos cuando vieran los resultados. Pues si era como yo pensaba, la cosa podía traer cola, hacer hablar a todos los periódicos durante días y semanas. Crecía mi entusiasmo al ver cómo, cuantas más vueltas daba en el magín a mi idea, más se me iba perfeccionando, más se redondeaba. Y, sin embargo, los ditirambos que pudieran dirigirse a mi perspicacia, «a la extraordinaria lucidez mental de ese modesto viajante de comercio», serían en el fondo inmerecidos, pues la idea me había brotado de golpe, y ahora era como si creciera dentro de mi mente, sin darme otro trabajo que el de ir tomando nota, igual que se toma nota del pedido de uno de esos raros clientes a quienes no hay que sacarles con tirabuzón cada partida, y apuntando en mi memoria los sucesivos detalles que se agregaban para completar mi hipótesis y prestarle la armonía de la evidencia.<sup>27</sup>

<sup>26</sup> Estas reflexiones tienen por objeto informar al lector de la relación entre ambos primos y del respectivo carácter.

<sup>27</sup> Es el momento en que el narrador se encuentra por fin envuelto en la psicosis colectiva provocada por el manuscrito.

—Pero ¡si no me queda ya nada por contar! —había contestado Severiano—. Las opiniones se dividieron de mil maneras, hubo interminables discusiones, hubo hasta verdaderas riñas; muchos quedaron atravesados y resentidos los unos con los otros, y al final nos hallamos como al comienzo: sin saber nada a punto fijo, pues que todo habían sido suposiciones más o menos hueras.

—Bueno, pero el papel ¿dónde está?

—El papel, yo lo tengo. Mejor dicho: lo tiene mi hermana Juanita, a quien se lo di a guardar en espera de que alguien pueda procurarnos un poco de luz. Hasta ahora, nunca surgió la oportunidad; e incluso, te diré, casi ni lo tenía ya presente. Pero no bien te oí referir que has aprendido idiomas, ¡caramba!, en seguida se me vino a las mientes, y pensé, pienso: «A lo mejor éste puede aclararnos...» Mañana por la mañana te enseñé el manuscrito y... vamos a ver. Por ahora, lo mejor será que nos durmamos. Ya es tarde, y tú debes de estar muy cansado.

Cansado sí que lo estaba; ¿no había de estarlo? Pero ya se me había pasado el sueño con tanta y tanta conversación, y mi idea acerca del papel y de su posible significado seguía trabajando ella sola en mi cabeza, como si le hubiesen dado cuerda; giraba y giraba sin sosiego alternando en sus vueltas el decaimiento con el entusiasmo... En una palabra: ya estaba desvelado por completo. Y era justamente ahora cuando este bueno de mi señor primo sentía sueño y me mandaba, como se le manda a un niño, que me durmiera.

—Pues no, señor: no estoy cansado. Además, para un día que voy a pasar contigo después de tanto tiempo que no nos vemos, no es cosa de echarse a dormir a pierna suelta. De modo que... sigamos charlando un poco, señor dormilón: anda, cuéntame algún detalle más. Ya te he dicho que se me había ocurrido una interpretación bastante cabal de todo ese suceso. Estoy atando cabos: luego te la expondré. Por el momento, lo que sobre todo importa es la personalidad del viajero. En cuanto al papel, ya lo estudiaremos por la mañana, y raro

será que no confirme... Pero, mientras tanto, dime: ¿qué es lo que, en concreto, se sabe del hombre?

—Pues; en concreto, ¡nada! Ya te digo que nadie lo ha visto, si apuramos los hechos. Y cuando en un momento dado todos quisieron hacerse los interesantes dando precisos detalles, nadie coincidía con nadie. ¿Te conté lo del telegrama? Toda una historia, hasta con sus discusiones agrias. Y al final resulta que no había telegrama que valga. En cuanto al chófer del ómnibus, no pudo acordarse de nada a punto fijo; no había reparado; ningún pasajero le había llamado la atención; él no se preocupaba de los pasajeros sino para cobrarles el billete y hacerles cumplir las ordenanzas según es debido.

—Bien. Está muy bien. Pero la mujer del Antonio, ésa por lo menos es seguro que lo vio, puesto que le sirvió la cena y le dio alojamiento y le cobró el hospedaje. ¿O me vas a decir que se obstina?...

—No, hombre, no; al principio, es cierto que no quiso referir nada, por pura terquedad, enojada como estaba con el marido. Pero luego se le fue a hablar seriamente, el cura mismo le hizo algunas consideraciones, y la pobre señora contó lo que sabía. Mas, después de haber hecho la reseña mil y quinientas veces, estábamos donde antes: eran todo trivialidades.

—¿Por ejemplo?

—Pues, por ejemplo, que estando ella arriba oyó palmadas al pie de la escalera; que acudió, y encontró allí a nuestro hombre, con un maletín en la mano y un abrigo al brazo, pidiéndole alojamiento; que le hizo subir y lo instaló en la habitación de la esquina; que le preguntó en seguida si iba a cenar: contestó él que sí y, pasado un momento, bajó al comedor, sentóse a la mesa, comenzó a leer unos papeles que llevaba consigo, y ella le fue sirviendo la comida; ya lo sabes: sopa, huevos fritos, un poco de carnero y una buena tajada de carne de membrillo, todo lo cual comió distraído en su lectura; que cuando hubo concluido se retiró de nuevo a su cuarto pidiéndole pluma, tintero y unas hojas de papel... Y por último, que a la mañana temprano volvió a aparecer en la cocina, ya con la maletita en la mano y el abrigo al

brazo preguntando cuánto debía y desapareciendo no bien lo hubo pagado sin discutir ni regatear. Eso es todo.

—Pero, hombre, por favor: ¡resulta irritante, demonio! ¿Cómo es posible? ¿Nadie más había en la fonda? Y a la patrona ¿no le chocó el laconismo del tipo, o algo en su aspecto, o... qué sé yo? Yo no puedo creer que, tal como son esas mujeres, no le preguntara...

—Pues mira: otro personal no lo había (es casualidad: no creas que no se haya comentado; pero se dan casualidades); no lo había, no, ni al entrar el hombre ni al salir de mañana. Y mientras comía, fue la propia dueña quien sirvió y retiró los platos. Casualidad será, si tú quieres...

—De todas maneras, y aun siendo así... No sé; pero se diría que hay aquí empeño en hacer todavía más misterioso el asunto de lo que en realidad es. El tipo ¿cómo era? ¿joven o viejo? ¿alto o bajo? ¿rubio o moreno?

—Pues, al decir de ella, ni joven ni viejo, ni alto ni bajo, ni gordo ni delgado, ni moreno ni rubio.

—Vamos, sí; *señas particulares*, ninguna<sup>28</sup>. Y ya está completa la ficha. La vestimenta, vulgar, de seguro. ¿Y los calcetines de colores y los zapatos de que hablaba el otro?

—Ahí, ella desmiente al marido; dice que es pura invención. E' invención, lo del acento extranjero: que si no llega a ser por el maldito papelecho, a nadie se le hubiera ocurrido... Ella, ¡claro!, con tal de desmentir al Antonio... ¡Cualquiera sabe!

La última observación de la hospedera me llenó, lo confieso, de súbito regocijo: confirmaba mi hipótesis. Tuve una verdadera invasión de júbilo; tanto, que no pude contenerme, y le dije a Severiano:

—Mira, primo: esa señora (y perdona que te lo diga) es la única persona que en todo este asunto ha mostrado sentido común y que sabe discurrir. ¿Por qué? Pues porque eso está muy bien observado. ¡Claro está que no

era un extranjero! Fantasías, fantasías, y nada más que fantasías. Así es como se forman las leyendas: ven un papel que no pueden descifrar y, en seguida, ¿qué va a ser?: un manuscrito en lengua extranjera. Por lo tanto, extranjera tiene que ser la mano que lo escribió. Y ya eso basta para pretender haber notado acento extraño, ropas fuera de lo usual, etcétera. Pero es el caso, señor mío, que no hay nada de todo ello: todo se encuentra construido sobre una base falsa: el manuscrito no está en lengua extranjera.

—Pues claro; ya lo decía yo: son las palabras sin sentido trazadas por la mano de un loco —me contestó Severiano. ¿Habríase visto? ¡Qué bruto! ¡Sí, sí, cada loco con su tema! ¡Qué bruto! ¡qué grandísimo terco!

—¡Ya, ya! ¡Palabras sin sentido! —me eché a reír. En la oscuridad, a mí mismo me sonó mi risa a falsa. Estaba ya crispado, lo que es bastante comprensible, ¿no?—. ¡Palabras sin sentido! —repetí—. ¿No te das cuenta de que no hay loco capaz de inventarse de pe a pa sus palabras, sin parecido ninguno con las verdaderas? Por lo que más quieras, Severiano: un loco de forma, mezcla, combina; pero esas palabras completas, una junto a la otra, y desprovistas en apariencia de toda significación... No me vas a decir...

—Entonces...

Mi primo estaba desconcertado; lo había desconcertado mi vehemencia. Hubiera podido tocarse con la mano su estupefacción, quieto, inmóvil, paralizado, acurrucado ahí, en lo oscuro, como un bicho tímido.

—Entonces... —repetió, confuso.

—Es muy fácil, hombre —condescendí—: es el huevo de Colón. —(Sólo que, claro está...)— ¿No lo adivinas? Se trata de escritura cifrada.

Ya estaba dicho; eso era tal cual: escritura cifrada. Pero, por lo visto, no resultaba tan fácil para sus entendederas. Y después de todo, se explica: ¿qué podía entender Severiano de toda esa cuestión de cifras, códigos y tal?; tendría sólo una vaga noción, y le costaba mucho trabajo darse cuenta. Yo me puse a instruirle. A mí, eso me era asunto familiar, por razón de los negocios, que

<sup>28</sup> Se imita burlescamente la indicación que suele ponerse en pasaportes, cédulas de identidad y otros documentos de identificación personal.

a veces exigen... Mas, sea que él ya tiene los sesos endurecidos, sea que yo, con el cansancio y la nerviosidad, no atinaba a poner en claro la cuestión, tuve que terminar por proponerle: «¡Anda, a ver! Da luz, que yo no sé dónde está el conmutador, y en un momento voy a mostrarte con ejemplos...» Encendió, y yo me tiré de la cama. En seguida fui a buscar mi lápiz en el bolsillo de la chaqueta, y saqué también una libreta de notas. Severiano me observaba sin decir nada. Me acerqué a su cama, aquel catre en tenguerengue, y tomé asiento en el borde, a su lado.

—Mira, fijate —le dije—: es así; aquí están las letras del alfabeto... A, B, C, D, E, F, etcétera. Bueno: si a cada una de ellas se le asigna un valor numérico (por ejemplo, la A vale cinco; la B, ocho; la C, cuatro, etcétera), es claro que podrás escribir lo que te dé la gana con cifras, y no entenderá tu escritura sino quien ya conozca los valores convencionales que tú le has asignado a cada letra. Basta tener la clave. Veamos, por ejemplo, mi nombre: ROQUE SÁNCHEZ, ¿eh?

Y con toda paciencia pongo mi nombre en números, para que el muy bruto venga y me diga, me dice: «Pero ¿qué tiene eso que ver con las palabras escritas en idioma extranjero?» Le miré despacio, procurando no mostrarme exasperado: el pobre es bastante duro de mollera, pero ¿qué culpa tiene él? De todas maneras su torpeza me irritó a tal punto que ya me hice un lío, no di más pie con bola y me fue imposible llevar a término mi explicación. ¡Quién sabe tampoco si él hubiera sido capaz de comprenderla! Renuncié a nuevos ejemplos, que por fuerza hubieran sido más complicados, y le dije:

—Bueno, esto es demasiado técnico para explicarlo en unos minutos. Yo lo que te digo es que ese manuscrito está en cifra. Eso es lo que es: un texto cifrado.

—Será así como dices —me respondió—; pero entonces lo que yo no comprendo es para qué diablos iba a dejarnos ahí una cosa que nadie puede descifrar.

—¡Ah, ésa es otra canción!

Comencé a pasearme por la alcoba, de un lado a otro, sorteando la mesita del centro y la silla con la ropa,

mientras él, sentado en su cama, seguía con interés mis movimientos y mis palabras<sup>29</sup>. Yo trataba de persuadirlo ahora de la explicación más sencilla, que de seguro sería también la verdadera: que el sujeto en cuestión, ¡cualquiera sabe para qué fines!, tuviera que enviar un mensaje cifrado, y ése haya sido el borrador, traspapelado allí sobre la mesa.

—Tal vez. Pero a mí eso no me convence. —(¡No me convence! —objetó—. ¡Qué aplomo! Diríase que él hubiera estado meditando la idea con toda calma, para sentenciar a la postre: «¡No me convence!»)—. ¿Cómo iba a dejarse olvidada —insistió— una cosa tan importante, tan importante que exige ponerla en escritura secreta?

—Olvidada, no; perdida entre los demás papeles. Puede bien ocurrir. Puede ocurrirle, o bien a un novato que se atolondra, o bien a un veterano ya muy avezado al peligro.

—¿Al peligro, dices? ¡Según eso, piensas tú que la cosa es de cuidado!

Por fin se había dado cuenta el muy lerdo.

—Podría serlo. ¡De mucho cuidado!

Me detuve. Caí en un preocupado silencio. A mi cabeza acudían multitud de ideas, todavía un tanto confusas y mezcladas, pero... ¡multitud! Eso sí, todavía en nebulosa. No era como al comienzo, que andaban solas, sin darme trabajo, y solas se colocaban en su orden. Ahora asomaban como por un agujero y se retiraban en seguida antes de que hubiera podido apresarlas. Sentía que asomaba una; iba a echarle mano, y ya se había sumido otra vez... Severiano respetaba mi silencio, me observaba. Al cabo de un buen rato, aventuré:

—Y, ¡por supuesto!, no sabiendo la equivalencia de cada letra...

—¿Qué? ¿La clave?

—Sí; no sabiendo la clave...

—Bien; te diré: hay especialistas que aciertan a descifrar claves secretas, lo que, como podrás imaginar, no

<sup>29</sup> Con este párrafo se hace culminar el creciente nerviosismo del narrador; al mismo tiempo que se describe el ambiente de la habitación donde ambos primos se encuentran.

es nada sencillo. ¡Menudos tíos! También los tipos se ganan unos sueldos formidables. Pero lo que quiero decirte es que ello no es imposible ni mucho menos, y yo, por mí, estoy deseando ponerle la vista encima al manuscrito... No vayas a pensarte que yo entiendo de eso; no. En las operaciones mercantiles, en el mundo de los negocios, que tantos puntos de contacto tiene con la diplomacia y la guerra<sup>30</sup>, también se emplea la cifra para comunicarse acerca de ciertas operaciones de importancia; pero de eso a descifrar textos de clave desconocida hay mucha distancia. Sin embargo, primo, tengo verdadero deseo de ver el manuscrito. Ya me has metido en curiosidad, hombre. Y, digo yo, puesto que ambos estamos despiertos y sin sueño, dime, ¿por qué no vas ahora mismo a buscarlo?

—¿Ahora?

—Sí, hombre de Dios, ¡ahora! —¡Qué ser reacio, qué indolencia; si hasta parecía asustado, como si le hubieran propuesto lo nunca visto, la cosa más insólita y descomunal! Levantarse de la cama, ¡nada menos!, e ir a la gaveta en busca del papelito y traerlo.

—¿Ahora? —repetió—. No; no puede ser ahora.

—Pero ¿por qué?

Se lo pregunté medio sorprendido, medio divertido, parándome junto a su cama. Y allí mismo, cruzados los brazos, aguardé la respuesta.

—Porque no puede ser —cerró los ojos—. El papel, ¿sabes?, lo tiene guardado mi hermana Juanita.

Yo insistí. Aquélla no era razón. No es que en realidad me importase nada el maldito papel ni que tuviera impaciencia alguna; pero me sentía ya irritado y, al mismo tiempo, me divertía apretarle, ponerle en un brete, sacudirle, sacarlo de su inmovilidad.

—No necesitas despertarla ni hacer ruido —aduje para persuadirle—. Eso aparte de que a estas horas probablemente ya estará ella rezando sus devociones matinales. ¡Digo yo; no sé! Pero, sobre todo, que no tienes por

<sup>30</sup> Énfasis vanidoso con el que el protagonista procura compensar su sentimiento de inferioridad.

qué hacer ruido. Vas, rebuscas donde ella acostumbre guardar sus papeles... Claro que, a lo mejor, lo tiene escondido entre las páginas de algún devocionario.

—Eso —me contestó en un tono grave que contrastaba con mi aire de zumba maligna y, lo confieso, un poco excesiva (un contraste que, como advertí en seguida, era reflejo del que hacía su figura envuelta, recostada, inmóvil, con mi agitación, ridícula sin duda y como burlasca, recorriendo la pieza en ropas menores)—, eso, Roque, no puede ser. Yo no podría sustraerle así como tú sugieres el misterioso mensaje. Para Juanita no se trata de una cuestión baladí: le daría un disgusto muy serio el saber que andaba yo revolviendo en sus cosas y que le había sacado... ¡Dichoso manuscrito, y cuántos quebraderos de cabeza ha tenido que ocasionar!

Estas palabras, pronunciadas, como digo, en tono grave y hasta pesaroso, doliente casi, cambiaron el sesgo de la conversación. Yo volví a meterme en la cama (estaba quedándome helado) y me cubrí hasta medio cuerpo, dispuesto a escuchar con atención las confidencias de que aquellas frases parecían ser prólogo. En efecto, me contó en seguida las discusiones, querellas casi, a que el mensaje cifrado diera lugar en su casa. Primero habían sido las protestas airadas de Águeda, molesta con las idas y venidas, cabildeos, trifulcas y quimeras suscitadas por el manuscrito; pues a la gente le había dado por invadir su casa —¡claro, él era el depositario, y él tenía que aguantar las pesadeces de todo el que quisiera verlo y discutirlo!—; de manera que Águeda, con su intemperancia, su irritabilidad... Alguna vez, curiosa también ella aunque no quisiera confesarlo, había echado una mirada furtiva, por encima del hombro, al pasar por su lado, cuando él estaba examinando a solas aquella caligrafía. Y él, buscando propiciársela, había aprovechado estas raras ocasiones para invitarla: «Mira, Águeda, mujer; a ver qué te parece a ti...» Pero ella no se dejaba implicar; se salía con un «Déjame a mí de tonterías; no tengo tiempo que perder en pamplinas semejantes»; y sólo una vez llegó a tomar el papel en sus manos, aun cuando

para soltarlo en seguida sobre la mesa, despectivamente: «¡Bah!»

—Mientras tanto —prosiguió Severiano su relato—, la otra, Juanita, había callado siempre, sin mezclarse en las discusiones, ajena por completo a ellas, según parecía, pero no perdiendo una sílaba de cuanto se hablaba a propósito..., hasta que una vez me sorprende con esta increíble pregunta: «Severiano, ¿cuándo piensas entregarme el mensaje?» Al principio, ¡la verdad!, no entendí bien lo que quería significarme; la miré con sorpresa, y me dispuse a no hacerle demasiado caso; desde que se ha convertido definitivamente en solterona y beata alimenta su imaginación de fantasías estúpidas y gusta de emplear palabras tales como esa de *mensaje, misión, holocausto*...<sup>31</sup>. Pero, ¡diantre!, ¡se refería al manuscrito! «¿Qué mensaje?» «¡Ese! ¿Cuándo me lo entregas?» Eché mano a la cartera, donde lo tenía guardado, y se lo alargó. Entonces lo coge con premura, le pasa la vista con esa expresión ansiosa que ahora suele tomar (son los gestos teatrales de la iglesia, ¿sabes?; todo se contagia; y luego, tú sabes, ese vértigo de la edad, en fin...), me lanza una mirada inquieta y... desaparece; sí, desaparece llevándose el papel a su cuarto y dejándome a mí con dos palmos de narices. Yo me quedé como quien ve visiones, sin saber ni qué decirle. ¿Qué va uno a decir ante cosa tal? Tú no puedes defenderte del absurdo. Para las cosas normales y corrientes, ya sabes bien lo que has de hacer: estás en tu mundo; pisas el suelo firme de la realidad; cada cosa es lo que es, y nada más: tiene su cuerpo, su volumen, su peso y su forma, su temperatura, su color, y se está ahí quieta hasta que a ti te da la gana de cambiarla de sitio. Pero de pronto comienzas a notar que ya no apoyas los pies sobre el suelo; quieres tocar algo, y donde creías hallar resistencia no la hallas, está frío lo que esperabas caliente, lo blando se te resiste, alargas la mano para agarrar una cosa, y resulta que se te ha escapado. Entonces, ya no

<sup>31</sup> El lenguaje es empleado para caracterizar al personaje que lo emplea.

sabes qué hacer... ¡Y no haces nada! Te quedas paralizado. Pues eso fue lo que me pasó a mí, y lo que me sigue pasando. Hay veces, te aseguro, en que no hay quien entienda a mi hermana; y yo me pregunto: «Pero ¿es ésta mi Juanita?» En resumidas cuentas: que se quedó con el papel, y ¡hasta ahora! Cuando volví a tenerla ante los ojos, le pregunté con cierta cautela: «Entonces, Juanita, ¿eso lo guardas tú?» «Eso ¿qué?» «¿Qué ha de ser? El papelito». Y me responde: «Pues ¡naturalmente!» «¿Qué te parece? ¡Naturalmente!... Dos o tres veces después le he hecho alguna alusión, le he preguntado, por ejemplo, que qué le pareció, y me mira ya con burla, ya con rabia, y no me contesta. Como no es cosa de armar un zipizape...

—Ya, ya comprendo —le dije yo entonces a mi primo—; ya me doy cuenta de por qué no quieres ir ahora a buscarlo: le tienes miedo a tu hermanita, y eso es todo. ¡Está bien, hombre! ¡Haberlo dicho!

—Miedo, no; consideración —replicó enrojeciendo, no sé si de bochorno o de cólera; pues algo debía conservar de su antiguo amor propio, y la verdad es que yo me había excedido un tantico: no tenía ningún derecho...<sup>32</sup>. Además ¿qué me importaba a mí de toda aquella necia historia pueblerina? ¡Nada! Pero lo que pasa es que cuando ya uno se ha puesto nervioso, cualquier majadería es capaz de dominarlo. En esto tenía razón Severiano: el absurdo le hace perder a uno la cabeza, atrae como una sima. Yo sentía una impaciencia que a mí mismo me causaba estupor: ansiaba de tal modo ver el mensaje, que estaba cierto de no poder descansar más hasta después de haberlo tenido en las manos. Temía —así, ¡temía!— tener que tomar el tren sin haberlo visto, y hasta me había hecho el proyecto de apoderarme de él, aunque fuera en el último instante, y llevármelo: ya se lo devolvería a mi primo por correo certificado, si tanto interés tuviera en conservarlo. Pero ¿y si llegaba la hora del tren y, entre tantas vueltas y revueltas, aún no había

<sup>32</sup> En este diálogo queda reflejada la bondad y pasividad del primo Severiano.

podido verlo? Resuelto estaba, si preciso fuere, a perder el de las seis y treinta y cinco e irme en el de las once, a pesar de toda la incomodidad, inconvenientes y hasta, ¡quién sabe!, perjuicios que eso podía acarrear. Pues ese retraso de unas cuantas horas me hubiera podido acarrear de veras un serio trastorno: estos pormenores yo no se los había contado a mi primo Severiano (ni ¡qué iban a importarle a él!), pero resulta que el gerente de Melero y Cía. me tenía fijada cita en la Fabril Manchega, S. A., para dilucidar la cuestión de las entregas descabaladas; se trataba de sorprender a estos pájaros y llevar un ataque bien combinado, fingiendo una coincidencia casual; él llegaría en su auto, mientras que yo, como viajante, pasaba mi acostumbrada visita; en fin, todo un lío; y si yo le dejaba colgado... Pues ¡a bien que no era soberbio y grosero el individuo como para hacerle semejante jugarreta! Si precisamente por comodidad suya había combinado yo el pasar esa noche sobrando en casa de mi primo, a quien, por otra parte, deseaba tanto visitar...<sup>33</sup> Pero esa visita amenazaba complicarme la vida; pues, inexplicablemente, era ya para mí una necesidad imprescindible la que sentía de ver el demonio de manuscrito, y estaba dispuesto, incluso, a salir en el tren de las once, pasara lo que pasare. Por suerte, no fue necesario.

—Perdona, hombre, Severiano; parece que a ti no se te puede dar una broma —le dije para paliar el mal efecto de mi destemplada ironía—. De todas maneras, Juana madrugará bastante, ¿no? A mí me parece que debíamos estar levantados, no sea que se vaya temprano a misa y nos quedemos...

—Descuida, Roque, descuida. Si todavía es noche cerrada —me arguyó, apaciguado, el buenazo.

—Vamos, que apuesto a que está amaneciendo —sostuve.

—Que va a estar: ni mucho menos.

—Pero sí, hombre; si ya pasan carros...

Estaban pasando carros; se oía fuera el chirrido de los ejes, las pisadas de las mulas, algún restallido, alguna blasfemia.

—Esos carros salen mucho antes que el sol.

Entre tanto, yo me había levantado, me había acercado al balcón; abrí un postigo: noche cerrada. Pero, a pesar de ello, cada vez se alzaban más ruidos en el pueblo; canto de gallos, ladridos... ¿Pensaría acaso dormirse todavía Severiano, después de haberme impedido a mí que durmiera en toda la santa noche con su estúpida historia? Ahí estaba, sin rebullir; se había vuelto para la pared, y ni siquiera rebullía. Pues lo que es si esperaba que yo apagase la luz... Fui a mirar mi reloj, que estaba en el bolsillo del chaleco, ahí colgado del respaldo de una silla con mi otra ropa: ¡Nada más que las cuatro y media! «Ya son las cinco menos veinticinco, Severiano —dije—. ¡Anda, holgazán, levántate, vamos!»

Se levantó, bostezando. No se puede negar que es un buenazo, el pobre. Añadí: «Yo creo que tu hermana ya no puede tardar mucho en salir de su cuarto.» Él me dirigió una sonrisa amable y triste: «Sí —asintió—; a ver si por fin nos libramos del misterio.»

¡Cómo se le notaban ahora los años, a Severiano, con el escaso pelo blancuzco todo revuelto, y aquellas ojeras! Me pareció viejo: un viejo. Fui a mirarme en el espejo del lavabo: ¡Hay que ver también los estragos que puede causar una noche en vela, y más, después de haber viajado todo el día! Y ¡es que son ya muchos años de viajante, caramba! Pero luego se afeita uno, se lava, se peina, y ¡cómo nuevo!<sup>34</sup> Comencé a enjabonarme la cara, mientras que él se desperazaba con los brazos en cruz. Pronto pudo verse cuánta razón tenía yo: no bien salimos del cuarto —y Severiano tardó en arreglarse menos de lo que yo me hubiera temido— nos topamos con Juanita, que ya se disponía a largarse, y que se sobresaltó un poco

<sup>33</sup> Queda aclarado que la visita del primo por parte del narrador fue un recurso práctico dentro de una vida ajetreada bajo condiciones penosas.

<sup>34</sup> La preocupación del narrador con la edad, de la que ya dio varias indicaciones antes, se manifiesta aquí en forma cómica-dramática.

al tropezar con nosotros en la puerta del comedor, a donde íbamos en busca de algo que tomar como desayuno. Me miró como si no me reconociera o no me recordara, y yo también le encontré a ella un no sé qué de raro, un cierto ribete cómico y hasta disparatado en la solemnidad de su manto negro, en el gesto de su mano enguantada sosteniendo libro y rosario. Seguía siendo aquella Juanita, sí; pero disfrazada de vieja beata... Su hermano la atajó:

—Mira, me alegro de que todavía no hayas salido (y ¡qué maneras de madrugar, hija!). Escucha, ¿sabes lo que quisiéramos?

—Se dan los buenos días.

—¿Sabes lo que quisiéramos?

—Sí, lo sé —respondió ella inesperadamente—. ¡Lo sé!

Se había parado, de espaldas a la puerta, un poco rígida, con los brazos caídos, y me pareció que su voz, demasiado presurosa, temblaba, de puro tensa, en los descoloridos labios.

Miré a Severiano. También él estaba pálido:

—¿Que lo sabes? —preguntó en un parpadeo. Y con una sonrisa (¡qué fea, su forzada sonrisa jovial!): Imaginarás que vamos a pedirte el desayuno.

—Me vas a pedir el mensaje —le replicó ella sin vacilar. Y se quedó callada.

Severiano seguía parpadeando como si le hubiera entrado una mota en un ojo. Convencido de que él no rechistaría, y empeñado además en cerrarle la retirada:

—¿Cómo lo has podido adivinar, prima? —le pregunté yo. Juanita descompuso su boca en una mueca bufa; en seguida se quedó seria, vieja; luego exhaló un suspiro; luego tragó saliva... Creo que Severiano estaba aterrado al ver que su hermana no decía palabra.

Otra vez me sentí en el caso de intervenir:

—Entonces, prima, ¿nos lo entregas?

Lo dije, quizá, algo cohibido. La actitud de Severiano, tan timorata, se me había contagiado, y yo mismo me expresaba ahora con cierta cortedad. Lo que, por otra

parte, no es de extrañar si se piensa que la conducta de Juana era más que sorprendente. Insistí aún:

—¿Nos lo entregas?

Juana revolvió los ojos al techo con gesto implorante y dirigiéndose, no a mí, sino a su hermano, le reprochó con severa amargura:

—¡Que hayas hecho semejante cosa, hombre! ¡Semejante vileza! ¡Ah, sí!, ¡ya lo sabía! Estaba segura de que habrías de aprovechar la primera ocasión... De ti para mí, cara a cara y sin testigos, no te atrevías a ello. Pero siempre que me tirabas indirectas, o que te quedabas mirándome con ganas de decir algo, y sobre todo cuando te sorprendía (porque te he sorprendido, aunque no lo creas, más de una vez) rondando en torno a mis papeles, yo ya sabía y estaba muy segura de que, no bien se te presentara, aprovecharías la oportunidad de hacerme tal extorsión. Y la oportunidad se te ha presentado; la oportunidad ha sido esta venida de Roque... Si no es que, tal vez, como pienso, no le llamaste en tu auxilio; pues ¡cosa más extraña, la llegada de éste ahora, de improviso, tras de tantos años sin acordarse del santo de nuestro nombre!... Pero de nada te ha de servir. ¡Ah, no! ¡Yo ya no soy la que era! ¡No, a otro perro con ese hueso! No, no...

Se había erguido mientras soltaba esta retahíla incomprendible, y las flacas mejillas se le habían teñido de un rubor falso; el peto bordado con cuentas de azabache subía y bajaba, agitado por la cólera, por la angustia... Y Severiano parecía anonadado frente a aquella explosión. Anonadado, pero —a lo que me pareció— no muy sorprendido. El que estaba estupefacto era yo; tanto, que no supe qué decir (sí, lo confieso, no supe qué decir; y para que a mí lleguen a faltarme las palabras...). Aquella furia continuaba y continuaba. Se iba excitando ella solita, sin que nadie le diera pábulo —Severiano, el infeliz, no había resollado siquiera; en cuanto a mí, ya digo, me había quedado como tonto, sin saber qué decir—, y poco a poco se iba subiendo a las nubes y se enredaba en una ristra de insensateces ensartadas la una en la otra sin decanso: Por último, y cuando ya se hubo despachado

a su gusto, se quedó muda y hasta pareció que iba a romper en llanto: la barbilla le temblaba, se le empañaban los ojos y, en una actitud de dolorida dignidad, terminó barbotando algunas palabras: se le oyó decir, entre sollozos, que podíamos —si nos daba la gana— registrarle todos sus papeles. Y rehaciéndose con nuevo furor, concluyó:

—Tomad, ahí tenéis la llave de la gaveta para que no necesitéis forzar el mueble: revolvedlo todo, destrozadlo todo, arruinadlo todo; no respetéis cosa alguna, ¿para qué?

Tiró la llavecilla sobre la mesa del comedor, y salió para misa como alma que lleva el diablo.

—¿Has visto? —exclamó asombrado, avergonzado, mi primo cuando nos vimos solos. Y yo:

—Pero ¿qué significa eso?

No significaba nada. Me convencí de que no había habido ningún motivo que yo ignorase; adquirí la seguridad de que Severiano no me había mentido ni ocultado cosa alguna: daba lástima verle, con aquella cara trasnochada y aquella mirada perruna, humillado y triston. Sería difícil saber si él había llegado al convencimiento de que a su hermana se le había ido la chaveta, pero de lo que no me cabe duda es de que era el pobre una víctima de sus caprichos, de que lo tenía acopiado.

—Pues mira, ¿sabes lo que te digo? —le interpele cuando hubimos agotado los comentarios del caso, tales como: «¿Qué barbaridad!» «Eso es de lo que se ve y no se cree», y otros tales—; ¿sabes lo que te digo, Severiano? Que ahora mismo vamos a registrarle la gaveta.

Me pareció que era deber mío hacerlo. En primer término, aquella mujer no estaba en sus cabales, y quién sabe qué otra cosa —¡armas, incluso!— podría ocultar allí bajo llave: era —¿no es cierto?— un verdadero peligro. Además, ¿no nos lo había dicho ella misma?, ¿no nos había autorizado, aunque fuera en un rapto de ira? Sin mí, Severiano jamás se atrevería a hacerlo. Y allí se quedaría el célebre papelito, *per saecula saeculorum*, secuestrado bajo la custodia de aquella especie de dragón...

Mi primo recibió la propuesta con una mirada de asombro, pero no opuso resistencia alguna cuando le insistí: «¡Anda, vamos!...» Con él, no hay sino mostrarse resuelto. Sólo me pidió, con una sombra de angustia: «Cuidado, sin hacer ruido, no sea que se despierte Águeda.»

Cogí la llave, y él, andando de puntillas, me condujo al cuarto de Juanita. El consabido cuarto de solterona, cerrado y todavía con olor de la noche. Abrí los postigos —ya amanecía— y, después de girar una mirada alrededor, me dirigí al pequeño pupitre, bajo una virgen del Perpetuo Socorro en bajorrelieve, de escayola pintada y dorada. Meto la llave en la cerradura (¡violación de secreto, señores!), abro, y ¡nada! Parecerá un chiste de mal gusto, una broma pesada: no había cosa alguna dentro del pupitre, nada en los cajoncillos laterales, nada en los compartimientos..., ¡lo que se dice nada!<sup>35</sup>. Debo confesar que me sorprendí a mí mismo todo agitado, con el corazón en un hilo y apretada la garganta. Estaba parado ante el mueblecillo, y no sabía qué hacerme. Volví la vista hacia Severiano, y su expresión no decía nada: era la misma expresión triste e indiferente de antes. «¿Qué te parece esto?» —le pregunto—. «Y ¿qué quieres que te diga?» Había en su entonación una especie de renuncia, de abandono irónico; parecía burlarse de mí sutilmente; pero esta vez su flojedad no me produjo exasperación, tan desconcertado estaba yo. Me hallaba —lo confieso— anhelante, sobrecogido, desconcertado, en fin, cosa que se comprende bien con la nerviosidad de una noche en vela y la emoción de encontrarse uno de nuevo en su pueblo y entre los parientes con quienes uno se ha criado: todo eso altera la rutina de los hoteles, de las conversaciones siempre iguales que llenan los viajes de un comisionista... Le pregunté todavía a Severiano: «¿Qué hacemos, tú?» «¿Qué hemos de hacer?» Y no insistí ya en que registráramos todos los rincones de la pieza, no porque la idea no se me ocurriera

<sup>35</sup> Ese «nada» simboliza el vacío total en las vidas que aquí se presentan girando en vano y apunta hacia el final anticlimático de la narración.

(de buena gana la hubiera emprendido a coces con cuanto allí había: sillas, ro... v cuadros), sino por consideración hacia mi primo, y hasta por aburrimiento. Mi irritación había degenerado ya en aburrimiento, en ganas de escapar.

Miré el reloj. «Todavía alcanzo bien el tren de las seis y treinta y cinco», dije. «Sí; claro que alcanzas.» (¿Conque tenemos ganas de que me vaya, eh?») «Alcanzas, y también tienes tiempo de tomar tranquilamente el desayuno», confirmó Severiano, añadiendo sin embargo: «Pero será mejor que vayamos a tomarlo en el bar de Bellido Gómez.»

—No; el desayuno os lo puedo preparar en seguida.

Nos volvimos: era Agueda, parada junto al quicio de la puerta, con el pringoso pelo gris enrollado en trenzas.

—Gracias, prima, gracias; pero prefiero que nos despidamos ahora. Desayunaremos en el bar y en seguida ¡al tren! Me hubiera causado un gran trastorno el perderlo, como ya le dije a éste, creo.

Así se hizo todo. Severiano me acompañó, pasamos a desayunar en el bar, y luego me dejó en el tren. «¡A ver si vuelves pronto, Roquete; que no se vayan a pasar otros ocho o diez años antes de que te acuerdes de nosotros!» «¡Descuida!»

Y allá se quedó, como un pasmarote, haciendo adiós con la mano. ¿Qué se me daba a mí de toda aquella absurda historia del manuscrito? Ni siquiera estoy seguro de que todo ello no fuera una pura quimera.

(1948)

## El Tajo

### I

—¿Adónde irá éste ahora, con la solanera? —oyó que, a sus espaldas, bostezaba, perezosa, la voz del capitán.

El teniente Santolalla no contestó, no volvió la cara. Parado en el hueco de la puertecilla, paseaba la vista por el campo, lo recorría hasta las lomas de enfrente, donde estaba apostado el enemigo, allá, en las alturas calladas; luego, bajándola de nuevo, descansó la mirada por un momento sobre la mancha fresca de la viña y, en seguida, poco a poco, negligente el paso, comenzó a alejarse del puesto de mando —aquella casita de adobes, una chabola casi, donde los oficiales de la compañía se pasaban jugando al tute las horas muertas.

Apenas se había separado de la puerta, le alcanzó todavía, recia, llana, la voz del capitán que, desde dentro, le gritaba:

—¡Tráete para acá algún racimo!

Santolalla no respondió; era siempre lo mismo. Tiempo y tiempo llevaban sesteando allí: el frente de Aragón no se movía, no recibía refuerzos, ni órdenes; parecía olvidado. La guerra avanzaba por otras regiones; por allí, nada; en aquel sector, nunca hubo nada. Cada mañana se disparaban unos cuantos tiros de parte y parte —especie de saludo al enemigo—, y, sin ello, hubiera podido creerse que no había nadie del otro lado, en la soledad del campo tranquilo. Medio en broma, se habla-

ba en ocasiones de organizar un partido de fútbol con los rojos: azules contra rojos<sup>36</sup>. Ganas de charlar; por supuesto; no había demasiados temas y, al final, también la baraja hastiaba... En la calma del mediodía, y por la noche, subrepticamente, no faltaban quienes se alejasen de las líneas; algunos, a veces, se pasaban al enemigo, o se perdían, caían prisioneros; y ahora, en agosto, junto a otras precarias diversiones, los viñedos eran una tentación. Ahí mismo, en la hondonada, entre líneas, había una viña, descuidada, sí, pero hermosa, cuyo costado se podía ver, como una mancha verde en la tierra reseca, desde el puesto de mando.

El teniente Santolalla descendió, caminando al sesgo, por largos vericuetos; se alejó —ya conocía el camino; lo hubiera hecho a ojos cerrados—; anduvo: llegó en fin a la viña, y se internó despacio, por entre las crecidas cepas. Distráido, canturreando, silboteando, avanzaba, la cabeza baja, pisando los pámpanos secos, los sarmientos, sobre la tierra dura, y arrancando, aquí una uva, más allá otra, entre las más granadas, cuando de pronto —«¡Hostia!»<sup>37</sup>—, muy cerca, ahí mismo, vio alzarse un bulto ante sus ojos. Era —¿cómo no lo había divisado antes?— un miliciano que se incorporaba; por suerte, medio de espaldas y fusil en banderola<sup>38</sup>. Santolalla, en el sobresalto, tuvo el tiempo justo de sacar su pistola y apuntarla. Se volvió el miliciano, y ya lo tenía encañonado. Acertó a decir: «¡No, no!», con una mueca rara sobre la sorprendida placidez del semblante, y ya se doblaba, ambas manos en el vientre; ya se desplomaba de bruces... En las alturas, varios tiros de fusil, disparados de una y otra banda, respondían ahora con alarma, ciegos en el bochorno del campo, a los dos chasquidos

<sup>36</sup> Es sabido que los partidarios de la República fueron calificados en general de rojos por sus enemigos, mientras que los falangistas tomaron como insignia de su partido la camisa azul. Los equipos de fútbol se distinguen también por sus colores.

<sup>37</sup> Es una exclamación de tono blasfemo que suele emplearse en España para expresar sorpresa. Algunos comentaristas han visto en ella una intención simbólica.

<sup>38</sup> Es decir, el fusil terciado sobre el hombro.

de su pistola en el hondón. Santolalla se arrimó al caído, le sacó del bolsillo la cartera, levantó el fusil que se le había descolgado del hombro y, sin prisa —ya los disparos raleaban—, regresó hacia las posiciones. El capitán, el otro teniente, todos, lo estaban aguardando ante el puesto de mando, y lo saludaron con gran algazara al verlo regresar sano y salvo, un poco pálido, en una mano el fusil capturado, y la cartera en la otra.

Luego, sentado en uno de los camastros, les contó lo sucedido; hablaba despacio, con tensa lentitud. Había soltado la cartera sobre la mesa; había puesto el fusil contra un rincón. Los muchachos se aplicaron en seguida a examinar el arma, y el capitán, displicente, cogió la cartera; por encima de su hombro, el otro teniente curioseaba también los papeles del miliciano.

—Pues —dijo, a poco, el capitán dirigiéndose a Santolalla—; pues, ¡hombre!, parece que has cazado un gazo de tu propia tierra. ¿No eras tú de Toledo? —y le alargó el carnet, con filiación completa y retrato.

Santolalla lo miró, aprensivo: ¿Y este presumido sonriente, gorra sobre la oreja y unos tufos asomando por el otro lado, éste era la misma cara alelada —«¡no, no!»— que hacía un rato viera venirle encima la muerte?

Era la cara de Anastasio López Rubielos, nacido en Toledo el 23 de diciembre de 1919 y afiliado al Sindicato de Oficios varios de la U. G. T.<sup>39</sup> ¿Oficios varios? ¿Cuál sería el oficio de aquel comeúvas?

Algunos días, bastantes, estuvo el carnet sobre la mesa del puesto de mando. No había quien entrase, así fuera para dejar la diaria ración de pan a los oficiales, que no lo tomara en sus manos; le daban ochenta vueltas en la distracción de la charla, y lo volvían a dejar ahí, hasta que otro ocioso viniera a hacer lo mismo. Por último,

<sup>39</sup> Unión General de Trabajadores: la central sindical ligada al Partido Socialista Obrero Español, que desaparecido el régimen de Franco se ha restablecido de nuevo en España y está funcionando. El Sindicato de Oficios Varios agrupaba a profesiones diversas que no tenían afiliados suficientes para constituir un sindicato propio, tales como los maestros de escuela.

ya nadie se ocupó más del carnet. Y un día, el capitán lo depositó en poder del teniente Santolalla.

—Toma el retrato de tu paisano —le dijo—. Lo guardas como recuerdo, lo tiras, o haz lo que te dé la gana con él.

Santolalla lo tomó por el borde entre sus dedos, vaciló un momento, y se resolvió por último a sepultarlo en su propia cartera. Y como también por aquellos días se había hecho desaparecer ya de la viña el cadáver, quedó en fin olvidado el asunto, con gran alivio de Santolalla. Había tenido que sufrir —él, tan reservado— muchas alusiones de mal gusto a cuenta de su hazaña, desde que el viento comenzó a traer, por ráfagas, olor a podrido desde abajo, pues la general simpatía, un tanto admirativa, del primer momento dejó paso en seguida a necias chirigotas, a través de las cuales él se veía reflejado como un tipo torpón, extravagante e infelizote, cuya aventura no podía dejar de tornar en cómico; y así, le formulaban toda clase de burlescos reproches por aquel hedor de que era causa; pero como de veras llegara a hacerse insoportable, y a todos les tocara su parte, según los vientos, se concertó con el enemigo tregua para que un destacamento de milicianos pudiera retirar e inhumar sin riesgo el cuerpo de su compañero.

Cesó, pues, el hedor, Santolalla se guardó los documentos en su cartera, y ya no volvió a hablarse del caso.

## II

Ésa fue su única aventura memorable en toda la guerra. Se le presentó en el otoño de 1938<sup>40</sup>, cuando llevaba Santolalla un año largo como primer teniente en aquel mismo sector del frente de Aragón —un sector tranquilo, cubierto por unidades flojas, mal pertrechadas, sin combatividad ni mayor entusiasmo. Y por entonces, ya la campaña se acercaba a su término; poco después

<sup>40</sup> Según esta fecha el miliciano muerto tendría, habiendo nacido en diciembre de 1919, alrededor de diecinueve años.

llegaría para su compañía, con gran nerviosismo de todos, desde el capitán abajo, la orden de avanzar, sin que hubieran de encontrar a nadie por delante; ya no habría enemigo. La guerra pasó, pues, para Santolalla sin pena ni gloria, salvo aquel incidente que a todos pareció nimio, e incluso. —absurdamente— digno de chacota, y que pronto olvidaron.

Él no lo olvidó; pensó olvidarlo, pero no pudo. A partir de ahí, la vida del frente —aquella vida hueca, esperando, aburrida, de la que a ratos se sentía harto— comenzó a hacersele insufrible. Estaba harto ya, y hasta —en verdad— con un poco de bochorno. Al principio, recién incorporado, recibió este destino como una bendición: había tenido que presenciar durante los primeros meses, en Madrid, en Toledo, demasiados horrores; y cuando se vio de pronto en el sosiego campestre, y halló que, contra lo que hubiera esperado, la disciplina de campaña era más laxa que la rutina cuartelera del servicio militar cumplido años antes, y no mucho mayor el riesgo, cuando se familiarizó con sus compañeros de armas y con sus obligaciones de oficial, sintióse como anegado en una especie de suave pereza. El capitán Molina —oficial de complemento<sup>41</sup>, como él— no era mala persona; tampoco, el otro teniente; eran todos gente del montón, cada cual con sus trucos, cierto, con sus pesadeces y manías, pero ¡buenas personas! Probablemente, alguna influencia, alguna recomendación, había militado<sup>42</sup> a favor de cada uno para promover la buena suerte de tan cómodo destino; pero de eso —claro está— nadie hablaba. Cumplían sus deberes, jugaban a la baraja, comentaban las noticias y rumores de guerra, y se quejaban, en verano del calor, y del frío en invierno. Bromas vulgares, siempre las mismas, eran el habitual desahogo de su alegría, de su malevolencia...

<sup>41</sup> Los estudiantes universitarios, es decir, los muchachos de la clase media, podían hacer su servicio militar directamente como oficiales.

<sup>42</sup> Advértase la ironía de la palabra *militado* aplicada a gestiones de intención poco militar.

Procurando no disonar demasiado, Santolalla encontró la manera de aislarse en medio de ellos; no consiguió evitar que lo considerasen como un tipo raro, pero, con sus rarezas, consiguió abrirse un poco de soledad. Le gustaba andar por el campo, aunque hiciera sol, aunque hubiera nieve, mientras los demás resobaban el naípe; tomaba a su cargo servicios ajenos, recorría las líneas, vigilaba, respiraba aire fresco, fuera de aquel chamizo maloliente, apestando a tabaco. Y así, en la apacible lentitud de esta existencia, se le antojaban lejanos, muy lejanos, los ajetreos y angustias de meses antes en Madrid, aquel desbordamiento, aquel vértigo que él debió observar mientras se desvivía por animar a su madre, conternada, allí, en medio del hervidero de heroísmo y de infamia, con el temor de que no fueran a descubrir al yerno, talangista notorio, y a Isabel, la hija, escondida con él<sup>43</sup>, y de que, por otro lado, pudiera mientras tanto, en Toledo, pasarle algo al obstinado e imprudente anciano... Pues el abuelo se había quedado; no había consentido en dejar la casa. Y —¿a quién, si no?— a él, al nieto, el único joven de la familia, le tocó ir en su busca. «Aunque sea por la fuerza, hijo, lo sacas de allí y te lo traes», le habían encargado. Pero ¡qué fácil es decirlo! El abuelo, exaltado, viejo y terco, no consentía en apartarse de la vista del Alcázar<sup>44</sup>, dentro de cuyos muros hubiera querido y —afirmaba— debido hallarse; y vanas fueron todas las exhortaciones para que, de una vez, haciéndose cargo de su mucha edad, abandonara aquella ciudad en desorden, donde ¿qué bicho viviente no conocía sus opiniones, sus alardes, su condición de general en reserva?<sup>45</sup> y donde, por lo demás, corría el

<sup>43</sup> De los escondidos durante la Guerra Civil se darán explicaciones más detalladas al comentar en este mismo volumen «La vida por la opinión»

<sup>44</sup> Es sabido que los militares sublevados en Toledo se refugiaron dentro del Alcázar e hicieron allí una encarnizada resistencia hasta que la columna Yagüe, compuesta sobre todo de tropas marroquíes, avanzando desde el sur, se apoderó de la ciudad de Toledo y liberó a los sitiados en la fortaleza.

<sup>45</sup> Los generales que llegaban a la edad del retiro no eran jubilados sino que pasaban a la reserva.

riesgo común de los disparos sueltos en una lucha confusa, de calle a calle y de casa a casa, en la que nadie sabía a punto fijo cuál era de los suyos y cuál de los otros, y la furia, y el valor, y el entusiasmo y la cólera popular se mellaban los dientes, se quebraban las uñas contra la piedra incólume de la fortaleza. Así se llegó, discutiendo abuelo y nieto, hasta el final de la lucha: entraron los moros en Toledo, salieron los sitiados del Alcázar, el viejo saltaba como una criatura, y él, Pedro Santolalla, despechado y algo desentendido, sin tanto cuidado ya por atajar sus insensatas chiquilladas, pudo presenciar ahora, atónito, el pillaje, la sarracina... Poco después se incorporaba al ejército y salía, como teniente de complemento, para el frente aragonés, en cuyo sosiego había de sentirse, por momentos, casi feliz.

No quería confesárselo; pero se daba cuenta de que, a pesar de estar lejos de su familia —padre y madre, los pobres, en el Madrid asediado, bombardeado y hambriento; su hermana, a saber dónde; y el abuelo, solo en casa, con sus años<sup>46</sup>—, él, aquí, en ese paisaje desconocido y entre gentes que nada le importaban, volvía a revivir la feliz despreocupación de la niñez, la atmósfera pura de aquellos tiempos en que, libre de toda responsabilidad, y moviéndose dentro de un marco previsto, no demasiado rígido, pero muy firme, podía respirar a pleno pulmón, saborear cada minuto, disfrutar la novedad de cada mañana, disponer sin tasa ni medida de sus días... Esta especie de renovadas vacaciones —quizá eso sí, un tanto melancólicas—, cuyo descuido entretenía en cortar acaso alguna hierbecilla y quebrarla entre los dedos, o hacer que remontara su flexible tallo un bichito brillante hasta, llegado a la punta, regresar hacia abajo o levantar los élitros y desaparecer; en que, siguiendo con la vista el vuelo de una pareja de águilas, muy altas, por encima de las últimas montañas, se quedaba extasiado al punto de sobresaltarse si alguien, algún compañero, un soldado,

<sup>46</sup> La línea en que quedó separada España por efecto de la sublevación militar de 1936 dejó divididas a muchas familias, con sus miembros repartidos en ambas zonas, y sin fácil comunicación.

le llamaba la atención de improviso; estas curiosas vacaciones de guerra traían a su mente ociosa recuerdos, episodios de la infancia, ligados al presente por quién sabe qué oculta afinidad, por un aroma, una bocanada de viento fresco y soleado, por el silencio amplio del mediodía; episodios de los que, por supuesto, no había vuelto a acordarse durante los años todos en que, terminado su bachillerato en el Instituto de Toledo, pasó a cursar letras en la Universidad de Madrid<sup>47</sup>, y a desvivirse con afanes de hombre, impacencias y proyectos. Aquel fresco mundo remoto, de su casa en Toledo, del cigarral<sup>48</sup>, que luego se acostumbrara a mirar de otra manera más distraída, regresaba ahora, a retazos: se veía a sí mismo —pero se veía, extrañamente, desde fuera, como la imagen recogida en una fotografía— niño de pantalón corto y blusa marinera corriendo tras de un aro por entre las macetas del patio, o yendo con su abuelo a tomar chocolate el domingo, o un helado, según la estación, al café del Zocodover<sup>49</sup>, donde el mozo, servilleta al brazo, esperaba durante mucho rato, en silencio, las órdenes del abuelito, y le llamaba luego «mi coronel» al darle gracias por la propina; o se veía, lleno de aburrimiento, leyéndole a su padre el periódico, sin apenas entender nada de todo aquel galimatías, con tantos nombres impronunciados y palabras desconocidas, mientras él se afeitaba y se lavaba la cara y se frotaba orejas y cabeza con la toalla; se veía jugando con su perra Chispa, a la que había enseñado a embestir como un tofo para darle pases de muletá... A veces, le llegaba como el eco, muy atenuado, de sensaciones que debieron de ser intensísimas, punzantes: el sol, sobre los párpados cerrados; la delicia de aquellas flores, jacintos, ramitos flexibles de lilas, que visitaba en el jardín con su madre,

<sup>47</sup> En aquella época no había universidad en Toledo y la más próxima era la Universidad Central en Madrid.

<sup>48</sup> Las quintas de recreo en Toledo reciben el nombre de cigarrales. En una de ellas se celebran las fiestas descritas por Tirso de Molina en su libro *Los cigarrales de Toledo*.

<sup>49</sup> La Plaza del Zocodover es la plaza central de la ciudad de Toledo.

y cuyo disfrute se invitaban el uno al otro con leves gritos y exclamaciones de regocijo: «Ven, mamá, y mira: ¿te acuerdas que ayer, todavía, estaba cerrado este capullo?», y ella acudía, lo admiraba... Escenas como ésa, más o menos cabales, concurrían a su memoria. Era, por ejemplo, el abuelo que, después de haber plegado su periódico dejándolo junto al plato y de haberse limpiado con la servilleta, bajo el bigote, los finos labios irónicos, decía: «Pues tus queridos franchutes (corrían por entonces los años de la Gran Guerra) parece que no levantan cabeza.» Y hacía una pausa para echarle a su hijo, todo absorto en la meticulosa tarea de pelar una naranja, miraditas llenas de malicia; añadiendo luego: «Ayer se han superado a sí mismos en el arte de la retirada estratégica»...<sup>50</sup> Desde su sitio, él, Pedrito, observaba cómo su padre, hostigado por el abuelo, perfeccionaba su obra, limpiaba de pellejos la fruta con alarde calmoso, y se disponía —con leve temblorcillo en el párpado, tras el cristal de los lentes— a separar entre las cuidadas uñas los gajos rezumantes. No respondía nada; o preguntaba, displicente: «Sí?» Y el abuelo, que lo había estado contemplando con pachorra, volvía a la carga: «¿Has leído hoy el periódico?» No cejaba, hasta hacerle que saltara, agresivo; y ahí venían las grandes parrafadas nerviosas, irritadas, sobre la brutalidad germanica, la civilización en peligro, la humanidad, la cultura, etcétera, con acompañamiento, en ocasiones, de puñetazos sobre la mesa. «Siempre lo mismo», murmuraba, enervada, la madre, sin mirar ni a su marido ni a su suegro, por miedo a que el fastidio le saliera a los ojos. Y los niños, Isabelita y él, presenciaban una vez más, intimidados, el torneo de costumbre entre su padre y su abuelo: el padre, excitable, serio, contenido; el abuelo, mordaz y seguro de sí, diciendo cosas que lo entusiasmaban a él, a él, sí, a Pedrito, que se sentía también germanófilo y que, a escondidas, por la calle y aun en

<sup>50</sup> Generalmente la información de las derrotas sufridas por el propio ejército suele asumir la forma eufemística de «retirada estratégica».

el colegio mismo, ostentaba, prendido al pecho, ese preciado botón con los colores de la bandera alemana<sup>51</sup> que tenía buen cuidado de guardarse en un bolsillo cada vez que de nuevo, el montón de libros bajo el brazo, entraba por las puertas de casa. Sí; él era germanófilo furibundo, como la mayoría de los otros chicos, y en la mesa seguía con pasión los debates entre padre y abuelo, aplaudiendo en su fuero interno la dialéctica burlona de éste y lamentando la obcecación de aquél, a quien hubiera deseado ver convencido. Cada discusión remachaba más sus entusiasmos, en los que sólo, a veces, le hacía vacilar su madre, cuando, al reñirle suavemente a solas por sus banderías y «estupideces de mocoso» —su emblema había sido descubierto, o por delación o por casualidad—, le hacía consideraciones templadas y llenas de sentimiento sobre la actitud que corresponde a los niños en estas cuestiones, sin dejar de deslizarse al paso alguna alusión a las chanzas del abuelo, «a quien, como comprenderás, tu padre no puede faltarle al respeto, por más que su edad le haga a veces ponerse cargante», y de decir también alguna palabrita sobre las atrocidades cometidas por Alemania, rehenes ejecutados, destrozos, de que los periódicos rebosaban<sup>52</sup>. «¡Por nada del mundo, hijo, se justifica eso!» La madre lo decía sin violencia, dulcemente; y a él no dejaba de causarle alguna impresión. «¿Y tú? —preguntaba más tarde a su hermana, entre despectivo y capcioso—. ¿Tú eres francófila, o germanófila?... Tú tienes que ser francófila; para las mujeres, está bien ser francófila»<sup>53</sup>. Isabelita no respondía; a ella la abrumaban las discusiones domésticas. Tanto, que la madre —de casualidad pudo escucharlo en una ocasión Pedrito— le

<sup>51</sup> Muchísima gente ostentó durante la Guerra Mundial sus simpatías mediante un distintivo con los colores nacionales de uno u otro país y leyendas distintas. Entre éstas no faltaba tampoco la que advertía: «No me hable de la Guerra.»

<sup>52</sup> Fue muy intensa y bastante eficaz la campaña de propaganda contra Alemania, llevada a cabo por los medios de publicidad de «los Aliados».

<sup>53</sup> Los valores sostenidos por la derecha, que era germanófila en España, implicaban virilidad y lo que hoy suele llamarse «machismo».

pedía al padre «por lo que más quieras», que evitara las frecuentes escenas, «precisamente a la hora de las comidas, delante de los niños, de la criada; un espectáculo tan desagradable». «Pero ¿qué quieres que yo le haga —había replicado él entonces con tono de irritación—. Si no soy yo, ¡caramba!, si es él, que no puede dejar de... ¿No le bastará para despotricar, con su tertulia de carcamales? ¿Por qué no me deja en paz a mí? Ellos, como militares, admiran a Alemania y a su cretino káiser<sup>54</sup>; más les valdría conocer mejor su propio oficio. Las hazañas del ejército alemán, sí, pero ¿y ellos?, ¿qué?: ¡desastre tras desastre: Cuba, Filipinas, Marruecos!»<sup>55</sup>. Se desahogó a su gusto, y él, Santolalla niño, que lo oía por un azar, indebidamente, estaba confundido... El padre —tal era su carácter—, o se quedaba corto, o se pasaba de la raya, se disparaba y excedía. En cambio ella, la madre, tenía un tacto, un sentido justo de la medida, de las conveniencias y del mundo, que, sin quererlo ni buscarlo, solía proporcionarle a él, inocente, una adecuada vía de acceso hacia la realidad, tan abrupta a veces, tan inabordable. ¿Cuántos años tendría (siete, cinco), cuando, cierto día, acudió, todo sublevado, hasta ella con la noticia de que a la lavandera de casa la había apaleado, borracho, en medio de un gran alboroto, su marido?; y la madre averiguó primero —contra la serenidad de sus preguntas rebotaba la excitación de las informaciones infantiles— cómo se había enterado, quién se lo había dicho, prometiéndole intervenir no bien acabara de peinarse. Y mientras se clavaba con cuidadoso estudio las horquillas en el pelo, parada ante el espejo de la cómoda, desde donde espía de reojo las reacciones del pequeño, le hizo comprender por el tono y tenor de sus condenaciones que el caso, aunque lamentable, no era tan asombroso como él se imaginaba, ni extraordinario siquiera, sino más bien, por desgracia, demasiado habitual entre

<sup>54</sup> El Kaiser, o emperador en alemán, fue en efecto el centro principal de la odiosidad de sus enemigos.

<sup>55</sup> Se refiere a los desastres de Santiago de Cuba y Cavite en la guerra con los Estados Unidos (1898) y a los desastres del Barranco del Lobo (1909) y Annual (1921) en Marruecos.

esa gente pobre e inculta. Si el hombre, después de cobrar sus jornales, ha bebido unas copas el sábado, y la pobre mujer se exaspera y quizá se propasa a insultarlo, no era raro que el vino y la ninguna educación le propinasen una respuesta de palos. «Pero, mamá, la pobre Rita...» Él pensaba en la mujer maltratada; le tenía lástima y, sobre todo, le indignaba la conducta brutal del hombre, a quien sólo conocía de vista. ¡Pegarle! ¿No era increíble?... Había pasado a mirarla, y la había visto, como siempre, de espaldas, inclinada sobre la pileta; no se había atrevido a dirigirle la palabra. «Ahora voy a ver yo —dijo, por último, la madre—. ¿Está ahí?» «Abajo está, lavando. Tendremos que separarlos, ¿no, mamá?»... Cuando, poco después, tras de su madre, escuchó Santolalla a la pobre mujer quejarse de las magulladuras, y al mismo tiempo le oyó frases de disculpa, de resignación, convirtió de golpe en desprecio su ira vindicativa, y hasta consideró ya excesivo celo el de su madre llamando a capítulo al borrachín para hacerle convenciones e insinuarle amenazas.

En otra oportunidad... Pero ¡basta! Ahora, todo eso se lo representaba, diáfano y preciso, muy vívido, aunque allá en un mundo irreal, segregado por completo del joven que después había hecho su carrera, entablado amistades, preparado concursos y oposiciones, leído, discutido y anhelado, en medio de aquel remolino que, a través de la República, condujo a España hasta el vértigo de la guerra civil. Ahora, descansando aquí, al margen, en este sector quieto del frente aragonés, el teniente Pedro Santolalla prefería evocar así a su gente en un feliz pasado, antes que pensar en el azaroso y desconocido presente que, cuando acudía a su pensamiento, era para henchirle el pecho en un suspiro o recorrerle el cuerpo con un repeluzno. Mas ¿cómo evitar, tampoco, la idea de que mientras él estaba allí tan tranquilo, entregado a sus vanas fantasías, ellos, acaso?... La ausencia acumula el temor de todos los males imaginables, proponiéndolos juntos al sufrimiento en conjeturas de multitud incompatible; y Santolalla, incapaz de hacerles frente, rechazaba este mal sabor siempre que le revenía, y procuraba

volverse a recluir en sus recuerdos. De vez en cuando, venían a sacudirlo, a despertarlo, cartas del abuelo; las primeras, si por un lado lo habían tranquilizado algo, por otro le trajeron nuevas preocupaciones. Una llegó anunciándole con más alborozo que detalles cómo Isabelita había escapado con el marido de la zona roja, «debido a los buenos aunque onerosos servicios de una embajada»<sup>56</sup>, y que ya los tenía a su lado en Toledo; la hermana, en una apostilla, le prometía noticias, le anticipaba cariños. Él se alegró, sobre todo por el viejo, que en adelante estaría siquiera atendido y acompañado... Ya, de seguro —pensó—, se habría puesto en campaña para conseguirle al zanguango del cuñado un puesto conveniente... A esta idea, una oleada de confuso resentimiento contra el recio anciano, tan poseído de sí mismo, le montó a la cara con rubores donde no hubieran sido discernibles la indignación y la vergüenza; veíalo de nuevo empecinado en medio de la refriega toledana, pugnando a cada instante por salirse a la calle, asomarse al balcón siquiera, de modo que él, aun con la ayuda de la fiel Rita, ahora ya vieja y medio baldada, apenas era capaz de retenerlo, cuando ¿qué hubiera podido hacer allí, con sus sesenta y seis años, sino estorbar?, mientras que, en cambio, a él, al nietecito, con sus veintiocho, eso sí, lo haría destinar en seguida, con una unidad de relleno, a este apacible frente de Aragón... La terquedad del anciano había sido causa de que la familia quedara separada y, con ello, los padres —solos ellos dos— siguieran todavía a la fecha expuestos al peligro de Madrid, donde, a no ser por aquel estúpido capricho, estarían todos corriendo juntos la misma suerte, apoyándose unos a otros, como Dios manda: él les hubiera podido aliviar de algunas fatigas y, cuando menos, las calamidades inevitables, compartidas, no crecerían así, en esta ansia de la separación... «Será cuestión de pocos días —había sentenciado todavía el abuelo en la última con-

<sup>56</sup> En efecto algunas de las Embajadas acreditadas en Madrid cobraron cara su hospitalidad a los que aceptaban como refugiados en sus locales. Alguna llegó a extender su protección diplomática a una serie de edificios destinados a este lucrativo hospedaje.

fusión de la lucha, con la llegada a Toledo de la feroz columna africana y la liberación del Alcázar—. Ya es cuestión de muy pocos días; esperemos aquí.» Pero pasaron los días y las semanas y el ejército no entró en Madrid<sup>57</sup>, y siguió la guerra meses y meses, y allá se quedaron solos, la madre, en su aflicción inocente; el padre, no menos ingenuo que ella, desamparado, sin maña, el pobre, ni expedición para nada...

En esto iba pensando, baja la cabeza, por entre los viñedos, aquel mediodía de agosto en que le aconteció toparse con un miliciano, y —su única aventura durante la guerra toda—, antes de que él fuera a matarle, lo dejó en el sitio con dos balazos.

### III

A partir de ahí, la guerra —lo que para el teniente Santolalla estaba siendo la guerra: aquella espera vacía, inútil, que al principio le trajera a la boca el sabor delicioso de remotas vacaciones y que, después, aun en sus horas más negras, había sabido conllevar hasta entonces como una más de tantas incomodidades que la vida tiene, como cualquier especie de enfermedad pasajera, una gripe, contra la que no hay sino esperar que buenamente pase— comenzó a hacérsele insufrible de todo punto. Se sentía sacudido de impacencias, irritable; y si al regresar de su aventura le sostenía la emocionada satisfacción de haberle dado tan fácil remate, luego, los documentos del miliciano dejados sobre la mesa, el aburrido transcurso de los días siguientes, el curioso constante, le producían un insidioso malestar, y, en fin, lo encocoraban las bromas que más tarde empezaron a permitirse

<sup>57</sup> La entrada de las fuerzas rebeldes en Madrid se daba por segura a fines del año 1936, tanto que un periódico de la zona facciosa llegó a publicar una fotografía —naturalmente, trucada— del general Francisco Franco entrando a caballo por la Puerta del Sol. La resistencia del pueblo madrileño, que no fue sometido hasta el final, resultó una sorpresa para todos.

algunos a propósito del olor. La primera vez que el olor se notó, sutilmente, todo fueron conjeturas sobre su posible origen: venía, se insinuaba, desaparecía; hasta que alguien recordó al miliciano muerto ahí abajo por mano del teniente Santolalla y, como si ello tuviese muchísima gracia, explotó una risotada general.

También fue en ese preciso momento y no antes cuando Pedro Santolalla vino a caer en la cuenta de por qué desde hacía rato, extrañamente, quería insinuársele en la memoria el penoso y requeteolvidado final de su perra Chispa; sí, eso era: el olor, el dichoso olor!.. Y al aceptar de lleno el recuerdo que lo había estado rondando, volvió a inundarle ahora, sin atenuaciones, todo el desamparo que en aquel entonces anegara su corazón de niño. ¡Qué absurdo! ¿Cómo podía repercutir así en él, al cabo del tiempo y en medio de tantas desgracias, incidente tan minúsculo como la muerte de ese pobre animalito? Sin embargo, recordaba con preciso dolor y en todas sus circunstancias la desaparición de Chispa. A la muy pícara le había gustado siempre escabullirse y hacer correrías misteriosas, para volver horas después a casa; pero en esta ocasión parecía haberse perdido: no regresaba. En familia, se discutieron las escapatorias del chuchó, dando por seguro, al principio, su vuelta y prometiéndole castigos, cerrojos, cadena; desesperando luego con inquietud. Él, sin decir nada, la había buscado por todas partes, había hecho rodeos al ir para el colegio y a la salida, por si la suerte quería ponerla al alcance de sus ojos; y su primera pregunta al entrar, cada tarde, era, anhelante, si la Chispa no había vuelto... «¿Sabes que he visto a tu perro?», le notificó cierta mañana en la escuela un compañero. (Con indiferencia afectada y secreta esperanza, se había cuidado él de propalar allí el motivo de su cuita.) «He visto a tu perro» —le dijo; y, al decírselo, lo observaba con ojo malicioso. ¿«De veras? —profirió él, tratando de apaciguar la ansiedad de su pecho—. ¿Y dónde?» «Lo vi ayer tarde, ¿sabes?, en el callejón de San Andrés.» El callejón de San Andrés era una corta calleja entre tapias, cortada al fondo por

la cerca de un huerto. «Pero... —vaciló Santolalla, desanimado—. Yo iría a buscarlo; pero... ya no estará allí.» «¿Quién sabe? Puede que todavía esté allí —aventuró el otro con sonrisa reticente—. Sí —añadió—; lo más fácil es que todavía no lo hayan recogido.» «¿Cómo?», saltó él, pálida la voz y la cara, mientras su compañero, después de una pausa, aclaraba, tranquilo, calmoso, con ojos chispeantes: «Sí, hombre; estaba muerto —y admitía, luego—: Pero ¡a lo mejor no era tu perro! A mí, ¿sabes?, me pareció; pero a lo mejor no era.» Lo era, sí. Pedro Santolalla había corrido hasta el callejón de San Andrés, y allí encontró a su Chispa, horrible entre una nube de moscas; el hedor no le dejó acercarse. «¿Era por fin tu perro? —le preguntó al día siguiente el otro muchacho. Y agregó—: Pues, mira: yo sé quién lo ha matado.» Y, con muchas vueltas mentirosas, le contó una historia: a pedradas, lo habían acorralado allí unos grandullones, y como, en el acoso, el pobre bicho tirase a uno de ellos una dentellada, fue el bárbaro a proveerse de garrotes y, entre todos, a palo limpio... «Pero chillaría mucho; los perros chillan muchísimo.» «Me figuro yo cómo chillaría, en medio de aquella soledad.» «Y tú, ¿tú cómo lo has sabido?» «¡Ah! Eso no te lo puedo decir.» «¿Es que lo viste, acaso?» Empezó con evasivas, con tonterías, y por último dijo que todo habían sido suposiciones suyas, al ver la perra deslomada; Santolalla no consiguió sacarle una palabra más. Llegó, pues, deshecho a su casa; no refirió nada; tenía un nudo en la garganta; el mundo entero le parecía desabrido, desolado —y en ese mismo estado de ánimo se encontraba ahora, de nuevo, recordando a su Chispa muerta bajo las ramas de un cerezo, en el fondo del callejón—. ¡Era el hedor! El hedor, sí; el maldito hedor. Solamente que ahora provenía de un cadáver mucho más grande, el cadáver de un hombre, y no hacía falta averiguar quién había sido el desalmado que lo mató.

—¿Para qué lo mató, mi teniente? —preguntaba, compungido, aquel bufón de Iribarne por hacerse el chistoso—. Usted, que tanto se enoja cada vez que a algún

caballero oficial se le escapa una pluma...<sup>58</sup> —y se pinzaba la nariz con dos dedos—, miren lo que vino a hacer... ¿Verdad, mi capitán, que el teniente Santolalla hubiera hecho mejor trayéndomelo a mí? Yo lo pongo de esclavo a engrasar las botas de los oficiales, y entonces iban a ver cómo no tenían ustedes queja de mí.

—¡Cállate, imbécil! —le ordenaba Santolalla—. Pero como el capitán se las reía, aquel necio volvía pronto a sus patochadas.

Enterraron, pues, y olvidaron al miliciano; pero, con esto a Santolalla se le había estropeado el humor definitivamente. La guerra comenzó a parecerle una broma ya demasiado larga, y sus compañeros se le hacían insoportables, inaguantables de veras, con sus bostezos, sus «plumas» —como decía ese majadero de Iribarne— y sus eternas chanzas. Había empezado a llover, a hacer frío, y aunque tuviera ganas, que no las tenía, ya no era posible salir del puesto de mando. ¿Qué hubiera ido a hacer fuera? Mientras los otros jugaban a las cartas, él se pasaba las horas muertas en su camastro, vuelto hacia la pared y —entre las manos, para evitar que le molestaran, una novela de Sherlock Holmes cien veces leída— barajaba, a solas consigo mismo, el tema de aquella guerra interminable, sin otra variación, para él, que el desdichado episodio del miliciano muerto en la viña. Se representaba irrisoriamente su única hazaña militar: «He matado —pensaba— a un hombre, he hecho una baja al enemigo. Pero lo he matado, no combatiendo, sino como se mata a un conejo en el campo. Eso ha sido, en puridad: he matado a un gazapo, como bien me dijo ése.» Y de nuevo escuchaba el timbre de voz de Molina, el capitán Molina, diciéndole después de haber examinado

<sup>58</sup> La palabra pluma es uno de tantos nombres que se dan a las ventosidades. El autor la emplea con maliciosa referencia a la retórica del régimen franquista que introdujo expresiones tales como «Caballeros Oficiales» (y luego «Caballeros Mutilados») aplicadas a sus combatientes. Al decir que se le escapa una pluma a algún Caballero Oficial, el autor se burla de esa retórica, superponiendo a la situación implicada la imagen de los antiguos Capitanes de Flandes, con sus sombreros de plumas.

con aire burocrático (el empleado de correos, bajo uniforme militar) los documentos de Anastasio López Rubielos, natural de Toledo: «... parece que has cazado un gazapo de tu propia tierra.» Y por enésima vez volvía a reconstruir la escena allá abajo, en la viña: el bulto que de improviso se yergue, y él que se lleva un repullo, y mata al miliciano cuando el desgraciado tipo está diciendo: «¡No, no!...» «¿Qué no? ¡Toma!» Dos balas a la barriga... En defensa de la propia vida, por supuesto... Pero ¡qué defensa!; bien sabía que no era así. Si el infeliz muchacho no había tenido tiempo siquiera de echar mano al fusil, paralizado, sosteniendo todavía entre los dedos el rabo del racimo de uvas que en seguida rodaría por tierra... No; en verdad no hubiera tenido necesidad alguna de matarlo: ¿no podía acaso haberle mandado levantar las manos y, así, apoyada la pistola en sus riñones, traerlo hasta el puesto como prisionero? ¡Claro que sí! Eso es lo que hubiera debido hacer; no dejarlo allí tendido... ¿Por qué no lo hizo? En ningún instante había corrido efectivo riesgo, pese a cuanto pretendiera sugerir luego a sus compañeros relatándoles el suceso; en ningún instante, ¡Por lo tanto, lo había matado a mansalva, lo había asesinado, sencillamente, ni más ni menos que los moros aquellos que, al entrar en Toledo, degollaban a los heridos en las camas del hospital. Cuando eso era obra ajena, a él lo dejaba perplejo, estupefacto, lo dejaba agarrotado de indignación; siendo propia, todavía encontraba disculpas, y se decía: «en todo caso, era un enemigo...» Era un pobre chico —eso es lo que era—, tal vez un simple recluta que andaba por ahí casualmente, «divirtiéndose, como yo, en coger uvas; una criatura tan inerme bajo el cañón de mi pistola como los heridos que en el hospital de Toledo gritarían: «¡No, no!» bajo las gomas de los moros. Y yo disparé mi pistola, dos veces, lo derribé, lo dejé muerto, y me volví tan satisfecho de mi heroicidad.» Se veía a sí mismo contar lo ocurrido afectando quitarle importancia —alarde y presunción, una manera como otra cualquiera de énfasis—, y ahora le daba asco su actitud, pues... «Lo cierto es —se decía— que, con la sola víctima por

testigo, he asesinado a un semejante, a un hombre ni mejor ni peor que yo; a un muchacho que, como yo, quería comerse un racimo de uvas; y por ese gran pecado le he impuesto la muerte.» Casi era para él un consuelo pensar que había obrado, en el fondo, a impulsos del miedo; que (su heroicidad había sido, literalmente, un acto de cobardía).. Y vuelta a lo mismo una vez y otra.

En aquella torturada ociosidad, mientras estaba lloviendo afuera, se disputaban de nuevo su memoria episodios remotos que un día hirieran su imaginación infantil y que, como un poso revuelto, volvían ahora cuando los creía borrados, digeridos. Frases hechas como ésta: «herir la imaginación», o «escrito con sangre», o «la cicatriz del recuerdo», tenían en su caso un sentido bastante real, porque conservaban el dolor quemante del ultraje, el sórdido encogimiento de la cicatriz, ya indeleble, capaz de reproducir siempre, y no muy atenuado, el bochorno, la rabia de entonces, acrecida aún por la soflama de su actual ironía. Entre tales episodios «indeseables» que ahora lo asediaban, el más asiduo en estos últimos meses de la guerra era uno —él lo tenía etiquetado bajo el nombre de «episodio Rodríguez»— que, en secreto, había amargado varios meses de su niñez. ¡Por algo ese apellido, Rodríguez, le resultó siempre, en lo sucesivo, antipático, hasta el ridículo extremo de prevenirle contra cualquiera que lo llevase! Nunca podría ser amigo, amigo de veras, de ningún Rodríguez; y ello, por culpa de aquel odioso bruto, casi vecino suyo, que, parado en el portal de su casucha miserable... —ahí lo veía aún, rechoncho, más bajo que él, sucias las piernotas y con una gorra de visera encima del rapado melón, espionando su paso hacia el colegio por aquella calle de la amargura, para, indefectiblemente, infligirle alguna imprevisible injuria—. Mientras no pasó de canciones alusivas, remedos y otras burlas —como el día en que se puso a andar por delante de él con un par de ladrillos bajo el brazo imitando sus libros —fue posible, con derroche de prudencia, el disimulo; pero llegó el lance de las bostas... Rodríguez había recogido dos o tres bolondrones al verle asomar por la esquina; con ellos en la mano, aguardó a tenerlo

a tiro y..., él lo sabía, lo estaba viendo, lo veía en su cara taimada, lo esperaba, y pedía en su interior: «¡que no se atreva! ¡que no se atreva!»; pero se atrevió: le tiró al sombrero una de aquellas doradas inmundicias, que se deshizo en rociada infamante contra su cara. Y todavía dice: «¡Toma, señoritingo!»...<sup>59</sup> A la fecha, aún sentía el teniente Santolalla subírsele a las mejillas la vergüenza, el grotesco de la asquerosa lluvia de oro sobre su sombrerito de niño... Volvióse y, rojo de ira, encaró a su adversario; fue hacia él, dispuesto a romperle la cara; pero Rodríguez lo veía acercarse, imperturbable, con una sonrisa en sus dientes blancos, y cuando lo tuvo cerca, de improviso, ¡zas!, lo recibió con un puntapié entre las ingles, uno solo, atinado y seco, que le quitó la respiración, mientras de su sobaco se desprendían los libros, dehojándose por el suelo. Ya el canalla se había refugiado en su casa, cuando, al cabo de no poco rato, pudo reponerse... Pero, con todo, lo más afflictivo fue el resto: su vuelta, su congoja, la alarma de su madre, el interrogatorio del padre, obstinado en apurar todos los detalles y, luego, en las horas siguientes, el solitario crecimiento de sus ansias vengativas. «Deseo», «anhelo», no son las palabras; más bien habría que decir: una necesidad física tan imperiosa como el hambre o la sed, de traerlo a casa, atarlo a una columna del patio y, ahí, dispararle un tiro con el pesado revólver del abuelo. Esto es lo que quería con vehemencia imperiosa, lo que dolorosamente necesitaba; y cuando el abuelo, de quien se prometía esta justicia, rompió a reír acariciándole la cabeza, se sintió abandonado del mundo.

Habían pasado años, había crecido, había cursado su bachillerato; después, en Madrid, filosofía y letras; con intervalos mayores o menores, nunca había dejado de cruzarse con su enemigo, también hecho un hombre. Se miraban al paso, con simulada indiferencia, se miraban

como desconocidos, y seguían adelante; pero ¿acaso no sabían ambos? ... «Y ¿qué habrá sido del tal Rodríguez en esta guerra?», se preguntaba de pronto Santolalla, representándose horrores diversos —los moros, por ejemplo, degollando heridos en el hospital—; se preguntaba: «si tuviera yo en mis manos ahora al detestado Rodríguez, de nuevo lo dejo escapar...». Se complacía en imaginarse a Rodríguez a su merced, y él dejándolo ir, indemne. Y esta imaginaria generosidad le llenaba de un placer muy efectivo; pero no tardaba en estropeárselo, burlesca, la idea del miliciano, a quien, en cambio, había muerto sin motivo ni verdadera necesidad. «Por supuesto —se repetía—, que si él hubiera podido me mata a mí; era un enemigo. He cumplido, me he limitado a cumplir mi estricto deber, y nada más.» Nadie, nadie había hallado nada de vituperable en su conducta; todos la habían encontrado naturalísima, y hasta digna de loa... «¿Entonces?» se preguntaba, malhumorado. A Molina, el capitán de la compañía, le interrogó una vez, como por curiosidad: «Yo con los prisioneros que se mandan a retaguardia, ¿qué hacen?» Molina le había mirado un momento; le había respondido: «Pues... ¡no lo sé! ¿Por qué? Eso dependerá.» ¡Dependerá!, le había respondido su voz llena y calmosa. Con gente así ¡cómo seguir una conversación, cómo hablar de nada! A Santolalla le hubiera gustado discutir sus dudas con alguno de sus compañeros; discutirlos, ¡se entiende!, en términos generales, en abstracto, cómo un problema académico. Pero ¿cómo? ¡si aquello no era problema para nadie! «Yo debo de ser un bicho raro»; todos allí lo tenían por un bicho raro; se hubieran reído de sus cuestiones; «éste —hubieran dicho— se complica la existencia con tonterías». Y tuvo que entregarse más bien a meras conjeturas sobre cómo apreciaría el caso, si lo conociera, cada uno de los suyos, de sus familiares, empleando rato y rato en afinar las presuntas reacciones: el orgullo del abuelo, que aprobaría su conducta (¿incluso —se preguntaba— si se le hacía ver cuán posible hubiera sido hacer prisionero al soldado enemigo?); que aprobaría su conducta sin aquilatar demasiado, pero que, en su fondo, encontraría sorprenden-

<sup>59</sup> Todo este episodio subraya sutilmente el antagonismo de clases sociales que fue uno de los factores en el fondo de la Guerra Civil española. Por supuesto la clase media, a la que pertenece el protagonista, estuvo dividida en sus lealtades.

te, desproporcionada la hazaña, y como impropia de su Pedrito; el susto de la madre, contenta en definitiva de tenerlo sano y salvo después del peligro; las reservas y distingos, un poco irritantes, del padre, escrutándolo con tristeza a través de sus lentes y queriendo sondearle el corazón hasta el fondo; y luego, las majaderías del cuñado, sus palmadas protectoras en la espalda, todo bambolla él, y alharaca; la aprobación de la hermana, al sentirle a la par de ellos.

Como siempre, después de pensar en sus padres, a Santolalla se le exasperó hasta lo indecible el aburrimiento de la guerra. Eran ya muchos meses, años; dos años hacía ya que estaba separado de ellos, sin verlos, sin noticias precisas de su suerte, y todo —pensaba—, todo por el cálculo idiota de que Madrid caería en seguida. ¡Qué de privaciones, qué de riesgos allá, solos!

Pero a continuación se preguntó, exaltadísimo: «¿Con qué derecho me quejo yo de que la guerra se prolongue y dure, si estoy aquí, pasándome, con todos estos idiotas y emboscados, la vida birlonga, mientras otros luchán y mueren a montones?» Se preguntó eso una vez más, y resolvió, «sin vuelta de hoja», «mejor hoy que mañana», llevar a la práctica, «ahora mismo, sí», lo que ya en varias ocasiones había cavilado: pedir su traslado como voluntario a una unidad de choque. (¡La cara que pondría el abuelo al saberlo!) Su resolución tuvo la virtud de cambiarle el humor. Pasó el resto del día silbando, haciendo borradores, y, por último, presentó su solicitud en forma por la vía jerárquica.

El capitán Molina le miró con curiosidad, con sospecha, con algo de sorna, con embarazo.

—¿Qué te ha entrado, hombre?

—Nada; que estoy harto de estar aquí.

—Pero, hombre, si esto se está acabando; no hagas tonterías.

—No es una tontería. Ya estoy cansado —confirmó él, sonriendo: una sonrisa de disculpa.

Todos lo miraron como a un bicho raro. Iribarne le dijo:

—Parece que el teniente Santolalla le ha tomado gusto al «tomate»<sup>60</sup>.

Él no contestó; le miró despectivamente.

—Pero, hombre, si la guerra ya se acaba —repitió el capitán todavía.

Dióse curso a la solicitud, y Santolalla, tranquilizado y hasta alegre, quedó a la espera del traslado.

Pero, entretanto, se precipitaba el desenlace: llegaron rumores, hubo agitación, la campaña tomó por momentos el sesgo de una simple operación de limpieza, y los ejércitos republicanos se retiraban hacia Francia, y ellos, por fin, un buen día, al amanecer, se pusieron también en movimiento y avanzaron sin disparar un solo tiro.

La guerra había terminado.

#### IV

Al levantarse y abrir los postigos de su alcoba, se prometió Santolalla: «¡No! ¡De hoy no pasa!» Hacía una mañana fresquita, muy azul; la mole del Alcázar, en frente, se destacaba, neta, contra el cielo... De hoy no pasaba —se repitió, dando cuerda a su reloj de pulsera—. Iría al Instituto, daría su clase de geografía y, luego, antes de regresar para el almuerzo, saldría ya de eso; de una vez, saldría del compromiso. Ya era hora: se había concedido tiempo, se había otorgado prórrogas, pero ¿con qué pretexto postergaría más ese acto piadoso a que se había comprometido solemnemente delante de su propia conciencia? Se había comprometido consigo mismo a visitar la familia de su desdichada víctima, de aquel miliciano, Anastasio López Rubielos, con quien una suerte negra le llevó a tropezarse, en el frente de Aragón, cierta tarde de agosto del año 38. El 41 corría ya, y aún no había cumplido aquella especie de penitencia que se impusiera, creyendo tener que allanar dificultades muy

<sup>60</sup> «El tomate», por su color, es expresión eufemística para la sangre, que en situaciones de peligro, se desea apartar de la imaginación con un sesgo humorístico.

ásperas, apenas terminada la guerra. «He de buscar —fue el voto que formuló entonces en su fuero interno—, he de buscar a su familia; he de averiguar quiénes son, dónde viven, y haré cuanto pueda por procurarles algún alivio.» Pero, claro está, antes que nada debió ocuparse de su propia familia, y también, ¡caramba!, de sí mismo.

Apenas obtenida licencia, lo primero fue, pues, volar hacia sus padres. Sin avisar y, ¡cosa extraña!, moroso y desganado en el último instante, llegó a Madrid; subió las escaleras hasta el piso de su hermana donde ellos se alojaban y, antes de haber apretado el timbre, vio abrirse la puerta: desde la oscuridad, los lentes de su padre le echaron una mirada de terror y, en seguida, de alegría; cayó en sus brazos y, entre ellos, le oyó susurrar: «¡Me has asustado, chiquillo, con el uniforme ese!» Dentro del abrazo, que no se deshacía, que duraba, Santolalla se sintió agonizar: la mirada de su padre —un destello— ¿no había sido, en la cara fina del hombre cultivado y maduro, la misma mirada del miliciano pasmado a quien él sorprendió en la viña para matarlo? Y, dentro del abrazo, se sintió extraño, espantosamente extraño, a aquel hombre cultivado y maduro. Como agotado, exhausto, Santolalla se dejó caer en la butaquilla de la antesala... «Me has asustado, chiquillo»... Pero ahora ¡cuánta confianza había en la expresión de su padre!, flaco, avejentado, muy avejentado, pero contento de tenerlo ante sí, y sonriente. Él también, a su vez, lo contemplaba con pena. Inquirió: «¿Mamá?» Mamá había salido; venía en seguida; habían salido las dos, ella y su hermana, a no sabía qué. Y de nuevo se quedaron callados ambos, frente a frente.

La madre fue quien, como siempre, se encargó de ponerle al tanto, conversando a solas, de todo. «No me pareces el mismo, hijo querido —le decía, devorándolo con los ojos, apretándole el brazo—; estás cambiado.» Y él no contestaba nada: observaba su pelo encanecido, la espalda vencida —una espalda ya vieja—, el cuello flaco; y se le oprimía el pecho. También le chocaba penosamente aquella emocional locuacidad de quien era toda aplomo antes, noble reserva... Pero esto

fue en el primer encuentro; después la vio recuperar su sensatez —aunque, eso sí, estuviera, la pobre, ya irremediablemente quebrantada— cuando se puso a informarle con detalle de cómo habían vivido, cómo pudieron capear los peores temporales, «gracias a que las amistades de tu padre —explicaba— contrarrestaron el peligro a que nos dejó expuestos la fuga de tu cuñado...» Durante toda la guerra había trabajado el padre en un puesto burocrático del servicio de abastecimientos; «pero, hijo, ahora, otra vez, ¡imagínate!... En fin —concluyó—, de aquí en adelante ya estaremos más tranquilos: oficial tú y, luego, con tu abuelo al quite...» El abuelo seguía tan terne: «¡Qué temple, hijito! Un poco más apagado, quizá; tristón, pero siempre el mismo.»

Santolalla le contó a su madre la aventura con el miliciano; se decidió a contársela; estaba ansioso por contársela. Comenzó el relato como quien, sin darle mayor importancia, refiere una peripecia curiosa acentuando más bien en ella los aspectos de azar y de riesgo; pero notó pronto en el susto de sus ojos que percibía todo el fondo pesaroso, y ya no se esforzó por disimular: siguió, divagatorio, acuitado, con su tema adelante. La madre no decía nada, ni él necesitaba ya que dijese; le bastaba con que lo escuchara. Pero cuando, en la abundancia de su desahogo, se sacó del bolsillo los documentos de Anastasio y le puso ante la cara el retrato del muchacho, palideció ella, y rompió en sollozos. ¡Ay, Señor! ¿Dónde había ido a parar su antigua fortaleza? Se abrazaron, y la madre aprobó con vehemencia el propósito que, apresuradamente, le revelaba él de acercarse a la familia del miliciano y ofrecerle discreta reparación. «¡Sí, sí, hijo mío, sí!»

Mas, antes de llevarlo a cabo, tuvo que proveer a su propia vida. Arregló lo de la cátedra en el Instituto de Toledo, fue desmovilizado del ejército, y —a Dios gracias— consiguieron verse al fin, tras de no pocas historias, reunidos todos de nuevo en la vieja casa. Tranquilo, pues, ya en un curso de existencia normal, trazó ahora Pedro Santolalla un programa muy completo de escalonadas averiguaciones, que esperaba laboriosas, para iden-

tificar y localizar a esa pobre gente: el padrón, el antiguo censo electoral, la capitanía general, la oficina de cédulas personales, los registros y fichas de policía... Mas no fue menester tanto; el camino se le mostró tan fácil como sólo la casualidad puede hacerlo; y así, a las primeras diligencias dio en seguida con el nombre de Anastasio López Rubielos, comprobó que los demás datos coincidían y anotó el domicilio. Sólo faltaba, por lo tanto, decidirse a poner en obra lo que se tenía prescrito.

«¡De hoy no pasa!», se había dicho aquella mañana, contemplando por el balcón el día luminoso. No había motivo ya, ni pretexto para postergar la ejecución de su propósito. La vida había vuelto a entrar, para él, en cauces de estrecha vulgaridad; igual que antes de la guerra, sino que ahora el abuelo tenía que emplear su tiempo sobrante, que lo era todo, en pequeñas y —con frecuencia— vejatorias gestiones relacionadas con el aceite, con el pan, con el azúcar; el padre, pasarse horas y horas copiando con su fina caligrafía escrituras para un notario; la madre, azacaneada todo el día, y suspirona; y él mismo, que siempre había sido taciturno, más callado que nunca, malhumorado con la tarea de sus clases de geografía y las nimias intrigas del Instituto. ¡No, de hoy no pasaba! Y ¡qué aliviado iba a sentirse cuando se hubiera quitado de una vez ese peso de encima! Era, lo sabía, una bobaba («soy un bicho raro»): no había quien tuviera semejantes escrúpulos; pero... ¡qué importaba! Para él sería, en todo caso, un gran alivio. Sí, no pasaba de hoy.

Antes de salir, abrió el primer cajón de la cómoda, esta vez para echarse al bolsillo los malditos documentos, que siempre le saltaban a la vista desde allí cuando iba a sacar un pañuelo limpio; y, provisto de ellos, se echó a la calle. ¡Valiente lección de geografía fue la de aquella mañana! Apenas la hubo terminado, se encaminó, despacio, hacia las señas que, previamente, tuviera buen cuidado de explorar: una casita muy pobre, de una sola planta, a mitad de una cuesta, cerca del río, bien abajo.

Encontró abierta la puerta; una cortina de lienzo, a rayas, estaba descorrida para dejar que entrase la luz del día, y desde la calle podía verse, quieto en un sillón,

inmóvil, a un viejo, cuyos pies calentaba un rayo de sol sobre el suelo de rojos ladrillos. Santolalla adelantó hacia dentro una ojeada temerosa y, tentándose en el bolsillo el carnet de Anastasio, vaciló primero y, en seguida, un poco bruscamente, entró en la pieza. Sin moverse, puso el viejo en él sus ojillos azules, asustados, ansiosos. Parecía muy viejo, todo lleno de arrugas; su cabeza, cubierta por una boina, era grande: enormes, traslúcidas, sus orejas; tenía en las manos un grueso bastón amarillo.

Emitió Santolalla un «¡buenos días!», y notó velada su propia voz. El viejo cabeceaba, decía: «¡Sí, sí!»; parecía buscar con la vista una silla que ofrecerle. Sin darse cuenta, Santolalla siguió su mirada alrededor de la habitación: había una silla, pero bajita, enana; y otra, con el asiento hundido. Mas ¿por qué había de sentarse? ¡Qué tontería! Había dicho: «¡Buenos días!» al entrar; ahora agregó:

—Quisiera hablar con alguno de la familia —interrogó—: la familia de Anastasio López Rubielos ¿vive aquí? Se había repuesto; su voz sonaba ya firme.

—Rubielos, sí: Rubielos —repetía el viejo.

Y él insistió en preguntarle:

—Usted, por casualidad, ¿es de la familia?

—Sí, sí, de la familia —asentía.

Santolalla deseaba hablar, hubiera querido hablar con cualquiera menos con este viejo.

—¿Su abuelo? —inquirió todavía.

—Mi Anastasio —dijo entonces con rara seguridad el abuelo—, mi Anastasio ya no vive aquí.

—Pues yo vengo a traerles a ustedes noticias del pobre Anastasio —declaró ahora, pesadamente, Santolalla. Y, sin que pudiera explicar cómo, se dio cuenta en ese instante mismo de que, más adentro, desde el fondo oscuro de la casa, alguien lo estaba acechando. Dirigió una mirada furtiva hacia el interior, y pudo discernir en la penumbra una puerta entornada; nada más. Alguien, de seguro, lo estaba acechando, y él no podía ver quién.

—Anastasio —repitió el abuelo con énfasis (y sus manos enormes se juntaron sobre el bastón, sus ojos tomaron una sequedad eléctrica)—. Anastasio ya no vive aquí:

no, señor —y agregó en voz más baja—: nunca volvió.

—Ni volverá —notificó Santolalla—. Todo lo tenía pensado, todo preparado. Se obligó a añadir: —Tuvo mala suerte Anastasio: murió en la guerra; lo mataron. Por eso vengo yo a visitarles...

Estas palabras las dijo lentamente, secándose las sienes con el pañuelo.

—Sí, sí, murió —asentía el anciano; y la fuerte cabeza llena de arrugas se movía, afirmativa, convencida—; murió, sí, el Anastasio. Y yo, aquí, tan fuerte, con mis años: yo no me muero.

Empezó a reírse. Santolalla, tonto, turbado, aclaró:

—Es que a él lo mataron.

No se hubiera sentido tan incómodo, pese a todo, sin la sensación de que lo estaban espionando desde adentro. Pensaba, al tiempo de echar otra mirada de reojo al interior: «Es estúpido que yo siga aquí. Y si quisiera, en cualquier momento podría irme: un paso, y ya estoy en la calle, en la esquina.» Pero no, no se iría: ¡quieto! Estaba agarrotado, violento, allí, parado delante de aquel viejo chocho; pero ya había comenzado, y seguiría. Siguió, pues, tal como se lo había propuesto: contó que él había sido compañero de Anastasio; que se habían encontrado y trabado amistad en el frente de Aragón, y que a su lado estaba, precisamente, cuando vino a herirle de muerte una bala enemiga; que, entonces, él había recogido de su bolsillo este documento... Y extrajo del suyo el carnet, lo exhibió ante la cara del viejo.

En ese preciso instante irrumpió en la saleta, desde el fondo, una mujer corpulenta, morena, vestida de negro; se acercó al viejo y, dirigiéndose a Santolalla:

—¿De qué se trata? ¡Buenos días! —preguntó.

Santolalla le explicó en seguida, como mejor pudo, que durante la guerra había conocido a López Rubielos, que habían sido compañeros en el frente de Aragón; que allí habían pasado toda la campaña: un lugar, a decir verdad, bastante tranquilo; y que, sin embargo, el pobre chico había tenido la mala pata de que una bala perdida, quién sabe cómo...

—Y a usted ¿no le ha pasado nada? —le preguntó la mujer con cierta aspereza, mirándolo de arriba abajo.

—¿A mí? A mí, por suerte, nada. ¡Ni un rasguño, en toda la campaña!

—Digo, después —aclaró, lenta, la mujerona.

Santolalla se ruborizó; respondió, apresurado:

—Tampoco después... Tuve suerte ¿sabe? Sí, he tenido bastante suerte.

—Amigos habrá tenido —reflexionó ella, consultando la apariencia de Santolalla, su traje, sus manos.

Él le entregó el carnet que tenía en una de ellas, preguntándole:

—¿Era hijo suyo?

La mujer ahora, se puso a mirar el retrato muy despacio; repasaba el texto impreso y manuscrito; lo estaba mirando y no decía nada.

Pero al cabo de un rato se lo devolvió, y fue a traerle una silla: entre tanto, Santolalla y el viejo se observaban en silencio. Volvió ella, y mientras colocaba la silla en frente, reflexionó con voz apagada:

—¡Una bala perdida! ¡Una bala perdida! Ésa no es una muerte mala. No, no es mala; ya hubieran querido morir así su padre y su otro hermano: con el fusil empuñado, luchando. No es ésa mala muerte, no. ¿Acaso no hubiera sido peor para él que lo torturasen, que lo hubiesen matado como a un conejo? ¿No hubiera sido peor el fusilamiento, la horca?... Si aún temía yo que no hubiese muerto y todavía me lo tuvieran...<sup>61</sup>

Santolalla, desmadrado, con la cabeza baja y el carnet de Anastasio en la mano, colgando entre sus rodillas, oía sin decir nada aquellas frases oscuras.

—Así, al menos —prosiguió ella, sombría—, se ahorró lo de después; y, además, cayó el pobrecito en medio de sus compañeros, como un hombre, con el fusil en la mano... ¿Dónde fue? En Aragón, dice usted. ¿Qué viento le llevaría hasta allá? Nosotros pensábamos que habría

<sup>61</sup> Queda aquí aludida la represión contra los republicanos después de la Guerra. La madre de Anastasio sospecha de que su visitante no haya salido mal parado.

corrido la ventolera de Madrid. ¿Hasta Aragón fue a dejarse el pellejo?

La mujer hablaba como para sí misma, con los ojos puestos en los secos ladrillos del suelo. Quedóse callada, y, entonces, el viejo, que desde hacía rato intentaba decir algo, pudo preguntar:

—¿Allí había bastante?

—¿Bastante de qué? —se afaná Santolalla.

—Bastante de comer —aclaró, llevándose hacia la boca, juntos, los formidables dedos de su mano.

—¡Ah, sí! Allí no nos faltaba nada. Había abundancia. No sólo de lo que nos daba la Intendencia —se entusiasmó, un poco forzado— sino también —y recordó la viña— de lo que el país produce.

La salida del abuelo le había dado un respiro; en seguida temió que a la mujer le extrañase la inconveniente puerilidad de su respuesta. Pero ella, ahora, se contemplaba las manos enrojecidas, gordas, y parecía abismada. Sin aquella su mirada reluciente y fiera resultaba una mujer trabajada, vulgar, una pobre mujer, como cualquiera otra. Parecía abismada.

Entonces fue cuando se dispuso Pedro Santolalla a desplegar la parte más espinosa de su visita: quería hacer algo por aquella gente, pero temía ofenderlos: quería hacer algo, y tampoco era mucho lo que podría hacer; quería hacer algo, y no aparecer ante sí mismo, sin embargo, como quien, logrero, rescata a bajo precio una muerte. Pero ¿por qué quería hacer algo?, y ¿qué podría hacer?

—Bueno —comenzó penosamente; sus palabras se arrastraban, sordas—; bueno, voy a rogarles que me consideren como un compañero..., como el amigo de Anas-tasio...

Pero se detuvo; la cosa le sonaba a burla. «¡Qué cinismo!», pensó; y aunque para aquellos desconocidos sus palabras no tuvieran las resonancias cónicas que para él mismo tenían..., no podían tenerlas, ellos no sabían nada..., ¿cómo no les iba a chocar este «compañero» bien vestido que, con finos modales, con palabras de profesor de Instituto, venía a contarles?... Y ¿cómo les contaría

él toda aquella historia adobada, y los detalles complementarios de *después*, ciertos en lo externo: que él, ahora, estaba en posición relativamente desahogada, que se encontraba en condiciones de echarles una mano, según sus necesidades, en recuerdo de... Esto era miserable, y estaba muy lejos de las escenas generosas, llenas de patetismo, que tanta veces se había complacido en imaginar con grandes variantes, sí, pero siempre en forma tan conmovedora que, al final, se sorprendía a sí mismo, indefectiblemente, con lágrimas en los ojos. Llorar, implorar perdón, arrodillarse ante ellos (unos «ellos» que nada se parecían a «éstos»), quienes, por supuesto, se apresuraban a levantarlo y confortarlo, sin dejarle que les besara las manos —escenas hermosas y patéticas... Pero, ¡Señor!, ahora, en lugar de eso, se veía aquí, señorito bien portado delante de un viejo estúpido y de una mujer abatida y desconfiada, que miraba con rencor; y se disponía a ofrecerles una limosna en pago de haberles matado a aquel muchachote cuyo retrato, cuyos papeles, exhibía aún en su mano como credencial de amistad y gaje de piadosa camaradería.

Sin embargo, algo habría que decir; no era posible seguir callando; la mujerona había alzado ya la cabeza y lo obligaba a mirar para otro lado, hacia los pies del anciano, enormes, dentro de unos zapatos rotos, al sol<sup>62</sup>.

Ella, por su parte, escrutaba a Santolalla con expectativa: ¿adónde iría a parar el sujeto este? ¿Qué significaban sus frases pulidas: rogar que lo considerasen como un amigo?

—Quiero decir —apuntó él— que para mí sería una satisfacción muy grande poderles ayudar en algo.

Se quedó rígido, esperando una respuesta; pero la respuesta no venía. Dijérase que no lo habían entendido. Tras la penosa pausa, preguntó, directa ya y embarazadamente, con una desdichada sonrisa:

—¿Qué es lo que más necesitan? Díganme: ¿en qué puedo ayudarles?

<sup>62</sup> Pudiera ser una referencia invertida a la letra del himno falangista: «Cara al sol.»

Las pupilas azules se iluminaron de alegría, de concupiscencia, en la cara labrada del viejo; sus manos se revolieron como un amasijo sobre el cayado de su bastón. Pero antes de que llegara a expresar su excitación en palabras, había respondido, tajante, la voz de su hija:

—Nada necesitamos, señor. Se agradece.

Sobre Santolalla estas palabras cayeron como una lluvia de tristeza; se sintió perdido, deshauciado. Después de oírlas, ya no deseaba más que irse de allí; y ni siquiera por irse tenía prisa. Despacio, giró la vista por la pequeña sala, casi desmantelada, llena tan sólo del viejo que, desde su sillón, le contemplaba ahora con indiferencia, y de la mujerona que lo encaraba de frente, en pie ante él, cruzados los brazos; y, alargándole a ésta el carnet sindical de su hijo: —Guárdelo —le ofreció—; es usted quien tiene derecho a guardarlo.

Pero ella no tendió la mano; seguía con los brazos cruzados. Se había cerrado su semblante; le relampaguearon los ojos y hasta pareció tener que dominarse mucho para, con serenidad y algún tono de ironía, responderle:

—¿Y qué quiere usted que haga yo con eso? ¿Que lo guarde? ¿Para qué, señor? ¿Tener escondido en casa un carnet socialista, verdad? ¡No! ¡Muchas gracias!<sup>63</sup>

Santolalla enrojeció hasta las orejas. Ya no había más que hablar. Se metió el carnet en el bolsillo, musitó un «¡buenos días!» y salió calle abajo.

(1949)

<sup>63</sup> Por supuesto, guardar en la casa un documento de esa índole era sumamente comprometido.

## El regreso

### I

Me decidí a regresar. Había hecho indagaciones discretas —discretas, porque me importaba mucho no llamar la atención sobre mi regreso; pero, ¡eso sí!, lo bastante prolijas—, y pude persuadirme de que ya no correría verdadero riesgo. Pasada estaba la época en que, por una denuncia anónima, por meras sospechas, por nada, para completar acaso la carga de un camión de presos, sacaban a uno de su cama y lo llevaban a fusilar contra las tapias del cementerio. Cierto es que seguían ocurriendo cosas, y cada uno que venía de por allá se traía en el morral una buena provisión de historias espantosas que, sentados a su alrededor, en el almacén de la esquina o en casa de tal o cual paisano nuestro, el domingo a la tarde, masticábamos y masticábamos, y les dábamos mil vueltas, y terminábamos por tragar trabajosamente. Rara era la vez que entre nosotros no hubiera algún recién llegado; cada barco que entra, trae bastante gente de España; y entre ellos, nunca faltaba alguien que, ya fuera uno de tantos mozos como vienen llamados por sus parientes de aquí, ya un conocido antiguo y hasta, quién sabe, compañero de infancia de uno de nosotros, ya simple portador de recados o recomendaciones, alguien había siempre que venía a caer en nuestra tertulia con noticias frescas de la tierra. Aldeanos en su mayoría, contaban (¿qué iban a contar, los pobres?) episodios de su aldea, lo que cada cual tenía visto u oído; y aunque las atrocidades que relataban, amplificadas hasta el cansancio con

No tuve dificultad mayor, guiado por las explicaciones de mi tía, en hallar la reciente tumba de mi tío. Dar con la de Abeledo me costó mucho más trabajo; pero al cabo de tantas vueltas, leí por fin su nombre sobre un nicho: Manuel Abeledo González. La pequeña lápida rezaba: *Aquí yace el camarada MANUEL ABELEDO GONZÁLEZ, caído al servicio de la patria. Mano alevosa lo abatió el 15 de julio de 1937.* Ahí estaba, pues, encerrado a piedra y lodo.

Volví la espalda, y me salí del cementerio, y bajé sin prisa para la ciudad. Por el camino adopté la resolución —que no tardaría en cumplir sino lo indispensable— de volverme a Buenos Aires.

(1948)

## La cabeza del cordero <sup>86</sup>

Dispuesto a recorrer tranquilamente ahora, bajo la luz gloriosa de la mañana, la ciudad que la noche antes, blanca de luna, apenas me había dejado entrever el ómnibus del aeródromo en sus rápidos cortes por avenidas y plazas, salía yo del hotel, descansado ya y alegre, cuando, casi en el momento mismo de abandonar la penumbra del zaguán y echar una mirada a derecha e izquierda, un moro desharrapado, especie de mendigo sentado en el cordón de la acera, se me vino encima haciendo zalemas y diciéndome no sé qué en un francés incomprensible. Apronté, medio divertido, la inexcusable moneda, que desapareció sin ser vista; pero mi tributo no bastó ni a franquearme el paso, ni a cortar la letanía. Antes, sin embargo, de que una fugaz nube de enojo hubiera oscu-

<sup>86</sup> Acerca del título de este relato, que da nombre al libro, conviene consultar: Daniel Devoto, «Ayala y su cabeza», *Textos y contextos, op. cit.* Devoto nos remite a un artículo de Guillermo Guastavino Gallent: «La leyenda de la cabeza», *Revista de Filología Española*, 1942, así como a varios autores que han usado como tema de sus obras la leyenda de la cabeza: un individuo da muerte a otro, le corta la cabeza, la entierra separada del resto del cuerpo, y, finalmente, la cabeza del asesinado acusa al criminal. La difusión de la leyenda en nuestra literatura es muy amplia; ha sido utilizada entre otros —señala Devoto— por Zorrilla, Manuel del Palacio, Capmany y Montpalau, Olavarría y Huarte, Francisco Vidal y Micó, Miguel Preciado, Costa y Llovera, P. Juan Laguna, Aurelio M. Espinosa y Galdós.

Varios críticos han señalado el carácter simbólico que puede tener el cordero en este relato.

recido mi humor radiante, ya el conserje del hotel, gorra en mano, desamparaba los lustrosos maceteros de la puerta, desde donde había seguido el curso de la escena, y acudía a informarme: aquel hombre estaba apostado allí, a mi espera, desde tempranito, casi desde las siete de la mañana, para transmitirme un recado personal de parientes míos.

¿De parientes míos? ¡Qué disparate! Aquello tenía que ser, por supuesto, una equivocación. Yo no conocía a nadie en Fez, ni jamás antes de esta oportunidad había estado en Marruecos. Desde luego, era una equivocación; así se lo dije: «Pregúntele bien a quién busca.» Pero, no; era a mí, ciertamente, a quien buscaba; se trataba de mí; el conserje no se había equivocado al señalarme por la espalda, como sin duda lo había hecho al verme proponer el portal. ¿No era yo, acaso, don José Torres?... «El señor ¿no es, ¡perdone!, don José Torres, natural de Almuñécar, España, llegado anoche en el avión de Lisboa?» Pues bien: Yusuf Torres<sup>87</sup> me rogaba por medio de aquel mensajero que quisiera honrar su casa y aceptar sus homenajes.

En vano eché una mirada inquisitiva al conserje, todo él obsecuente empaque, digna y respetuosa y sonriente reserva —¡si conoceré yo la picardía que albergan esos uniformes de grandes botones dorados y ribetes claros!—; pero en seguida me hice por mí mismo mi composición de lugar. ¡Qué divertido! Sin duda, había topado con el caso de uno de esos moros sentimentales que, devorados por la nostalgia de España, entretienen su ocio en la curiosidad de averiguar linajes. Lo que me intrigaba era cómo —y tan pronto— había podido saber mi nombre, el lugar de mi nacimiento, y mi llegada a Fez...

Era día de fiesta y, no teniendo en perspectiva mejor ocupación, resolví ir a ver qué clase de bicho sería mi pariente Yusuf. En el peor de los casos, resultaría de ahí algo digno de contarse; y hasta pensé, ¿quién sabe?, que pudiera sacar alguna eventual utilidad del pintoresco

<sup>87</sup> Sobre Yusuf Torres, el homónimo de nuestro personaje, puede consultarse el trabajo de Devoto, *op. cit.*, págs. 513-514.

encuentro<sup>88</sup>. Tengo por principio entablar cuantas nuevas relaciones me salgan al paso; cuando se anda en negocios, aun lo más imprevisible puede conducir a una combinación provechosa, ya inmediatamente, ya para lo futuro. Y, por lo pronto, yo todavía no conocía allí a nadie: iba a Marruecos para estudiar la introducción de la Radio M. L. Rowner and Son Inc., de Filadelfia, y había llegado a Fez el día antes, anochecido ya. Tras un viaje movido, el avión arribó con mucho retraso, y yo, que estuve durante la travesía bastante mareado y tenía mucho dolor de cabeza, me había acostado en seguida, sin tomar más que una taza de té y una aspirina, dispuesto a descansar bien aquella noche. Dormí, en efecto, mis diez horas largas, y desperté tan fresco. En el baño me entreteve cuanto quise, desayuné despacio, repasé los titulares de un periódico, *La Dépêche* de no sé qué, que hallé sobre la mesa, y mientras me demoraba en todo esto, había estado prometiéndome un hermoso paseo por la ciudad. Pues poco antes, al afeitarme frente al espejo del lavabo, las casitas color rosa, blancas, los granados, los cipreses, los naranjos en los huertos, bajo aquel cielo diáfano tal como podía verse por la ventana abierta, me habían llenado de encanto<sup>89</sup>. Parecía todo recién lavado: seguramente la tormenta cuyas negruras hicieron tan penoso nuestro vuelo sobre el mar había descargado entre tanto por acá, encima de la ciudad, para que la encontrásemos reluciente a nuestra llegada. Y ahora deseaba yo recorrer las calles desconocidas, sin dirección ni prisas, como suelo hacerlo cada vez que, por feliz casualidad, llego a un sitio nuevo en día festivo y puedo así, libre de remordimientos por el tiempo perdido, darme ese gusto. Luego, cuando me cansara de andar, buscaría un restaurante típico —típico, se entiende, dentro de lo decente—, y a la tarde me dedicaría a tomar unos datos

<sup>88</sup> A partir de esta frase comienza a bosquejarse el carácter del protagonista narrador.

<sup>89</sup> Con referencia a esta descripción vale la pena observar que por estas fechas Francisco Ayala no había estado aún en Marruecos. Su primera visita a Fez la realiza a finales de la década del sesenta.

sobre la guía telefónica y algún anuario comercial, y a ordenar mis papeles para ponerme en campaña al día siguiente; por último, escribiría, si es que me quedaba humor, un par de cartas, y saldría de nuevo para cenar, o acaso cenara en el hotel mismo, yéndome en seguida a tomar café y pasar un rato en cualquier lugar de diversión.

Esos eran mis planes. Pero la notable ocurrencia que vino a asaltarme en la puerta misma, cuando iba a iniciar el proyectado paseo, lo cambió todo.

Miré a los dos hombres que, parados ante mí en la acera, aguardaban pendientes de mis labios. «¿Es muy lejos?», pregunté, dudoso todavía, al harapiento. Y el uniformado conserje tradujo sus explicaciones enrevesadas con esta sucinta fórmula: «Unos diez minutos a pie, señor.» Entonces, sin pensarlo otra vez, me puse en seguimiento de mi impropio guía.

La casa a que me condujo, en una callejuela torcida, empedrada con guijos, sólo mostraba en su fachada, muy altos, dos ventanillos enrejados, contrastando con la soberbia puerta de madera donde relucían la aldaba y clavos labrados. Abrió en ella un portillo mi acompañante, entró detrás de mí, y me dejó solo en la casi oscuridad de un vestíbulo en cuyo fondo tres rayas de luz dibujaban el perfil de otra puerta. Con ayuda de la mano, pudieron poco a poco mis ojos descubrir, arrimada a la pared, una mesa sobre la que, más por su olor que por su palidez, se anunciaban unas azucenas escoltadas de jacintos, dentro de un jarro; al otro lado, los primeros peldaños de la escalera por donde el harapiento había trepado hasta desaparecer de mi vista sus calcañares. No tuve que esperar mucho allí: entendí un rato después que, desde lo alto de la escalera, me llamaba, y subí arriba. Arriba me recibió Yúsuf, el dueño de la casa.

Tengo que decirlo: el ánimo desenfadado, burlón más bien —sí, francamente burlón—, con que emprendiera mi aventura, todavía no se había disipado por completo cuando estaba en el vestíbulo, durante los minutos que allí pasé tecleando con los dedos sobre el borde de la mesa; pero ahora, al verme delante de aquel joven extre-

madamente serio, que se adelantaba hacia mí despacio, con mirada serena y ademán cortés, ya no quedaba nada de mi actitud: era como si se me hubiera caído y hubiera rodado escaleras abajo, dejándome con las manos vacías, desarmado. Había perdido el aplomo, y me quedé sin saber qué hacerme. Sólo entonces caí en la cuenta de la ligereza que había cometido. ¡A quién se le ocurre irse a meter así en casa ajena, sin tener idea de qué gente sería aquella! Antes de aventurarme a visitarlos en su casa, procedía haber averiguado algo sobre ellos; pues: ¿cómo no pensar que, de cualquier manera, debía enfrentarme ahí con alguien que no sería ya ni el recadero desharrapado ni el impersonal conserje?... Ese alguien me abrazaba ahora y me hacía sentar a su lado, pero no decía palabra. Me contemplaba, sonriente, y no decía palabra. Tuve que ser yo quien, al fin, dijera: «¡Qué gran sorpresa he tenido!...»

Los puntos suspensivos de mi frase flotaron en el vacío, sin que él se apresurase a recogerlos: no parecía resuelto a anudar nada en el cabo suelto que yo le había largado. Sonó por último su voz calmosa y, sin embargo, vibrante, hasta llenar la sala: «Mucho te agradezco, señor, que te hayas dignado honrar con tu presencia esta humilde casa, y tomar posesión de ella como dueño.» La tirada era, por supuesto, estudiada y aprendida; pero estaba dicha con un tono firme, cuyas pausas, que no llegaban a la vacilación, le prestaban una sombra de naturalidad, al tiempo que la leve extrañeza del acento quitaba a la fórmula la antipatía de su rigidez convencional, ya superada en cierto modo por el exceso mismo que tan recargada la hacía. Más tarde pude comprobar que el habla de mi huésped era un castellano arcaizante y literario, no tanto en razón de los vocablos como por la inflexión de sus cláusulas; o quizá le venía esa apariencia rebuscada de que muchas palabras, nombres de objetos modernos —voces inglesas pronunciadas por él a la francesa, o bien aquellas francesas que interpolaba sin tasa al hablar—, contrastaban en sus labios con ciertas palabras castellanas cuyo uso es hoy ya infrecuente en España, donde acaso un neologismo, paralelo a los nombres

extranjeros, ha desplazado entretanto, para muchos menesteres o utensilios de la vida actual, a aquellos términos vernáculos que hubieran podido —y quizá debido, como quieren los puristas— adaptarse a las nuevas condiciones...

Por lo pronto, el extremo de su cortesía solemne me paralizó más aún de lo que ya estaba; y no me cupo entonces duda de cuán improcedente era el aire de sofisma con que me había dejado ir en este asunto: ¡decididamente, había obrado con ligereza!; y ahora, forzado a improvisar, de prisa y corriendo, una actitud sería, decorosa, deferente, conveniente, caía en la más envarada decencia, y me sentía ridículo. Aquel muchacho, arrellanado ahí en sus cojines, mostraba un dominio de la situación que a mí, con mis treinta y siete años y el mundo recorrido, me faltaba; sí, me estaba faltando.

Resolví, con todo, no dejarme arrastrar en la cadena interminable de los cumplidos, donde él encontraría siempre ventaja; y, para entrar en materia, le expresé cuánto me había extrañado su iniciativa de buscarme, le pregunté cómo había sabido acerca de mí y de mi llegada a la ciudad, y le pedí que me explicara el fundamento de su interés hacia mi persona. «Probablemente, pienso yo, habrá sido la curiosidad por nuestro común apellido...»

Aquí, sí, decidí callarme y esperar, aunque fuese durante una hora, a que él tomara la palabra. Lo hizo tras un breve silencio... No intentaré reproducir sus frases exactas; no podría recordarlas con la misma precisión de aquella primera que tan grabada se me quedó, ni transcribir su mezcla de construcciones añejas o librescas con giros franceses, su combinación chistosa de *otrora*, con *aérodrome*, de *office*, con *venia*. Lo que me dijo fue, en resumen: que a través de un muchacho muy allegado a su casa, y que trabajaba como empleado en las oficinas de la Compagnie de Navigation Aérienne, habían sabido con anticipación la llegada a Fez de un viajero español, Torres de nombre, y natural de Almuñécar, punto de origen éste de donde su propia familia procedía; y que sospechando en tal coincidencia ser unos y otros ramas

derivadas de un mismo tronco, o mejor, casi convencidos de ello, habían deliberado ponerse en contacto con él —es decir, conmigo— para ofrecérselo en un todo. No me ocultaba que antes de atreverse a dar semejante paso habían vacilado bastante: más aún: que él mismo, siendo como era el jefe de la familia y por consiguiente el más cargado con el sentido de la responsabilidad, era quien más renuente se había mostrado en las conversaciones al respecto; pero que por fin cedió —de lo que se alegraba ahora— a instancias de su madre, cuya curiosidad femenina espoleaba con excesiva ansia a averiguar las posibles, probables, casi seguras vinculaciones de sangre con aquel forastero...

«Sin embargo, el apellido Torres es tan frecuente en España que —aventuré yo— sería mucha casualidad. ¡Eso, eso mismo era lo que él había objetado a las menciones de su madre: un apellido demasiado frecuente en España, y también en Marruecos! Pero ella alegraba: «¡Torres, de Almuñécar, mi hijo y señor; de Almuñécar!»; y tal vez no le faltaba razón para insistir. Pues ellos provenían de Almuñécar; eso era archisabido, se venía repitiendo de padres a hijos y constituía, por así decirlo, el núcleo de las tradiciones domésticas. «Tanto —corroboró Yusuf animadamente—, que si yo alguna vez fuera a Almuñécar, creo que hasta encontraría parajes conocidos: la huerta grande, y el lagar, donde cada año se pisaban muchísimos carros de uva roja.» ¿No conocía yo ese lagar famoso de los Torres y la huerta grande?

Me sonreí de su puerilidad; pero no sin advertir que en ella había una buena parte de juego poético; de ingenuidad fingida. «¡Quizá! —le respondí—. Pero, ¡hay por allá tantos lagares, y tantas huertas, y tantos Torres! Además, hace ya demasiados siglos que ustedes salieron de Almuñécar; y aun yo mismo, con ser nacido ahí...» (Era verdad; desde que, teniendo yo dieciocho años, nos trasladamos a Málaga mi madre y yo, no había vuelto al pueblo; y eso, iba para veinte años.) «En fin —agregué—, mis recuerdos de Almuñécar tampoco son demasiado recientes. Por mucho que me acuerde de mi casa, con el

escudo de armas tallado sobre la puerta, del corral, tapias encaladas bajo los cerezos, las acequias debajo, todo eso está en mi memoria un poco a la manera de retazos...»

Me había puesto a divagar. El joven Yusuf escuchaba, pensativo, preocupado, aburrido tal vez. Tras una pausa me preguntó si yo no sentía, después de todo, la nostalgia de aquella tierra por la que varias generaciones de los Torres mahometanos habían suspirado ahí en Fez. Él —me confesó— sentía una especie de nostalgia heredada y obligatoria, una costumbre de nostalgia, un rito de nostalgia. «Es que nosotros nos dejamos en España lo mejor de nuestra grandeza. Y de entonces acá no hemos hecho sino seguir perdiendo; hoy somos pobres...» Me declaró que esta pobreza fue uno de los argumentos que más habían pesado en la discusión de la víspera sobre si me invitarían o no a visitarlos. Su hermana —tenía una hermana— hubiera preferido no hacerlo: «¿Para qué?», preguntaba. Mas su madre, empeñada en ello, aducía: «Si resultase no ser pariente nuestro, nada nos importa. Pero sí, como estoy segura, es de nuestra sangre, lo de menos será que tengamos o no riquezas: una flor que le ofrezcamos, un vaso de agua, basta.»

Yo, escuchándolo, dudaba mucho por mi parte del famoso parentesco. Pudiera ser; pero, a la verdad, todo aquello me resultaba demasiado novelesco. Imposible, imposible, no es que lo fuera: ¡quién sabe, a lo largo del tiempo, las ramificaciones que un árbol genealógico puede haber tenido!... Esta gente aseguraba ser originaria de Almuñécar; se llamaba Torres; como nosotros. ¡Cualquiera sabía! Yo jamás había oído que nuestra familia tuviera, ni de lejos, antecedentes moriscos, ni cosa por el estilo; creo que a mi madre le hubiera dado un soponcio la sola idea... Pero eso tampoco significaba nada; en casa no se hablaba nunca de tales cuestiones; a nadie le gustaba hurgar en el pasado de la familia; no había interés o gusto. O ¿acaso era que se prefería no hablar? ¡Quién sabe! En puridad, nada había que por principio se opusiera a aquello; y si a mí se me resistía, y me negaba a admitirlo como posible, era, no por ningún

prejuicio, que no los tengo, sino, a lo sumo, por parecerme demasiado extravagante y hasta cómico un parentesco, aun tan remoto y problemático, con aquellos moros. Como tantas veces sucede, no un razonamiento fundado; sino una impresión así, arbitraria pero muy poderosa, quería cerrar el paso a la eventualidad de ese parentesco, y me parece que se hubiera defendido incluso contra la pura evidencia.

Evidencia, claro está que no había ninguna; pero tampoco —justo es reconocerlo— hubiera sido una cosa tan nunca vista. Desde luego, yo no recordaba nada en mi familia que siquiera diese visos de verosimilitud ni de lejos autorizara la sospecha de un viejo entronque mahometano —como no fuese, precisamente, esa falta de interés hacia los antepasados. Falta de interés, por otra parte, no tan sin excepción, como vine a recapitular en seguida, pues mi tío Jesús —aunque sólo él, el mayor de los hermanos, un tipo chapado a la antigua, intransigente y agresivo, tradicionalista, lo que durante cierta época se motejó de *cavernícola*— había tenido el capricho de los papelotes viejos, de los pergaminos; le gustaba guardarlos, repararlos alguna vez; y presumía de haber profundizado en las raíces nobiliarias de nuestra casa. Sí, él sí; mi tío Jesús sí que tenía esa común manía de grandezas de los hidalgos aldeanos. Para él, nuestra estirpe era de las que fundaron la ciudad, antes de perder a España don Rodrigo (¡en tal caso, pues, antes de que llegaran los moros!). Y ¡cómo se ufanaba el pobre con tales fantasías! Llegaban a embriagarlo, esos humos de nobleza; se escuchaba, le ardía la mirada; mientras que nosotros, los sobrinos, y aun sus propios hijos, le oíamos como quien oye llover. Nos agradaba oírle, era divertido; pero le oíamos con incredulidad y hasta con su poquito de sorna. ¿Qué hubiera dicho de esa aventura mía el tío Jesús? ¿Cómo lo hubiera tomado? ¿Con orgullo y alegría?; ¿o quizá con vejación, por tratarse de *infieles*?... En todo caso, le hubiera producido una excitación formidable; y, desde luego, hubiera dado crédito inmediato a la historia del parentesco; como artículo de fe la hubiera recibido. Por lo demás, nadie como él —aparte fan-

tasías— estaba en condiciones de haber puesto en claro... Era el único de la familia preocupado por este orden de cosas; y, una vez muerto...<sup>90</sup>

De todas maneras, yo —no obstante mi escepticismo— no le quitaba la vista de encima al joven Jusuf: sentía curiosidad hacia él y, viéndole hablar, esperaba que su fisonomía en movimiento me revelase de improviso por algún rasgo el pretendido parentesco. En mi fuero interno, le desafiaba a hacerlo; estaba provocándolo: era una suerte de juego o pasatiempo practicado sin convicción, pero que, a pesar de todo, no carecía de cierta emocionante expectativa. Al principio —claro está—, nada conseguía leer en sus facciones. Por el contrario: todo me resultaba en él extraño, pintoresco —extraño, el brillo de los ojos, retintos y amarillentos; extraña, la alta pero huidiza frente; la nariz, fina, arqueada, los también delgados labios, una de cuyas comisuras temblaba levemente al iniciar cada frase, como si vacilara en decirlo...—. Mas, al cabo de un rato, y cuando yo había ya —digámoslo así— digerido todo lo que en aquella cabeza me era ajeno, comenzó a quererme parecer que, sobre ella, se insinuaban líneas fugaces, destellos, gestos que podrían ser *nuestros*, que de pronto me hacían una seña, un dudoso guiño, y se borraban en seguida, como esos estremecimientos en la tersura del agua, de los que no podría decirse si obedecen a la brisa, a nuestro propio aliento, o son mero engaño de quien se mira en ella con obstinación excesiva.

Pero no, no era engaño mío; allí, en aquella fisonomía muchachil, contenida, recogida en sí misma, impasible y hasta indiferente casi al sentido de sus propias declaraciones, algo nuestro se desvivía por hablarme. Decir que le hallé el aire de familia, sería quizá mucho decir; pero algunas semejanzas, algunos trazos, eso era innegable. Y voy a explicar cómo se me reveló, poquito a poco, mas con claridad creciente, el parecido —pues, ¿por qué no llamar a las cosas por su nombre?, un verdadero parecido, no completo, sino en determinados

<sup>90</sup> Primera alusión a la muerte del tío Jesús, que tanta importancia tendrá en el relato.

aspectos, fue lo que, al final de cuentas, descubrí en el joven Yusuf Torres. Y no conmigo, personalmente (ni era yo el más a propósito para establecer comparaciones: estaba harto de haber oído —y no sin molestias por parte mía— que había salido en un todo a la línea materna; que era un Valenzuela de pies a cabeza —Valenzuela es mi segundo apellido—, a diferencia de tal o cual de mis primos, fiel, según pretendían, al dechado de los Torres); así, pues, no conmigo, no con mis facciones; ni tampoco quizá con las de aquellos miembros de mi familia que me eran más próximos y a quienes más había tratado; en verdad, con los de ninguno en particular, sino acaso con las efigies de algunos antepasados que, en lienzos y tablas, adornaban las paredes de mi casa y, sobre todo, de las casas de mis dos tíos, allá en Almuñécar —cuadros mediocres; bueno: francamente malos la mayoría de ellos, mero valor sentimental, y que yo me sabía de memoria, a pesar de que los azares de la vida me habían separado hacía mucho tiempo de esas desdichadas obras de arte que yo, tal vez por reacción contra las ponderaciones de mis tíos, en particular de mi tío Jesús, estimaba en poco, y que por fin debieron de perderse, como tantas otras cosas, en la batahola de la guerra civil. (Es decir: no sé si se perdieron todos, o mi otro tío, Manuel, arrambló<sup>91</sup> con lo que pudo, al embarcarse; en cuyo caso es fácil que estén rodando por ahí en poder suyo: y casi me inclino a creer esto último.) Pues bien, perfiles sacados de esos retratos es lo que se podía descubrir acaso en la cara del joven que me estaba hablando: sobre todo, la ceja fina y breve, arqueada hacia la sien y crespa en el centro, una pupila dura y como feroz, todo eso estaba, sin duda, en el retrato de mi bisabuelo niño, aquel del colete de terciopelo leonado. Sí, y también en el de mi abuelo, de uniforme. Suprimiendo en éste los mofletes, el gran bigote caído sobre una boquita infantil, el mentón soberbio, esa cabezota imponente, en fin, que tan ade-

<sup>91</sup> El verbo arramblar insinúa una leve nota de hostilidad hacia este otro tío del narrador.

cuadamente reposa sobre el amplio pecho cruzado por una banda, se observaría que las cejas eran otra vez las mismas del joven melancólico sentado ahora frente a mí; las cejas, con su peculiar trazo, y aun la frente, que allí, coronando el bulto de un personaje machucho cuyo aspecto autoritario impuso respeto sin duda al modesto pintor, se perdía en la vulgaridad de una cara demasiado gruesa y recargada; pero que aquí, en la faz desnuda del adolescente flaco y nervioso, dominaba toda la expresión con una nota de inquietud apenas refrenada... Mas, ¡ay, qué inseguras son estas cosas! Un momento después de haber capturado alguno de esos parecidos, ya me venía a desanimar la aprensión de que todo era arbitrario y forzado, y puras ganas de parte mía... Aun cuando, ganas, ¿por qué iba yo a tenerlas?

Y él mismo, Yusuf, ¿estaría de veras convencido, y creería de veras que esos Torres marroquíes y nosotros, los de Almuñécar, somos de la misma sangre? En el tono con que me había hablado no se diría que hubiese mucha seguridad. O, para mayor exactitud, no era convicción precisamente lo que faltaba en sus palabras, sino más bien —¿cómo expresarlo?— interés por el hecho, entusiasmo... Con su cortesía impenetrable, me observaba ahora en silencio.

—«Y usted —le pregunté entonces (se me hacía difícil tutearlo: ese tuteo de los moros resulta embarazoso, hasta tanto que uno se acostumbra)—, ¿usted está persuadido de que pertenecemos en efecto a la misma familia?» «Yo —me replicó—, a juzgar por lo que mi madre sostiene, entiendo que sí debemos de pertenecer.» «En tal caso, ¿no podría yo tener la dicha de presentarle mis respetos a su señora madre?», volví a preguntarle. Y añadí: «Sería para mí un gran honor.» Sin apenas darme cuenta, había adoptado la ampulosa cortesía de mi interlocutor, hasta el extremo de sonarme a falso mi propia frase; pero, además, exageraba a propósito en esta ocasión, sabiendo que en las costumbres de los moros no entra el que la mujeres se muestren a las visitas, y que, por lo tanto, pedía algo extraordinario. Se me había ocurrido de improviso; y, sin mucho

pensarlo, me aventuré: en parte, porque estaba decidido a tomar todo aquel asunto a beneficio de inventario, con lo que bien podía permitirme cualquier audacia o exceso, y más en la seguridad de que mi condición de extranjero y mi ignorancia de los usos me disculparía; en parte, también, por tener la impresión de que la propia señora a quien me refería estaba escuchando desde algún lugar oculto. Esta impresión mía —vivísima, tan vivaz que hubiera apostado a su favor cualquier cosa— no se apoyaba tan sólo en una inferencia fácil (Pues ¿no había sido ella acaso la promotora de todo?, ¿no había hablado el propio hijo de la avidez de su curiosidad?), sino que contaba todavía con un vigoroso refuerzo intuitivo: nadie me hubiera sacado de la cabeza que allí mismo, a dos pasos, tras de la cortina, y no obstante la pesada inmovilidad del paño, una persona, dos tal vez, acechaban nuestra charla.

Agregué aún nuevos comedimientos, más que por el placer irónico de la exageración, a fin de, al obligarlo, facilitarle el que me complaciera. No era necesario: apenas oyó el joven la demanda envuelta en mis circunloquios, lejos de alterarse o dudar, como yo esperaba, se alzó con toda naturalidad de su asiento y, sin decir palabra, salió de la sala a pasos pausados, retenidos, diría; su continente era alegre: translucía que eso era lo que esperaba, lo que desde un comienzo había estado deseando.

Me quedé, pues, solo en la pieza. Miré el reloj: eran ya más de las once. Mientras aguardaba, eché una ojeada en derredor, y una multitud de objetos en que antes no había reparado se me vinieron encima: bandejas de cobre, mesitas de tablero poligonal, un enorme barómetro a la pared, tapices, cojines con borlas de oro, cofrecillos, qué sé yo...

Yusuf regresó pronto para decirme que si bajábamos al huerto, allí acudirían a reunírsenos su madre y su hermana: una prueba de la confianza y amor debidos a un pariente: «¡Dios me valga!», pensé. Y seguí a mi huésped escaleras abajo. Cruzamos el vestíbulo y ahora encontramos abierta la puertecita que, frente a la de en-

trada, dejaba ver un soleado patinillo con árboles al fondo. Ahí pasamos. Ocupamos unos asientos, junto a una mesica de hierro, debajo del emparrado; pero apenas nos habíamos acomodado cuando fue menester levantarse de nuevo para recibir, seguida de una muchacha que por lo pronto se mantuvo rezagada, a una señora de cierta edad, que hablaba ya desde que apareció en la puerta, y sonreía, y daba vueltas a mi alrededor, y me tomaba de las manos, levantando su cara para escrutar la mía. «¡A ver, a ver! ¡Déjame que te mire, hijo! ¡Déjame que te reconozca, jazmín y laurel, de mis jardines!» Eso me decía, y mil cosas por el estilo. Soporté, impertérrito, la inspección: «Ay, qué alegría, qué alegría!», exclamó por último; y se dejó caer, sofocada, sobre un sillón de mimbre, mientras que la hija permanecía parada a sus espaldas, y él hijo volvía a instalarse junto a la mesa, enfrente de mí.

Como antes, creí oportuno adelantarme. «Así es que ¿tan segura está la señora de que pertenecemos a la misma familia?» «¡Pues no! Sabiendo cómo te llamas y de dónde vienes, basta con verte la cara.» Yo, entre tanto, espía la suya, redonda, alegre, cambiante, con la esperanza de sorprender, animada en sus gestos, alguna de las expresiones fijas de los viejos retratos familiares, como antes había creído identificar algunos de sus rasgos en la casi impasible fisonomía del muchacho. Y —con gran sorpresa mía, pues no lo esperaba, o al menos, no era tanto lo que esperaba: mis experiencias anteriores habían sido demasiado dudosas, y carecían de toda certidumbre— descubrí en el apasionamiento con que se expresaba aquella buena señora, en lo vehemente de sus meneos, en la manera como accionaba, como acompañaba con las manos, con la cabeza, con los hombros, a las palabras que le salían de la boca, y también en una cierta incongruencia o, siquiera, volubilidad que había en ellas, y hasta en la actitud insegura y desdichada en que se quedaba atendiendo por un instante, con los ojillos entornados, después de haber soltado una larga rehavía cuyo efecto no podía calcular, creí descubrir, digo, un parecido atroz con mi tío Manolo. Descubri-

miento que, a decir verdad, fue para mí harto desagradable, pues —esta vez, sí— el parecido era tan intenso que, en lugar de haber servido para ofrecerme una apacible confirmación de nuestro supuesto parentesco con aquellos moros, me llevó de golpe, pasando por encima de ellos, a la presencia de mi tío, a quien tantos años hacía que no había visto, ni maldita la gana, pues me separaban de él, no sólo el océano, sino también mares de sangre...<sup>92</sup>. Aquella gesticulación, aquellos ademanes vivos, aquel modo de razonar y discurrir a saltos, estaban unidos en mi recuerdo a penosas discusiones políticas, terminadas muchas veces con injurias y portazos, poco agradables de evocar... Me sobrepuse, con todo, al asalto de esta mala impresión y, regresando desde su remoto origen al momento actual, no tuve otro remedio que darme por convencido en mi fuero interno de que algún vínculo debía existir entre mi propia familia y esos Torres de Fez.

Descansaba ya, pues, en esta idea, de la que no sabría precisar si me complacía o me abrumaba, cuando de improviso, y fuera de toda ocasión, rompí en una carcajada. Ahí tuvo la locuaz señora que interrumpirse en su cháchara para, entre desconcertada y corrida, preguntarme de qué me reía. «Véase —le respondí después de un momento—, véase lo que son estas cuestiones de parecidos, aires de familia, etc. Les voy a decir el motivo de mi risa: es el caso que, impresionado por la idea de nuestro común origen, y deseoso de verla confirmada, me esforzaba yo por hallar escrito en los rostros el certificado de nuestro parentesco de sangre. Y desde el instante mismo en que tuve el honor de ver a la señora, creí encontrar en ella un parecido extremo con el menor de mis tíos, mi tío Manuel, que ahora anda por América; y ya me sentía yo tan satisfecho de poseer esa prueba viviente, tan contento, tan... Pero, de improviso (¡mi gozo en un pozo!), caigo en la cuenta de que este parentesco, de existir realmente, no afectaría a la señora, puesto que

<sup>92</sup> Referencia a la Guerra Civil que separó a las familias política y materialmente.

vendría por la línea paterna. De manera que el tal parecido no podía ser sino figuración mía. Mi engaño me ha dado risa —añadí riéndome otra vez, ya sin gana—. ¡Cuánto puede la imaginación!»

«¡Paso, paso! —se apresuró ella a contestar, oponiéndome la palma de la mano—; ¡pasito, amigo!: que yo también soy Torres; que mi señor y yo éramos primos hermanos, de modo que en nuestros hijos afluyó por doble canal la sangre de la familia.» Estaba triunfante, resplandecía.

Me refugié entonces en los hijos. Eché una mirada alternativa a los dos hermanos, y —remachada la cadena de nuestro parentesco en el punto mismo la daba por rota— les hallé ahora, juntos, una insistente semejanza con mis primas, las hijas de mi tío Manolo, y también con Gabrielito, y hasta, para colmo, con los del pobre tío Jesús.

En la pausa, la muchacha había inclinado su cabeza —redonda, y partido por una raya en el centro su cabello negro y liso, tal como yo podía verla en ese momento— para atender por encima del hombro de su madre las instrucciones que ésta le daba a media voz. No eran un misterio: le encargó de preparar refrescos; pues, irguiéndose con presteza, y rodeando nuestro grupo, fue a reunir unos limones que estaban alineados en el brocal del pozo y se entró, con ellos en el delantal, para salir al cabo de un ratito, portadora de un gran jarro, al que en seguida vendrían a unírsele sobre la mesa muy limpios vasos de vidrio.

Entretanto, la señora había reanudado su entusiasta charla. Me explicaba copiosamente enlaces, circunstancias y avatares de toda su parentela. Una fuerte discordia, con disgustos mortales en la familia, parece que se había producido alrededor de sus bodas con Muley ben Yusuf Torres; el padre de este mozo que ahora, en presencia de la madre, callaba distraído en machacar entre los dientes el cabo de una rosa poco antes arrancada al paso de un rosal cercano. En la trifulca, abundante en derivaciones, y donde no faltaron, según se podía colegir, los episodios de violencia ni las complicaciones de inte-

reses, debieron intervenir gentes de dentro y gentes de fuera; y sólo el tacto, la prudencia cargada de años de un bisabuelo tullido fue bastante a apaciguar —que no a extinguir— los rencores... Pero yo no podía seguir bien a la mujer por aquel laberinto: se trataba de personas numerosas, a quien por vez primera oía mentar, y que se me confundían entre sí. ¿Cómo, pues, fijar la atención en las vueltas de aquel torbellino? Mientras ella devanaba sus embrolladas historias, me aplicaba yo a comprobar en sus maneras, en sus gestos, y aun en sus facciones, las maneras, gestos y facciones de mis tíos. Y por cierto que, de modo muy imprevisible, se me revelaban ahí ahora, más que los de Manuel, cauto aunque apasionadísimo, los de Jesús, el pobre tío Jesús, cuya violencia inocentona, y un poco también su estupidez, u obstinación si así se prefiere llamarla, o fanatismo, le había costado la vida del modo más tonto durante los turbios días de la guerra civil. ¡Pobre! Me parecía estar viendo su revolver los ojos, tan pronto desafiante e iracundos como en la actitud de quien pone al cielo por testigo; el juego incesante de sus manos; los trémulos de su voz, llenos de patetismo y, de improviso, las secas risas burlescas; toda aquella gesticulación de aficionado a la ópera, como solía yo comentar, pues lo era, y ferviente (¿qué no hubiera sido ferviente en él?), a pesar de no haber presenciado en toda su vida, según creo, arriba de cuatro o cinco funciones... En tono menor, y con un matiz de ironía tierna, esta mujer repetía aquí todo el repertorio de cuyo despliegue, siendo yo chico y mozuelo, me había hecho espectador muchas veces mi tío Jesús. Y, a decir verdad, éste mi nuevo descubrimiento no me procuraba mayor placer que el hecho en un comienzo, cuando se me antojó parecida aquella señora a mi tío Manolo. Viéndola así, tan lanzada, tan emballada, me preguntaba yo cómo entonces pudo ocultárseme en ella la personalidad de Jesús bajo la de Manuel. ¿Acaso —pensaba— porque en el corte redondeado de la cara se le asemejaba algo, con una apariencia sumaria, burda? O tal vez porque, al empezar nuestra entrevista, impusiera a su natural fogosidad alguna reserva, un poco de astucia

táctica, de la que ya se había desprendido por completo, para no conservar del tío Manuel sino algún destello de irónica malicia, en desventajosa pugna con el ardor ingenuo de Jesús.

Pero ahora la buena señora se quedaba callada de pronto, y me miraba como esperando: algo me había preguntado. ¡Caramba! Yo había seguido, no el curso de sus palabras, sino sus ademanes, el manoteo, las inflexiones de su voz, el temblor de la ceja, y era ese lenguaje el que había recogido —el que de veras me decía algo—; no el que, atropellado y pintoresco, brotaba a borbotones de sus labios. «¿Qué? ¡perdón! ¿Cómo decía?» le pregunté. Una chispa de simpática malignidad brilló en sus ojuelos al repetirme lo que en vano me dijera hacia un instante: Que si no quería yo contarles acerca de mi familia en España, para que nos fuésemos conociendo bien unos a otros.

Por mi parte, reproduce como contestación la pregunta de antes: «Pero ¿tan seguros están ustedes de que somos en realidad todos unos? ¿Cómo pueden estarlo?»

«Desde que te vi, hijo, no lo he dudado más —afirmó ella calurosamente, al tiempo que me apuntaba con el dedo, un dedo regordete adornado de sortijas—. ¡Desde que te vi! Imaginarás que, de no ser así, no íbamos a haberte recibido con esta confianza. Pero ¡me bastó con verte! Estaba viéndote, y el corazón me decía: “¿Qué haces que no corres a abrazarlo?” Me contuve, sin embargo; pensaba: “¿Y si a él no le gusta?” Te tenía miedo (si me había tenido miedo, era indudable que ya me lo había perdido; yo sonreía); te tenía miedo, no porque dudase, sino por ese aire tuyo, tan adusto, tan seco, tan orgulloso..., ese aire que es, por cierto, el de los Torres. Además..., ¿quieres verte retratado? ¡Aguarda!»

Y se entró muy de prisa, sin aguardar ella misma a nada, y dejándome algo irritado de su volubilidad, para regresar después de un rato de pesado silencio —los hijos, dijérase que no hubiesen existido; el joven continuaba en apariencia impassible, la rosa prendida entre los dientes, pero quizá inquieto o molesto en el fondo;

y a la muchacha aún no le había oído siquiera el metal de la voz: seguía en pie detrás del asiento vacío de su madre. Le eché un vistazo furtivo, y advertí que sus ojos estaban dirigidos hacia un punto del huertecillo donde —hasta el momento no había reparado yo en su presencia— el andrajoso mensajero que me había conducido a la casa, encorvado sobre un arriate; escarbaba la tierra con un almocafre, y me observaba desde allí. Cerca de él, un borrego pastaba, atado a un tronco... Regresó, pues, la señora sin mayor tardanza, exhibiendo en la mano un medallón con un retrato coloreado, que me entregó llena de enfática expectativa: el retrato de un hombre de mi edad y —¿para qué voy a negarlo?— algo, bastante parecido a mí: sólo que su pelo, más rubio que el mío (quizá, pienso, como lo tenía yo a los veinte años; luego se me había ido oscureciendo hasta ponerse castaño), y su mirada (lo que bien pudiera ser amaneramiento del artista), suave y lejana...

La señora esperaba, espíandome, inmóvil y alerta, con una atención de gato, segura, un poco irónica. Cuando me vio levantar la vista del retrato exclamó con triunfante aplomo: «¿Qué tal? ¿Quién es? No eres tú, no; es mi bisabuelo, Mohamed ben Yusuf, el mejor hombre de toda la familia, aquel que logró restituirle aquí, en África, la importancia que antes había tenido en Andalucía. Pues, para que lo sepas, esta nuestra casa, hoy pobre, fue un día una de las principales de Fez. Sí; aunque nos veamos tan reducidos al presente, porque con la llegada de los franceses<sup>93</sup> y con todas las desgracias anteriores hubo ocasión de que medraran sin dificultad gentes indignas, verdaderos usurpadores, la peor canalla capaz de intrigar y acomodarse sin ningún escrúpulo, mientras que...» Y así, otra vez el laberinto.

«...¿Me dirás cuál ha sido la suerte de los Torres allá?» La pregunta me sacaba de mi distracción con sobresalto. Venía envuelta en esa facundia infatigable que me tenía

<sup>93</sup> En marzo de 1912 el sultán de Marruecos, Muley Hafid, aceptó el «Protectorado francés», abdicando poco después en favor de su hermano Muley Yusef. Terminó el Protectorado en el año 1956.

mareado, y a duras penas pude recuperar, como un borrroso escrito a lápiz, las palabras cuyo son todavía tenía mi oído; había dicho, pues: «¿Y vosotros, los de Almuñécar? ¿Me dirás cuál ha sido la suerte de los Torres allá?» Delante de esa frase, una larga, confusa, embrollada explicación quedaba por completo fuera de mi alcance; pero la inflexión de la pregunta, dirigida a mí y destacada luego por el silencio expectante de que fue seguida, me sacó del ensimismamiento en que me dejara sumido el retrato que todavía estaba en mi mano, embarzosamente. Aquel retrato de una persona cuya existencia me era ignorada en absoluto hasta un momento antes, de un hombre que había muerto mucho tiempo atrás, cuando yo ni siquiera había pensado en nacer, pero que, sin embargo, ostentaba con innegable evidencia todos mis rasgos y hubiera podido pasar por un retrato mío trazado ayer mismo, tuvo por lo pronto el poder de suscitar en mí una curiosa y repentina sensación de náusea, un movimiento de las entrañas por escapar de mí mismo, huir de mi figura y encarnación<sup>94</sup>, de estas facciones mías que me tenían aburrido, y hasta de mi nombre, de esas palabras *José Torres*, que llevaba pegadas como una etiqueta y con las que, de pronto, me resultaba imposible experimentar solidaridad alguna. Eso, ¡claro está!, fue sólo cosa de un abrir y cerrar los ojos, una especie de vértigo. Me libré de él derivando hacia un recuerdo, que probablemente suscitaba una vaga asociación: se me había venido a la memoria, no sé bien cómo ni por qué, otro retrato, una fotografía de mi tío Jesús, viejo ya, con su barbita blanca y su expresión altanera, pero ridículamente disfrazado de moro, en una Alhambra de bambalinas. Nunca había podido comprender yo que un hombre serio y respetable, juez jubilado de primera instancia, incurriera en la humorada de ponerse así, vestido de mamarracho, con turbante, pantuflas y una espingarda al alcance de la mano, entre cojines

<sup>94</sup> Esta sensación de «escapar de mí mismo», se repetirá acen- tuada al final del relato; expresa el odio hacia sí mismo y hacia su propia sangre por parte del protagonista.

de raso deslucido y sobre el fondo de un ajimez de cartón, de plantarse así, tan orondo, ante el objetivo del fotógrafo; y siempre me había indignado la maldita cartulina, que él se complacía en exhibir dentro de un marco también árabe. Pues, como digo, acudió de pronto a mi memoria esa absurda fotografía que tenía olvidada hace quién sabe los años, y que ninguna semejanza mostraba con este retrato de ahora: retrato de un hombre joven, sin atuendo alguno, y donde sólo aparecía la cabeza, diseñada con sobriedad y visible preocupación por el parecido... ¿Que qué había sido de nuestra familia? Tanto fue el disgusto que me vino al recordar aquel retrato, con su histrionismo indisculpable, que esta vez no despertó en mí la compasión ni la rabia de otras veces el representarme —como en seguida me lo representé— al tío Jesús muerto, con un tiro en la nuca, junto a otros muchos cadáveres alineados en el suelo cual mercancía de feria, ante una multitud de gentes angustiadas que se afanaban por identificar en la hilera a algún familiar desaparecido, y de curiosos, los curiosos de costumbre, haciendo observaciones macabras, chistosas muchas veces, otras feroces, repulsivas siempre. Ahora, el horror de la imborrable escena se mezcló en mi ánimo con la indignación por la fotografía absurda, y la mixtura operaba como un raro estupefaciente con el efecto de poner entre paréntesis el dolor, sin suprimirlo; antes al contrario, destacándolo hasta hacerlo insopportable, pero de otra manera, no como dolor presente y activo. ¡Que qué había sido de nosotros! Arruinado estaba ya, sí, definitivamente estropeado, el humor espléndido con que yo había comenzado mi día ¡Dios me valga: que qué había sido de nosotros!

Miré el reloj, vi que eran pasadas las doce y media, y me puse en pie. «Es ya demasiado tarde —fue mi disculpa—. Eso quedará para la próxima ocasión.» «¿Es tarde? Entonces, vienes a comer con nosotros esta noche —dispuso la señora—. ¿No es cierto, hijo? —consultó a Yusuf—. Insístele para que acepte.» Hube de aceptar. Mis nuevos parientes me instaban a porfía con extremos de finura por cuyos sutiles vericuetos yo no hubiera

podido seguirles, ni siquiera en el supuesto de haber tenido la flemma de que por el momento carecía. Para poner término al azorante torneo, zanjé: «Bueno, está bien; vengo a cenar con ustedes, pero a condición de llevarme ahora a Yusuf conmigo: almorzaremos juntos, y pasaremos charlando la hora de la siesta.» Asintió la madre con una sonrisa, y el hijo se dispuso a acompañarme.

A pleno pulmón respiré, no bien me vi en la calle, toda blanca de sol. Me volví hacia mi compañero, y también me pareció que él, como si su gravedad se hubiera aliviado, adquiriendo alegría, con sólo transponer la puerta de su casa, se había convertido por arte de magia en un muchachuelo insignificante, ligero, en un chiquillo casi. Le pedí que me indicase un restaurante cómodo, y, después de haber andado cosa de un cuarto de hora o veinte minutos, nos hallamos sentados frente a frente en un amplio comedor con ciertas pretensiones, florero en cada mesa y mozos de chaqueta blanca. Habíamos elegido sitio cerca del ventanal, que daba sobre una hermosa avenida, y, mientras confiábamos tan agradablemente —el color de techo y paredes prestaba a la blancura del mantel un fresco matiz verdoso y el zumbido de los ventiladores resultaba apaciguador—, mientras nos demorábamos en el almuerzo, le estuve preguntando detalles acerca de la ciudad y de la zona, con vistas a mi negocio. Si he de decir verdad, sus informes no me sirvieron de mucho. Él estaba muy excitado por la novedad de mi convite —excitado, dentro de la contención de su actitud: el brillo de su mirada, su relativa locuacidad, era lo que podía delatar su feliz estado—, y se mostraba afectuoso más que atento para conmigo. Me bombardeó a preguntas sobre cuestiones de radio, en las que estaba muy interesado. Conocía las marcas y características, y hasta, en el curso de la conversación, me dijo haber tenido hace años el capricho de aprender radiotelefonía, consiguiendo incluso armar un pequeño receptor, que usaron en la casa durante algún tiempo, hasta que por fin se estropeó. «Todavía anda por ahí arrumbado...» Al oírle, sentí compasión de aquella pobre

gente, parientes o no, e hice propósito en mi fuero interno de regalarle un Rowner, siquiera fuese el modelo pequeño, lo que sin duda les contentaría mucho y a mí iba a costarme bien poco. Sí —resolví—, les haría ese obsequio...

Se había producido una pausa, que ya se prolongaba demasiado. Para cortarla, se me ocurrió exclamar: «¡Vaya, y qué sorpresa ha sido para mí encontrar tan remotos parientes! ¿En qué época saldrían de España vuestros antepasados? Cuando la expulsión de los moriscos, es claro. ¡Qué terrible! Tener que dejar, de la noche a la mañana, tierras, amigos, bienes, todo, e irse a buscar la vida en otro país casi con lo puesto. Muchos, según se cuenta, dejaron tesoros escondidos, con la vana intención de volver después a rescatarlos en secreto. A lo mejor, vuestros antepasados también dejaron algún tesoro enterrado», aventuré, sonriendo. Me miró él, dudoso, un instante, y confirmó luego: «Pues algo así se decía, en efecto. Pero ¡a saber! Todas las familias que vinieron pretenden haber dejado tales entierros.» «Pues yo —remaché por mi parte— lo que puedo decirte es que Andalucía, España entera, está llena a su vez de semejantes decires; es hasta una obsesión: la gente no espera sino en descubrir tesoros: *Raro sería que por acá no hubiere un tesoro oculto. Un labrador tropezó en tal sitio con una orza de oro molido, al cavar el campo. En esta casa tan requetevieja tiene que haber algún tesoro...*<sup>95</sup> Y no hay duda de que, muy de vez en cuando, un hecho positivo vendrá a alimentar esas fantasías. Yo mismo tengo noticia directa de un caso, que por cierto,

<sup>95</sup> Es conocido el hecho de que la gente siempre espera hallar tesoros enterrados. En España se supone que fueron dejados por los moros. Recordemos en el *Quijote* el encuentro de Sancho con Ricote el morisco que en efecto había dejado enterrados sus bienes y joyas: «Ahora es mi intención, Sancho, sacar el tesoro que dejé enterrado... y así, si tú, Sancho, quieres venir conmigo y ayudarme a sacarlo y a encubrirlo...» (*Don Quijote, op. cit.*, Segunda Parte, tomo VII, capítulo LIV, págs. 333-334.) En Hispanoamérica existe la misma creencia, sólo que la gente piensa que los tales tesoros fueron enterrados por los españoles durante la colonia.

le sucedió a mi abuelo —no al padre de mi padre y mis tíos, los Torres, sino a mi abuelo materno, Valenzuela, don Antonio Valenzuela, un señor a quien yo no alcancé a conocer en vida—. Y, ¿quieres saber cómo fue la cosa? Es divertido. Figúrate que bajaba un día —esto debió de ocurrir, calculo yo, a fines del siglo pasado—; bajaba, digo, por una callejuela solitaria, cuando, apretado por una necesidad, se apartó junto a una tapia, en un recodo, y allí mismo se puso en cuclillas. Mientras despachaba, estaba entretenido en desprender con el bastón los yesones del muro, hurga que te hurga, y... ¡plaf!, de repente ve que empiezan a caer sobre el polvo monedas de oro<sup>96</sup>; al comienzo, dos o tres; luego, más... El hombre se levanta, se ataca los pantalones a toda prisa, y a toda prisa empieza a meterse en el bolsillo las relucientes piezas. Con el mayor cuidado siguió explorando el paredón; ¡amigo: aquello parecía inagotable!; cuando ya no le cupieron más monedas en los diferentes bolsillos —del pantalón, de la levita, del chaleco—, tapó la grieta que había hecho en la pared, y se fue a su casa para descargarlos en una gaveta. En seguida, sin decirle a nadie nada, regresa al mismo sitio, y vuelve a llenarse todos los bolsillos, más una escarcela que a prevención había llevado. Y todavía pudo traerla repleta en un tercer viaje antes de haber vaciado el tesoro.» Yusuf me escuchaba, con gran seriedad en sus ojos brillantes. «Era un hombre raro, este abuelo mío —prosegui—. Vivía separado de su mujer, mi abuela, y de sus hijas, en un caserón destartado. Y poco después de su afortunado hallazgo, amaneció asesinado en la cama una mañana, sin que se llegara a saber nunca a quién echar la culpa. ¡Probablemente, sus propios criados! Pero nada se puso en claro. Y del oro moruno, ni rastros. Una vez

<sup>96</sup> Existen numerosas leyendas sobre la vinculación del oro y los excrementos —el tema del tesoro enterrado, encontrado, al mover el vientre. Devoto, *op. cit.*, pág. 517, lo hace notar en su estudio y nos remite al *Tripes d'or* de Crommelynck y a *Les Facetieuses nuits de Straparole*, traducidas por Louveau (1560) y Larivey (1585), (París, chez P. Jannet, 1857, 2 vols.: Bibl. Elzévirienne).

más se pudo ver ahí que la riqueza no siempre trae felicidad.»

Seguimos charlando de diferentes cosas. El joven Yusuf parecía más interesado en saber acerca del presente que de especie alguna de antiguallas; más de los Estados Unidos que de España. Me estuvo refiriendo las impresiones, esperanzas y angustias de su gente durante la pasada guerra; el gran alboroto que había causado entre ellos la conferencia de Casablanca, con el tullido Roosevelt acudiendo en vuelo desde Washington hasta el norte de África para entrevistarse con Churchill y los franceses<sup>97</sup>; me repitió cien mil historietas de soldados americanos... En fin, tras una prolongada sobremesa en el restaurante, nos fuimos a un café para, acomodados en un diván de terciopelo rojo, pasarnos la siesta.

Yusuf tuvo la discreción de no forzar nuestro diálogo durante esas horas pesadas del centro del día; estaba el café atestado de público, ese abigarrado público de los cafés marroquíes, el aire espeso de humo, las discusiones de las tertulias que los espejos hacían infinitas, el ruido de un aparato eléctrico que, una vez y otra, conforme los clientes introducían monedas, alternaba los ocho discos de su equipo vociferando las canciones de moda. A pesar del barullo, uno se sentía bien allí. Medio amodorrados —por lo menos yo, debo decirlo, estaba un poco amodorrado—, nos echábamos de vez en cuando miradas amistosas, o cambiábamos una observación trivial. El joven Yusuf inquiría de mí tal o cual detalle de éste o del otro país, cosas pueriles con frecuencia, pero que revelaban en él un anhelo irrefrenable, ansioso, por el mundo desconocido. Eso era lo propio de su edad; yo le respondía con indulgencia, y comenzaba a aburrirme. Pero ¿qué hubiera hecho, si no, en Fez, donde a nadie conocía, en aquel largo día hueco? Instalado allí, tras la segunda taza de café, y con la copa de coñac todavía por la mitad, me sentía cómodo, y estaba dispuesto a pasarme así las horas muertas, con Yusuf a mi lado.

<sup>97</sup> «La Conferencia de Casablanca» se efectuó del 14 al 24 de enero de 1943.

Viéndole junto a mí, tan dócil, deferente y aniñado, pendiente de mis labios y saboreando con fruición los sorbitos de su café, vine a acordarme de mi primo Gabrielillo y de una vez que, habiéndolo llevado su padre a Málaga, lo convidé a tomarse un sorbete en una terraza de la calle Larios. Era por entonces una criatura, él tenía como cinco o seis años menos que yo, iba todavía de pantalón corto; y recuerdo cómo me admiraba, recuerdo su atención vigilante para estar siempre a tono y no incurrir en la menor pifia, el cuidado con que pasaba el borde plano de su cucharilla por la pirámide del sorbete y se llevaba a la boca —boca infantil aún, en una cara que ya comenzaba a sombrear el bozo— la pasta de avellana helada, medio deshecha. Quise gastarle una broma, hacerle un viejo chiste, y le pregunté con jovialidad: «Vamos a ver, dime, ¿a que no sabes cuál es el colmo de un sorbete?»<sup>98</sup>. Se me quedó serio, concentrado, con la cucharilla en alto, como si el profesor de matemáticas le hubiera sorprendido en un teorema sin preparar. «No lo sé, no caigo», me confesó a poco, lleno de cómica aflicción. «¿No? ¡Caramba! Pues es que eres memo: ¡estás rascando precisamente el colmo de un sorbete, y no sabes lo que es!» Se puso colorado hasta las orejas; casi se le saltan las lágrimas de mortificación. «Anda, hombre, Gabrielillo, cómete el colmo de tu sorbete», me reí, palmeándole la desnuda rodilla... Creo que, sin querer, le amargué con esa tontería el convite. ¡Pobre muchacho! ¡Pobre criatura!

«Te voy a contar la triste suerte de uno de mis primos, Gabriel Torres, de quien me estoy acordando ahora —dije a Yusuf, después de haber dado un par de chupadas seguidas a mi cigarro. Hice una pausa, apuré el fondo de mi copita, y comencé—: Este muchacho, ¿sabes?, sucumbió muy joven durante la guerra civil; la obcecación insensata de su padre le perdió, llevándolo

<sup>98</sup> «Los colmos» fue una de las bogas chistosas que corrío por España y por el mundo en los años a que se refiere la narración: —¿A que no sabes cuál es el colmo de un ciego?: (—Llamarse Casimiro y vivir en Buenavista)... el colmo de un calvo, de un cojo, etcétera.

a la muerte. Debo decirte que al padre, mi tío Manuel, siempre le dio por hacer el energúmeno; cuando la República, andaba todo esponjado y, paso a paso, fue extremando —pura verborrea, desde luego— las actitudes destempladas de un anticleralismo *demodé*. Tanto, que nosotros resolvimos a lo último cortar el trato con él: cada conversación era una trifulca, por causa de esas bobadas. Y no es que fuera malo: exaltado, sí; pero toda la fuerza se le iba por la boca. ¡Ay, cuántos daños no ocasiona en el mundo el hablar demasiado! Naturalmente, el chico repetía los temas del padre; y como los pocos años quieren llevar en seguida los dichos a vías de hecho, se apuntó —creo que sin que lo supieran en su casa; desde luego la madre no lo sabía—, se inscribió, en las Juventudes Socialistas<sup>99</sup> poco antes de que estallara el jaleo. Qué hubiera hecho, si por casualidad le hubiese tocado estar en zona roja, como me tocó a mí, lo ignoro: barbaridades, supongo. Pero como ellos vivían en Granada, y Granada quedó desde el comienzo en poder de las fuerzas nacionalistas, el chico fue a parar en seguida a la cárcel. Pues ¡fíjate su mala suerte!: lo normal hubiera sido que, después de cierto tiempo, lo incorporasen al ejército y, en algún regimiento de castigo, lo enviasen al frente, como fue el caso de tantos y tantos otros muchachos detenidos con él: aquélla era una prisión especial para menores, donde ninguno pasaba de los dieciocho años. Eso hubiera sido lo normal. Sin embargo, no ocurrió así. Mira lo que ocurrió: cierta mañana, un soldado de la guardia encuentra que alguien se ha entretenido en dibujar sobre el forro de su tabardo la hoz y el martillo; y, ¡claro está!, acude en seguida a denunciar el hecho: nadie va a exponerse a llevar tales huellas en la ropa; en esas cosas, callar es ya declararse cómplice. Entonces, realizadas las oportunas averiguaciones, se dio por sentado que el autor de la gracieta no podía haber sido sino uno de los veintitrés presos del calabozo donde estaba detenido mi primo Gabriel. Interrogados uno por uno, negaron todos ellos saber nada

<sup>99</sup> Sección Juvenil del Partido Socialista Obrero Español.

del asunto: ¿quién va a acusarse, por más que le aprieten de una cosa así? Pero tampoco era posible dejarlo pasar: se dispuso que cada uno de ellos recibiera una paliza diaria hasta aparecer el culpable. Y según se ordenó, así comenzó a cumplirse. Cuando, todas las mañanas, tras la correspondiente ración de vergajazos, volvían a reunirse en el calabozo, sangrando por las narices, por los oídos, por la boca, con el cuerpo molido, deliberaban entre sí los presos, exhortándose unos a otros a confesar quién había sido el autor de aquella broma que tan cara estaba costándoles a todos. Habían pasado ocho, diez, quince días, estaban en el límite de sus fuerzas, lisiado ya alguno, otros con vómitos de sangre, y comprendían que eso no iba a cesar hasta que el culpable se declarase. Pero el culpable seguía sin rechistar. ¡El miedo, se comprende! O quizá es que, en efecto, no había sido ninguno de ellos, ¿quién sabe?; acaso otro soldado en el cuerpo de guardia; acaso (¿por qué no? ¡malevolencia!, ¡simple estupidez!) el propio denunciante... A la desesperada, hasta acusaron a éste un día. Pero no les valió la tretá, era tarde, la guardia había cambiado varias veces, no quedaban trazas del soldado en cuestión, nadie sabía nada, y lo único que permanecía en pie era la orden de apalearlos cada mañana hasta averiguar cuál de ellos era el culpable. Ellos, por su parte, habían llegado al convencimiento de que no pertenecía al grupo el autor del maldito dibujo; y como era mejor que muriese uno cualquiera, aun inocente, que la continuación de aquellas palizas hasta acabar con todos, resolvieron echar suertes, y así, quien el azar señalara, ése se declararía culpable. Hicieron el sorteo y ¿podrás creer que le tocó a Gabrielillo, mi primo? A la madrugada siguiente, cuando entraron, como de costumbre, a preguntarles quién había pintado la hoz y el martillo en el tabardo del soldado, Gabriel dijo: *Fui yo quien lo pintó*. Le sacaron, pues, y lo fusilaron en el patio, mientras sus aliviados compañeros se quedaban llorando. ¡Qué mala suerte tuvo el pobre chico!»

«¿Y su familia?», me preguntó después de un breve silencio el joven Yusuf con indiferencia afectada.

«Su madre sí que tuvo suerte: murió sin alcanzar a enterarse. En cuanto a su padre y sus dos hermanas mayores, consiguieron, mediante no sé bien qué trapicheos o sobornos, salir de España y pasar a América poco después de acabada la guerra, sin que yo haya vuelto a tener más noticias suyas. Quizá les vaya bien, si es que viven. Supongo que al bueno de mi tío Manuel se le quitarían las ganas de hacer el energúmeno. Tampoco él, por su parte, dejó de catar por entonces las delicias de la prisión... Pero, dime, ¿y si nos fuésemos ya de aquí?»

La atmósfera se había puesto irrespirable dentro del café, y el ruido resultaba abrumador: no se podía aguantar más. Propuse a Yusuf que saliéramos a dar una vuelta por la ciudad, puesto que parecía haberse pasado el bochorno de la primera tarde, y así lo hicimos. Recorrimos el centro sin prisas, tomamos unos helados, consultamos la cartelera de un cine sin animarnos a entrar, y a la postre, mi acompañante sugirió lo que menos hubiera podido esperarme yo, y lo que al principio no entendía: que fuésemos a visitar el cementerio moro. «Carnero»<sup>100</sup>, me pareció que le llamaba al cementerio. ¡Vaya una idea, y qué extravagante cicerone! Pensé, con todo, que algo habría que admirar allí, o que el paseo hasta llegar sería pintoresco. Preguntéle si estaba muy lejos; y antes de que me hubiera contestado, accedí: «Bueno, vamos allá.» Tomamos un tranvía, y allá nos fuimos, sin otra conversación que las breves indicaciones topográficas en que Yusuf era puntual y no enfadoso.

Llegamos, y como nada digno de curiosidad hallé ante mis ojos, concluí que el propósito de su iniciativa no había sido otro que mostrarme piadosamente las tumbas de sus familiares difuntos, empezando por la de su propio padre, Muley ben Yusuf. Nos pusimos a discurrir con apacible indolencia por los paseos, y, de vez en

<sup>100</sup> El diccionario nos remite al latín *carnarium*, lugar donde se echan los cadáveres. En la Antigüedad se dio el nombre de carnero al sepulcro de familia que solía haber en algunas iglesias. (Devoto, *op. cit.*, págs. 520-521, nos da amplia información sobre los autores que han empleado el vocablo en sentido de sepultura o lugar donde se depositaban los cadáveres.)

cuando, como si la casualidad nos hubiese llevado al lugar, se detenía —y yo a su lado—, me leía el texto de una lápida donde el nombre de Torres salía a relucir entre ditirambos, me explicaba alguna circunstancia del correspondiente sujeto, y pasábamos adelante. Se comprenderá que yo me aburriera a conciencia. El modo como él recitaba su informe no era tampoco muy estimulante; y daba la impresión de que él mismo se aburría, como puede ocurrirle al empleado de un museo que repite su monserga pensando en otra cosa.

Yo prestaba poco oído a sus palabras, distraído en la belleza del paisaje, que por momentos se envolvía en la púrpura de una soberbia puesta de sol. Contemplando desde aquella altura solitaria el encendido horizonte, se me ocurrió de pronto: «¿Y tu plegaria? ¿No rezáis, vosotros los mahometanos, al poniente?» Se lo dije medio divertido, medio malévolo, y me quedé a la espera: «Debería rezar, sí. Debería hacerlo», fue su respuesta. Estaba serio. Luego, paseó su vista, llena de melancolía, por el celaje rosa y dorado, y continuó su paseo por entre las sepulturas. Yo le seguí en silencio.

Al cabo de un buen trecho se volvió a hablarme: «Ahí, en esta tumba —dijo, y su dedo señalaba al suelo— yace Torres *el evadido*, llamado también *el del ángel*. Mejor dicho: sólo su cuerpo está enterrado ahí, quiero decir: tronco, brazos y piernas; pues su cabeza fue expuesta en un garfio, donde debía permanecer para escarmiento durante un mes»<sup>101</sup>.

«Es una tumba antigua ya», observé, interrogante.

«Mas de un siglo tiene; cerca de siglo y medio; es de la época del rey Abdelahmed. Él fue quien lo mandó degollar y, según parece, no tan sin motivo. Este mi antepasado debió ser un hombre por demás travieso. A propósito suyo corren, o corrieron, muchas anécdotas, alguna leyenda.» Sonrió Yusuf. «Sin duda, le ocasionó al rey inquietudes y trastornos en relación con las mujeres de su casa. Era fama que le había favorecido Alá

<sup>101</sup> Este pequeño episodio de la cabeza cortada hace juego con el posible sentido simbólico del título.

con dotes descomunales, tanto que de ahí le venía otro apodo, bastante indecente, por el que era conocido en todo Fez, y que llegó a atraerle la curiosidad hasta de la misma sultana. Ignoro si alcanzaría a satisfacerla; se cuentan salacidades; el hecho es que fue a parar a una mazmorra. Y aquí interviene la leyenda: dicen que, un buen día, cuando llevaba ya más de un año preso, vino un ángel a sacarlo del sueño y, con una señal de silencio, le mandó seguirle por galerías y cancelas, sin que nadie se opusiera a su paso. Por la mañana, los guardianes sólo hallaron en la mazmorra el cántaro de agua medio vacío: las cerraduras estaban intactas... Pero no faltan quienes, desmintiendo la leyenda digan que si pudo abrirlas, fue precisamente con la misma llave poderosa que le había servido para forzar el serrallo del rey.» Yusuf hablaba ahora con animación, visiblemente divertido, y yo me complacía en observarlo. De pronto, cambió su fisonomía, y agregó, ahora ya en otro tono de voz: «Mi madre, por supuesto, sostiene que todo eso son patrañas, y que *el evadido* sufrió su cruel castigo como promotor de una conspiración contra el usurpador Abdelahmed y a favor de su sobrino, el expoliado rey Abdalá, conspiración en la que también tomaron parte algunos cautivos cristianos.»

Esto fue, poco más o menos, lo que el joven me contó; o más bien, la traducción que hace mi memoria de lo que me dijo. Sus palabras mismas, no podría recordarlas: animado y alegre, me había hablado ahora y sin ningún estudio, y esa confianza hizo pintoresca en extremo su habla.

«Pero la historia de la evasión...», le pregunté yo entonces. «Es muy cierta: escapó de la prisión, con ángel o sin él, huyó a lo más escarpado del Rif y, refugiado en las cabilas, hizo entre ellas campaña de agitación, preparando una revuelta que había de estallar para el Ramadán<sup>102</sup>. Mas hubo traiciones y, al final de cuentas, *el evadido* tuvo que regresar a Fez y volver a entrar en la ciudad sobre un borrico, atadas las manos a la espalda.

<sup>102</sup> El Ramadán es el noveno mes del año lunar de los mahometanos, quienes durante sus treinta días observan riguroso ayuno.

Dos días más tarde, su cabeza estaba colgada en lo alto de un poste, en el mercado.»

Seguimos paseando, ya en dirección a la salida. «Yusuf, la tumba de ese abuelo o bisabuelo tuyo que tanto se parece a mí, el del retrato, ¿dónde está? —quise saber— No me la has mostrado.» «Ése no está enterrado aquí», fue su única respuesta.

Volvimos a la casa cuando ya oscurecía; entramos —estaba entornado el portillo— y, en el vestíbulo, al pie de la escalera, se detuvo Yusuf para preguntarme, con voz que resonaba en la oquedad de aquel silencio, cuáles eran las horas de yantar en España. Creo que la súbita curiosidad respondía al propósito de anunciar nuestra llegada sin que nadie tuviera que darse por enterado de ella. Entré de buena gana en el juego, y le di, en voz alta, prolijos informes, mientras que, recostado contra la mesa, me entretenía en aplastar con la yema del dedo el amarillo polen que las azucenas habían dejado caer sobre la tabla, acá y allá, junto al jarro de greda que alimentaba su desmayo.

«Ahí, en el jardín, aguardaremos con más comodidad la cena.» Yusuf me tomó de la mano; pasamos al huerto; ya la noche había caído; ya azuleaba la encalada pared; las flores medio ocultaban su presencia, viviendo en lo oscuro, pero no tan calladas como los pájaros. Fuimos a sentarnos bajo la parra, en el mismo sitio de la mañana; nos miramos; pensé que mis ojos estarían brillando como brillaban los de él sobre la cara mate, apagada y borrosa. Dije que allí se estaba muy a gusto; que una casa, un huerto así, con sus frutales y sus rosas, y algunos macizos de lechugas, de chícharos, era todo cuanto podía ambicionarse para llevar una vida tranquila, con la posible felicidad; que —¡podía él creerlo!— me daba mi poquito de envidia. Él asintió, haciéndome observar, sin embargo, con entera razón, que todo eso estaba muy bien, y que sería acaso deseable para quien se retira del mundo con un buen botín de recuerdos, cansado de mucho vivir; pero que le daba risa pensar que yo pudiera

envidiarle su suerte —¿por qué no hacíamos trueque?—, precisamente yo, harto de correr mundo.

Por encima de nuestra charla, sentíamos el movimiento de la casa, donde se hacían preparativos en mi honor. Yusuf estaba sentado de espaldas a la puerta, pero yo, desde mi sitio, podía ver de medio lado, sin necesidad de volverme, la ventana enrejada de abajo y, en el piso de arriba, otra más chica entre cuyo hueco y la luz se interponía alguien de vez en cuando. También llegaban hasta mí, con los ruidos de la cocina, retazos de diálogo en árabe, que, ¡ni que decir tiene!, no entendía. Se afanaban por agasajarme; eso era todo.

Al fin, comparció en el patio *mi tía*, seguida por su hija, y me tomó del brazo, estrechándolo con cariño sobre su pecho, como si ese brazo hubiera sido para ella una criatura pequeña, digna de cuidadoso amor. «¡Ya estás aquí —dijo—. ¡Ea, vamos a comer, que es hora!»

Subimos entonces a la sala de por la mañana, donde encontré, esperándonos sobre la baja mesita, el asado cuyo olor se había adelantado ya, desde la escalera, hasta mis narices. Era un cordero, hecho piezas y servido en una gran bandeja de metal, redonda y labrada, donde los enormes trozos de carne alternaban con montículos de arroz blanco. En el centro de la bandeja yacía, hendida por en medio, la cabeza del animal.

Yusuf me invitó a elegir sitio, y se acomodó en seguida él mismo frente a mí. Las dos mujeres se habían quedado en pie, a ambos lados, y yo no sabía cómo proceder ni qué decir. Me levanté de nuevo, precipitado y obsequioso, pero inmediatamente recordé que las costumbres mahometanas excluyen a las mujeres; ¿hasta qué punto?, eso no lo sabía. Advertí, con todo, que mis huéspedes no estaban menos azorados; que vacilaban con rubor y se reían nerviosamente. Yo ignoraba las costumbres de aquella gente, sus ceremonias; pero me daba cuenta de que estaban dispuestos a prescindir de ellas para que todo discurriera del modo que más normal pudiese parecerme a mí; también me daba cuenta de que no acertaban. Balbucí por último: «Pero ustedes, las señoras... Ya sé que no acostumbbran... Sin embargo...» «Sí, hijo

—se apresuró a decir la madre—. Contigo como invitado, nos hemos de sentar a la mesa. Sólo que nosotras debemos servir, y será inevitable levantarnos algún momentico... Siéntate, Miriam», ordenó, a la vez que se instalaba en un taburete a mi derecha, agregando todavía algunas recomendaciones en árabe a la sumisa muchacha, que obedeció con la vista recogida.

¡Bueno, ya estábamos sentados alrededor del cordero! Cogí el tenedor y el cuchillo que me ofrecían, y me dispuse a trinchar el pedazo de carne más próximo. Me costaba trabajo, la mesita era demasiado baja, y también lo era el asiento: hundido en él, los codos me tropezaban con las rodillas. Además, yo no tenía ganas: era temprano, el cordero estaba ya frío, se había solidificado la grasa en espesos pegotes sobre la fuente, y, a decir verdad, los tendones, los tejidos amarillentos, la piel reseca, no hacían demasiado apetitosa aquella masa negruzca de carne. A mí se me resistía, a decir verdad. Y era sobre todo la cabeza, ahí en el centro de la fuente, con el hueco del ojo vaciado y la risa de los descarnados dientes, lo que más me quitaba el apetito. Pero ¿cómo rehusar el convite? Me ayudaría —pensé— con el arroz blanco, por más que, según pude comprobar apenas me llevé un poco a la boca, estaba todo impregnado de la misma grasa. Haciendo de tripas corazón, y demprándome cuanto podía en cada bocado, me atuve al deber de no desairarles el festín, mientras ellos, por su parte, se aplicaban al cordero con un placer que no admitía disimulo, y del que yo pude aprovecharme a mi manera; pues, atentos como estaban a su obra, absortos y callados, cabía esperar que no reparasen en mi displicencia a poco que yo procurase no hacerla contrastar demasiado con su fruición.

«¿Te ha llevado Yusuf a visitar nuestro cementerio?», preguntó la señora después de unos minutos, a tiempo que me echaba una mirada rápida por encima de su presa de carne. «Sí —le respondí—; me ha llevado, y me ha mostrado las tumbas de la familia, y me ha explicado bien quién era cada uno.» Ella tuvo una sonrisa satisfecha.

Pasado otro rato, me pidió que yo les hablara a mi vez de la parentela, «de la rama de la familia Torres que se quedó en España» y, en especial, que les dijera quiénes eran los que actualmente representaban a nuestra estirpe. «Es difícil —observé—. Tendría que írselos presentando uno por uno, como en las novelas; pero yo no tengo ninguna habilidad de narrador y, por lo demás, falta el argumento; de modo que más bien haré una enumeración, como se hace en las piezas de teatro impresas con las *dramatis personae*, aunque, igual que en ellas, esto sirva de muy poco.» Me fastidiaba eso; pero, no obstante, era el único recurso que se me ofrecía para distraerse de la comida: con tal de llevarme a la boca de vez en cuando un trocito bien limpio de aquella carne horrible, mientras hablaba, estaba cumplido. Por lo menos, las preguntas inagotables de la buena mujer me ayudaban mucho. «Anda, empieza por ti mismo. Cuéntanos. ¿Vive tu padre? ¿Tienes hermanos? ¿Cuántos sois?»

«Ni mi padre vive ya, ni tengo hermanos. Yo fui hijo único, y apenas si recuerdo a mi padre: murió siendo yo todavía chiquito. Mis recuerdos de hogar se refieren todos a mi madre; pero mi madre no ofrece interés para ustedes, pues es otra familia...» —comencé por informarles. En seguida les conté que mi padre había sido el segundo de tres hermanos, mi tío Jesús, él y mi tío Manolo; que el tío Jesús, el primogénito, juez de carrera, se había casado y había tenido dos hijos, varones, y que murió asesinado en Málaga, durante la guerra civil, en ocasión de que esos hijos, que aún viven, se habían pasado al otro bando para luchar como voluntarios en el ejército; y que Manolo, mi otro tío, médico él, había sido padre de dos hijas y un hijo, «aquel Gabrielillo de tan mala suerte, que tú ya sabes», puntualicé, dirigiéndome a Yusuf. «Mi tío Manuel, ya viudo; vive con sus dos hijas en Colombia, creo, o en Venezuela.» Todavía añadí precisiones diversas, alguna anécdota, detalles más o menos pintorescos y exagerados, buenos para caracterizar a uno u otro personaje, todo con el propósito de distraerme de la comida y pasarla por alto, al tiempo que ponía un afectado descuido en limpiar con escru-

pulosa prolijidad cada bocado de carne que me llevaba a la boca. (En resumidas cuentas, me encontré al final habiendo podido pasar así un mediano trozo de asado.) Mientras tanto, la señora escuchaba, atentísima, mis palabras: hablaba yo, y ella se me quedaba fija en una actitud de pájaro, con la cabeza ladeada y el ojo inmóvil; parecía no perder una tilde —pero luego lo mezclaba todo, y el rasgo que yo había referido de uno se lo colgaba a otro, pidiéndome aclaraciones incongruentes que sólo demostraban no haber entendido, acaso, una dilatada y paciente explicación mía.

Eso fue lo que ocurrió una vez más —tras de otras varias equivocaciones que yo deshice— cuando me preguntó cómo a un hombre tan gentil —y se refería a tío Manolo, algunas de cuyas gracias pretéritas le acababa de relatar yo—, cómo a un hombre así había habido quien tuviera entrañas para asesinarlo. A él no lo habían asesinado —aunque tampoco faltó mucho—; estaba confundida. Pero ¿qué tenían que ver con eso las añejas historietas donde él, aún joven, de estudiante, y hasta casado ya, aparecía tramando alguna broma —como aquella, célebre, del gitano arrepentido— a costa de su hermano mayor, Jesús, cuya seriedad no le permitía entender semejantes travesuras, ni transigir con ellas? Sí, Manolo era, había sido en su tiempo, hombre alegre, jaranero, aunque por otro lado, por el lado de la intemperancia, también lo suyo, según bien pudo verse más tarde, cuando empezó a enseñar la oreja: ingenioso (un poco irritante, a fuerza de ingenioso) y de buen corazón —*gentil*, como había dicho aquella señora—, no podía negarse que lo era, y ¡quién sabe si esas cualidades no le valieron para salvar el pellejo en medio de tanto peligro!; pues no resultaba pequeña empresa el salir, primero, de la cárcel, y luego, del país. Pero aquella señora lo confundía ahora con mi tío Jesús, cuya espantosa suerte yo le había contado también, aunque de pasada, un momento antes. «No fue él quien murió asesinado, sino su hermano mayor», tuve que aclararle.

De repente, me sentí cansado, y bajé la vista. ¡Muy cansado, de repente! Hubo un silencio: al alzar de nuevo

los ojos y volverlos, no sé por qué, a mi izquierda, sorprendí puestos en mí los de Miriam, la muchacha en quien apenas si había tenido ocasión de reparar hasta entonces. Huyó en seguida su mirada a refugiarse en el regazo; pero su cara no podía huir: allí permanecía, con los labios gordezuelos brillantes de pringue. Miré luego a Yusuf que, recostado, me contemplaba con quieta, leve curiosidad, tal vez con tedio, balanceando en la punta del pie su babucha color tabaco. Incansable, se aprestaba a la madre a insistir en sus preguntas; pero él, más discreto, le dio a entender, instándome por mera fórmula a tomar otro pedazo, que era hora de retirar de la mesa los restos del cordero. Se levantaron las dos mujeres, sacaron la bandeja y, al cabo de poco, regresaron trayendo otra, donde se veían, alrededor de un tarro de mermelada, diversos pastelillos y dulces. Un gran vaso de limonada se adelantó también a mi deseo, y, ayudado por el turbio y helado líquido, me dispuse a lastrar con aquellos postres mi estragado estómago. Probé, pues, la mermelada, y elogí su gusto. ¿De qué era? Me contestaron que de rosas. «¿De rosas? —inquirí, extrañado—. ¿Cómo de rosas?» «De rosas, sí; yo misma la he hecho», informó, sonriente, la señora. Y, enterada de que jamás había probado yo, ni sospechado siquiera, semejante especie —«tan poética», dije— de mermelada, se detuvo en ponerme al corriente de los secretos de confección; cómo se hacía con pétalos de rosas frescas, puestos a macerar, y que si tal, y que si cual... En cuanto a su sabor, sabía bien, ni mejor ni peor que otro dulce cualquiera; ni especialmente aromática me pareció.

Llegó por último el café, un buen café, aunque servido en jcaras demasiado pequeñas; lo bebí de un sorbo, lo celebré, y obtuve otra jicarilla... Después de un rato prudencial —el mínimo indispensable, pues estaba rendido— me despedí alegando que al día siguiente madrugaría para trabajar de firme; y Yusuf Torres, tras haberme porfiado en vano que prolongara mi visita, llamó desde arriba al criado para que me acompañara a mi alojamiento. Nos despedimos con reverencias y abrazos, y

hecho el postrer saludo junto a la puerta de la calle, seguí en silencio a mi guía: yo no tenía ganas de hablar; me limité a seguirlo por las callejas, mientras observaba —viendo ante mí su figura, que tan pronto se hundía en la sombra de las casas, tan pronto volvía a surgir, con movimientos leves, ágiles, casi como si bailara a la luz de la luna—, observé, digo, no sin alguna sorpresa, que no era, según me había parecido aquella misma mañana, y ello quizá a causa de su aspecto miserable, un hombre de edad, sino un joven y bastante joven por cierto. Le di una propina en la puerta del hotel, y desapareció en un salto, diciéndome algo que un momento después identifiqué como un *Merçi, sieur*.

Quizá por haber tomado mucho café, quizá porque la noche antes había dormido a pierna suelta, sin hacer luego, en todo el día, nada que pudiera cansarme, el hecho es que aquella noche me desvelé, cosa que hacía tiempo no me ocurría. Me había metido en la cama con intenciones de madrugar; pero hete aquí que en mitad de la noche, ¡zas!, me despierto sin sueño. Miro al reloj: las tres y veinticinco. Quiero volverme a dormir, y ya no lo consigo. ¡De ningún modo! ¡Nada: imposible! Cuando renuncié a mis esfuerzos, lo que acudió a mí en lugar del anhelado sueño fue, ¡claro está!, esa curiosa aventura de mi parentela mora, la sorpresa que, sin que yo hubiera podido ni imaginarlo, me estaba aguardando ahí, en aquella ciudad de Fez, desde...; ¡bueno: desde hacía siglos!, y que ahora me permitiría aumentar con una anécdota nada vulgar mi repertorio. Me figuraba ya la curiosidad incrédula de fulanita, el comentario de don mengano, cuya mordacidad sabía sacar partido de la menor cosa, y, sobre todo, me veía a mí mismo, con un vaso de *whisky* en la mano, dentro de un grupo de amigos, contando el episodio de la manera más sugestiva, más amena: casi oía mis propias frases. En un momento lo vivido por mí —por mí, y por ellos, por esta buena gente— a lo largo de la anterior jornada, un día entero

de nuestras existencias, se había reducido a la fútil materia de una anécdota.

Pero, a pesar de todo, la aventura en su conjunto no se me aparecía ahora, al repasarla en mi desvelo, con aquel divertido y risueño cariz que trajera cuando se me presentó, ni reproducía la excitación alegre de aquel entonces: muy al contrario. Es de admirar cómo el insomnio cambia todas las cosas, tornando lo blanco en negro: con el silencio de la noche, lo que había sido en la realidad un acontecimiento superficial, bueno a lo sumo para llenar el ocio de un domingo en una ciudad desconocida, se teñía de seriedad, adquiría un aire... sí, melancólico y hasta temeroso, se apoderaba de uno embargándole el ánimo y —lejos ya toda burla, toda ironía, lejos incluso la ternura en que por instantes desembocara mi actitud inicial— pesaba sobre el corazón como una responsabilidad nueva, inesperada y, por ello, más grave, insufrible casi.

Uno tras otro, más sin orden, confusos, repetidos, los detalles de nuestras conversaciones venían a fatigar mi vigilia, y de modo tal que, cuando no lo deformaba alguna ampliación grotesca, era suficiente la agria luz que ahora los iluminaba para convertir en detestable el recuerdo de aquello mismo que había sido amable, curioso o francamente cómico. Ahí estaba, por ejemplo, el risueño incidente, si tal puede llamarsele, de la mermelada de rosas: «Yo misma la he preparado con mis propias manos.» Pues bien, a pesar de ser su aspecto, según podía yo recordar cuantas veces se me antojara, el de una jalea diáfana, color carmín, bastante agradable a la vista, fijaba en el frasco los ojos de mi imaginación y, después de un rato, comenzaba a descubrir ahí pétalos macilentos, negruzcos, y entre ellos —lo que me resultaba por demás repugnante— una uña, del mismo color brillante, pero cuya consistencia le impedía disimularse por completo en la masa de viscosa gelatina. ¿Absurdo, no? Mas, sin poderlo evitar, la boca se me llenó de saliva por efecto de la imaginaria asquerosidad; me incorporé y, no queriendo levantarme, tuve que escupir en el suelo, junto a la cama... Sí, en el desvelo aun las cosas más triviales

adquirían una especial malignidad que las hacía odiosas.

Ninguna me torturó tanto, sin embargo, como la cuestión del retrato de *mi tía* (le llamaba *mi tía*; no hubiera sabido, si no, cómo pensar en ella), el retrato digo que mi tía me había mostrado para que viese reproducida mi propia fisonomía en la de otro hombre, muerto desde mucho tiempo atrás. Lo había mirado y remirado entonces: y, no obstante, al evocarlo ahora, acudía a mi memoria medio desvanecido: sólo el arco de las cejas conservaba en el recuerdo un diseño nítido, sobre la triste mirada del joven Yusuf Torres brillando en la palidez de una cara borrosa, cuyos rasgos se perdían como si una mancha de agua caída en la pintura hubiera fundido los colores y corrompido las líneas. Mi tía me lo plantaba delante, y se burlaba de mí con una risa mala: «¿Quién es éste? Eres tú, y no lo eres; eres tú, después de que hayas muerto.» La sentía decir eso, que nunca me había dicho; que yo sabía a ciencia cierta no me había dicho. Pero —de pronto— lo que me estaba metiendo por los hocicos no era ya el retrato de su antepasado, sino la foto del difunto tío Jesús, vestido de mamarracho, en el ajimez de cartón. ¡Dichosa fotografía! Por si el rancio sabor que me traía al paladar fuese poco, parecía deber suscitar siempre, ignoro por qué infalible mecanismo, el cuadro espantoso de mi tío muerto, allí tirado en aquel desmonte, junto a otras muchas víctimas, para que la chusma se solazara en hacer comentarios, y hasta en darle con el pie. Y yo, ahí delante, fingiendo indiferencia, como un curioso más... En vano procuraba apartar de mí esa visión; en vano, para escaparme de la escena, dirigía el pensamiento hacia otra cosa cualquiera, hacia mis preocupaciones actuales, mi negocio, mis planes de organización comercial y de campaña publicitaria; fuera lo que fuese, no tardaba mucho en retornar: derivaba hasta mis parientes marroquíes, recién estrenados; salía en seguida a relucir el viejo retrato «que hubiera podido ser mío»; detrás de él, la fotografía de mi tío Jesús disfrazado de moro, y por último, indefectiblemente, el desmonte maldito, mi tío asesinado, y yo parado ante su cadáver, disimulando

conocerlo y reprochándole, en medio de mi aflicción, la imprudencia de su carácter, aquella su manera de ser que lo tenía que destinar al poco lucido papel de víctima.

¡Ay! ¿Por qué será que, durante la noche, cuando uno está desvelado, todo cuanto se le viene a las mientes toma ese aire tan pesado y angustioso? En pleno día, tantas veces como algún azar me traía a la memoria aquellos tristes sucesos de Málaga —y, por suerte, eran ya pocas; conforme pasaban los años, la cosa ocurría más de tarde en tarde, y con una pena atenuada, por misericordia del tiempo, que, según suele decirse, todo lo mitiga, o porque la sensibilidad se embota igual que una carne demasiado tocada por el cauterio—; cuantas veces me acordaba todavía de ello en pleno día, era capaz de hacerle frente al recuerdo, examinar con frialdad mi propia conducta y sentirme tranquilo, justificado. Y cualquiera que lo juzgue sin apasionamiento deberá, en efecto, reconocer que mi proceder durante ese turbio periodo fue razonable: el único sensato, en definitiva. Pues ¿qué podía haber hecho yo? Aumentar en una unidad —una unidad, para el mundo, que para mí esa unidad lo era todo, era ella el mundo entero, era yo mismo, José Torres (¿cuántos individuos con mi mismo nombre, José, y mi apellido mismo, Torres, cuántos otros José Torres no habría habido entre los asesinatos de una y otra parte?)—, aumentar con un uno insignificante la cifra de las víctimas, sin beneficio para nadie: eso es todo lo que yo hubiera podido hacer. ¿De qué les hubiera servido a mi pobre tío Jesús, una vez muerto, que yo me señalara reconociéndolo, haciendo gestiones para recoger el cuerpo y enterrarlo? De nada le hubiera servido a él, y en cambio a mí hubiera podido comprometerme. No digamos si, dejándome llevar de los impulsos que ya casi me ciegan, a aquel sujeto inmundo que, al lado mío, se aplicaba por chiste a hurgarle la barba con la punta del zapato, le caigo encima y... Mas ¿para qué? En semejantes circunstancias, la menor imprudencia bastaba. ¡A saber por qué tontería no habría sido detenido el pobre tío Jesús!: ¡alguna de sus baladronadas, seguramente! Él no era hombre de aguantarse el genio; un

infeliz en el fondo, pero ¡fantasioso, el pobre!..., ¡fantasmón!... Ya sé que eso es mera cuestión de carácter, y que él no tenía la culpa de ser como Dios lo había hecho; pero ¿la tenía yo, acaso? Dio lugar con cualquier majadería a que lo detuvieran, y, ¡eso sí!, entonces va y se acuerda de mí para mandarme recado; entonces, era yo, yo que tantos equilibrios había tenido que hacer para salir adelante, quien debía dar la cara y buscarle avales y poner remedio a sus sandeces, y jugarme por él, mientras que sus dos hijos, dejándolo entregado a sí mismo, lo pasaban tan ricamente del otro lado para terminar la guerra, como la terminaron, de jefes del ejército. Demasiado cómodo era venir luego a hacerme cargos, y hasta insinuar los muy canallas con sus reticencias si acaso yo mismo no lo habría denunciado para que lo liquidaran. ¡Canallas!... Hice lo que pude: le recomendé, al pobre viejo, por la misma vía que me llegara su recado, calma y silencio, silencio por encima de todo, y en ningún caso referirse a mí; pues su incontinencia verbal sólo podía contribuir a perjudicarlo, perjudicándome a mí de paso. Mi posición no era tan firme, en tales momentos no había posición que fuera firme; cada cual tenía que afanarse por salvar el cuero, lo que no era ya chica tarea. ¿Puede reprochárseme que yo me agachara, en espera de que el temporal hubiese pasado? Salvé el cuero, y salvé además cuanto fue posible de los intereses de la Compañía. ¿Qué más se me podía exigir? De perlas le vino al gerente de la firma el que yo, su jefe de movimiento y expedición, apareciera de la noche a la mañana dirigiendo el comité obrero que se incautó de la casa; y todavía me da risa acordarme del inglés, la cara que ponía, con unos ojos como huevos, al verme hecho un *responsable*<sup>103</sup> obrero, nada menos que todo un señor anarquista, con carnet sindical en el bolsillo y pistola al cinto, mandoneando a mi gusto, y tratándole con insolencia delante de los demás. Palpaba con sus

<sup>103</sup> Las empresas incautadas, y en general todos los establecimientos de la zona republicana, fueron puestos bajo la autoridad de los llamados *responsables*.

manos el muy bobo que con aquella farsa le estaba preservando, en lo que cabe, los intereses de la empresa, y no terminaba de entenderlo. Claro que no había mucho a preservar: una firma exportadora —y, más aún, extranjera— poco podía sufrir, aparte del quebranto producido por la paralización de los negocios (que luego compensaría con creces). Los locales, incautados; pero ¡como no los iban a arrancar del suelo!... Incluso se recuperaron los almacenes mejorados con las reformas que en ellos habían hecho para acondicionarlos como depósito de guerra. Las mercancías que teníamos almacenadas al comenzar la guerra, volaron, por supuesto; los vinos y licores finos se bebían como agua. Y además, hubo que seguir pagando los sueldos a todo el mundo... Resultado: que tuve habilidad; habilidad y —¿por qué negarlo?— bastante suerte. Si en vez de ser una casa exportadora cuyo personal estaba formado en su mayoría por oficinistas, se hubiera tratado de alguna industria, difícilillo me habría resultado a mí, que era uno de los jefes, camuflarme y asumir el control de la empresa incautada, e impedir así los peores desmanes. Sólo yo sé los equilibrios que tuve que hacer. Pero, en fin, la cosa me salió bastante bien; a decir verdad, muy bien. Pude bandearme hasta el último momento, y nada me costó después, llegada la oportunidad, exagerar los riesgos corridos y los servicios prestados: todo el mundo exageraba y mentía, todo el mundo se quería hacer valer como casi héroe y casi mártir, girando a beneficio propio sobre el efectivo de las víctimas que había habido; pero no todos podían presentar, como yo, un tío carnal —¡pobre tío Jesús!— asesinado por las hordas rojas. De otra parte, ahí estaba el gerente: él me había visto actuar, no sin inquietud al comienzo, luego ya tranquilo; y ahora, al verme cómo brujuleaba en la nueva situación, viene y me pide consejo y se pone en mis manos para que yo condujese las cosas en los primeros instantes, apenas las fuerzas italianas liberaron Málaga<sup>104</sup>. Fue un momento glorioso; y sólo

<sup>104</sup> La invasión de las fuerzas italianas en la ciudad de Málaga comenzó el 3 de febrero de 1937: «Por la tarde del día 7 de

me lo amargó un tanto el ver cómo cogían uno tras otro a varios de los empleados de la casa —los pocos que no habían huido carretera adelante— para ponerlos contra el paredón. Los pobres diablos no sabían qué hacerse ni qué pensar viendo al *camarada responsable*, con quien hasta el día antes habían bebido mano a mano el jerez y el coñac de la empresa, ahora otra vez a partir un piñón con la gerencia; y me echaban unas miradas de angustia... Pero ¿qué iba a hacerle yo? ¡Buenos eran aquellos momentos para salir en defensa de nadie! No, nada podía hacer por ellos; ni siquiera —pues hubiese resultado imprudente— decirles la media palabrita que se me quería salir de los labios para advertir a los muy pazguatos que corrieran a esconderse... Esto sí, esto me amargó las horas del triunfo. Esto, y luego la brutalidad de mis primos, empeñados en cargar sobre mis espaldas la responsabilidad por la desgracia ocurrida a su padre: como si yo tuviera culpa de las intemperancias suicidas del viejo, y de que ellos mismos, ansiosos de hacer carrera, se hubiesen pasado a la otra zona, dejándolo abandonado a su humor en medio del fregado. ¿Cómo iba yo a prever que los acontecimientos se precipitarían, sin darme tiempo siquiera a pensar el modo de echarle una mano? Le había recomendado calma y silencio; era lo mejor que podía recomendarle. Sólo que ese silencio... se hizo definitivo. Que me digan a mí qué hubiera podido intentar para impedirlo. ¿Qué se hallaba de vituperable en mi conducta? ¿Qué otra cosa podía haber hecho, dada mi situación, en circunstancias tan difíciles, tan peculiares? Quien lo analice fríamente y no sea un perfecto animal comprenderá y justificará mi manera de proceder. A mí, la conciencia nada tiene que reprocharme a la luz de la razón.

Lo malo es que, por la noche, cuando uno ha tenido la mala pata de desvelarse, la razón se oscurece, se turba el juicio, y todo se confunde, se corrompe, se tuerce y

---

febrero llegaron los italianos a las afueras de Málaga... Un testigo ha dado la cifra de cuatro mil muertos en la semana que siguió a la toma de la ciudad...» (*Los Topos, op. cit.*, págs. 21-22.)

malea. Entonces, aun las cuestiones más simples adquieren otro aspecto, un aspecto falso; vienen deformadas por el aura de la pesadilla, y no hay quien soporte... Eso fue lo que a mí me pasó aquella noche; no lograba expulsar de la imaginación la mueca de mi tío Jesús, asesinado junto a unos desmontes; por más que hiciera, no conseguía librarme de ella. Entretanto, me revolví en la cama, cada vez más nervioso: ya las sábanas estaban arrugadas, me molestaban, y era inútil que procurase alisarlas pasando y repasando la pierna a lo ancho: sus pliegues se multiplicaban incansablemente. Y yo, cambia que te cambia de postura, boca arriba, boca abajo, de medio lado al borde de la cama, con un malestar creciente... ¿Qué demonios me pasaba? ¿Qué era aquello? Tenía la boca llena de saliva, y sentía en el estómago un peso terrible. La comida... Varias veces me había negado al recuerdo de la comida, que pretendía insinuarse en mí; a cada solapado asalto, me cerraba, pensaba en otra cosa. Pero ahora, de pronto, se me coló de rondón la ridícula idea. Una idea absurda. Me pregunto yo de qué valen las luces de la inteligencia si es suficiente un simple empacho para que tomen cuerpo en uno las más disparatadas impresiones y, con increíble testarudez, se afirmen contra toda razón. Véase cuál fue la estúpida ocurrencia: que aquel peso insoportable, aquí, en el estómago, era nada menos que la cabeza del cordero, la cabeza, sí, con sus dientecillos blancos y el ojo vaciado. No hacía falta que nadie me dijera cuán disparatado era eso: ¿acaso no sabía muy bien que la cabeza no se había tocado? Allá se quedó, en medio de la fuente, entre pegotes de grasa fría. Si por un instante había temido yo que me la ofrecieran como el bocado más exquisito, es lo cierto que ninguno llegó a tocarla: para la cocina volvió, tal cual, en el centro de la fuente. Y sin embargo —incongruencias del empacho—, la sensación de tener el estómago ocupado con su indomable volumen resultaba tan obvia, tan convincente, que ya podía yo decirme: «¡la cabeza volvió a la cocina sin que la tocara nadie!», no por eso dejaba de sentir su asquerosa y pesada masa oprimiéndome desde abajo la boca del estómago.

Pues Señor, la comida me había caído como una piedra; tenía indigestión, eso era todo. Ello, y no el café, es lo que me había despertado y lo que, evidentemente, me había traído pensamientos tan negros. «¡Si al menos consiguiera devolver!», pensé. No lo creía; sentía repugnancia, pero no creía poder vomitar. Me observé, con mis cinco sentidos alerta: ¡no, no iba a conseguirlo! Bueno, ya se pasaría: era cuestión de distraerme. A tales horas, no me resolvía a pedir una taza de té, que es lo que me apetecía y lo que me hubiera aliviado. Me volví, pues, hacia abajo y, así, acurrucado y con la cara puesta de medio lado sobre la almohada, pareció atenuárseme la molestia.

Maldecía ahora de haberme dejado llevar por la tonta aventura de los nuevos parientes moros hasta el extremo de aceptar aquella bárbara cena que tan mal me había sentado. Y ¡qué insistencia la de la bendita gente! Por ellos, hubiera tenido que engullirme yo solo todo el cordero. ¡Qué insistencia!... De pronto, me pareció que aquello iría a pasarme. Me invadía un dolorido bienestar, y hasta comencé a sentir que me adormilaba... Me veía parado en el quicio de una puerta, y a *mi tía* mora haciéndome prolijas recomendaciones; percibía su emoción, su resistencia a soltarme la mano, esa afectuosa jovialidad que tanto me comprometía y me hacía tener vergüenza de mí mismo. Y todo ello me transportaba a otros tiempos, a las tardes soleadas de mi infancia, allá todavía, en Almuñécar, cuando alguna vez, convidado a comer en casa de mi tío Manolo, cuyas salidas chuscas tanto me divertían, doña Anita, su mujer, con Gabrielillo de la mano o colgado de sus faldas, me entregaba al despedirme, entre mil encarecimientos, una torta de aceite «para que mi madre la probara», a la vez que me abrumaba de recados, de saludos... Ya la buena de doña Anita estaba debajo de tierra desde hacía años, y muerto estaba también —trágicamente— aquel Gabrielillo que —como ella solía protestar— siempre se le andaba enredando entre las piernas. ¿Viviría el tío Manuel? Mucho —tuvo que sufrir el infeliz, no sólo por los malos tratos de la cárcel, donde lo detuvieron más de dos años, sino

también por la muerte del niño y, sobre todo, por las ignominias que entretanto padecieron sus hijas. Puede ser que ahora les vaya bien en América —pensaba yo—. Les había perdido el rastro por completo; quizá les fuera bien.

¡Ay, ay! Otra vez mi estómago. No, no se me pasaba el malestar; al contrario, cada vez me sentía peor. La cabeza del cordero me pesaba ya insoportablemente; me arañaba con sus dientes en las paredes del estómago, y me producía náuseas. Me tiré de la cama, y me fui deprisa para el cuarto de baño, haciendo bascas. «¡Corre, corre, que pierdes el tren! ¡Ay, apenas si alcanzo!» Se había puesto a dar topetazos, se me subía a la boca, estaba babioso, quería escapar. «¡Bueno, anda, lárgate! ¡Afuera!... ¡Gracias a Dios!...» Me brotaban lágrimas y gotas de sudor frío; creí morirme. Y ¡qué cara tenía, Padre Eterno; qué cara! Me enjuagué bien la boca en el lavabo, descargué agua en el inodoro, cerré la puerta, me volví tambaleándome a la cama, y pronto me quedé dormido.

Cuando, a la mañana siguiente, abrí los postigos del balcón, el sol avanzó hasta la mitad de la pieza. Me había despertado tarde, pero muy despejado. Con un despejo alegre, que me sostenía y me mostraba las cosas a una luz nueva. Todas las musarañas de la noche se habían dispersado; y ¡qué bien que me sentía ahora, libre de ellas! Sí, tenía una lucidez sorprendente: no era sólo que hubiese superado todos esos incubos, fruto de una estúpida indigestión; era también que el plan de mi viaje de negocios, algo borroso hasta ese momento, se me presentaba de pronto coherente, razonable, perfilado, y más prometedor que nunca. Veía claro como el agua todo cuanto convenía para la mejor organización de la Radio M. L. Rowner en Marruecos, sin las dudas que antes me habían hecho vacilar acerca de ciertos detalles, dejándolos en el aire, y —lo que es más— sin esa vaguedad de perfiles en que todo había permanecido hasta entonces por la obra de una especie de pereza mental

que falazmente me aconsejaba confiar en improvisaciones sobre el terreno. Ahora, nada de eso; en esta mañana luminosa, cuya atmósfera no se sentía, y donde el cuerpo parecía moverse con feliz ingravidez, la iniciativa había pasado a mis manos. Diríase que aspectos y reflexiones asimilados en el sopor del viaje y cien veces retomados al descuido entre providencias y menudas preocupaciones prácticas, se organizaron de golpe en aquella mañana lúcida, y que ahora ya podría marchar con seguridad completa en mis gestiones.

Por lo pronto, ¿en qué había estado pensando cuando se me ocurrió tomar el pasaje de avión para Fez? Pues... ¡nada!; no había pensado en nada, la verdad sea dicha. Mecánicamente, se me había ocurrido dirigirme a la capital de Marruecos, y hasta instalar en ella la sede de la representación, sin darme cuenta de que para tales asuntos poco y nada tienen que hacer las autoridades, sean indígenas, sean del Protectorado. Conforme reflexionaba en esto, más necia me parecía mi inconsulta decisión, y más me asombraba de haber obrado así. ¿Qué demonio tenía yo que hacer en Fez, y qué se me había perdido por acá? La verdadera capital comercial de la zona es Marraquex, no Fez. Allí era donde hubiera debido encaminarme. Y allí me encaminaría. Total, no se había perdido gran cosa...

Pensé llamar al conserje para informarme; mas, como ya estaba casi terminado mi aseo, me pareció preferible bajar al vestíbulo, donde encontré, como siempre, al uniforme de los grandes botones dorados. Por él supe que el tren para Marraquex salía a las diecinueve y veinticinco; pero que había una línea de ómnibus, con coche cada dos horas. ¿El próximo? El próximo (echó una mirada al reloj: eran las nueve y cuarto; otra, al horario, fijado en la pared, junto a varios cartelitos, detrás del mostrador), el próximo salía a las diez y treinta; dentro de una hora y cuarto.

Sin extrañeza, recibió el encargo de reservarme por teléfono, para ese primer ómnibus, un buen asiento («Del lado de la sombra lo deseará el señor, ¿verdad?»); y entretanto tuve tiempo holgado de cerrar mi equipaje

—lo que para mí es cuestión de nada—, hacerlo bajar a la portería, abonar mi cuenta, desayunar tranquilamente, e irme sin prisa hacia la estación de la línea.

Iba contento. Una vez en la estación, y después de las habituales diligencias, tomé posesión de mi sitio en el interior del ómnibus, sólo a medias ocupado todavía, y saqué una libreta de notas y un lápiz para entretenerme en echar mis cuentas: la factura del hotel, lo gastado el día antes en el restaurante, luego en el café (el joven Yusuf Torres no había pagado sino el tranvía del cementerio), algunas propinas, el billete de ómnibus hasta Marraquex —aunque esto quizá no correspondiera incluirlo ahí—; en fin, convertí la suma de francos a dólares: 12,30 exactos. No era mucho. Y, en cuanto al tiempo perdido, poco menos que nada.

Ya se acomodaba el chófer en su puesto y ponía en marcha el motor cuando me pareció distinguir, en un grupo de moros que por allí andaba, al individuo que veinticuatro horas antes me había llevado el mensaje de mis estrafalarios parientes —el criado de *mi tía*, jardinero, mozo, o lo que fuere. Tuve un sobresalto y ¡¡qué tontería! miré para otro lado; a punto de volver a levantar la vista para cerciorarme de que, en efecto, era él, advertí que, por su parte, me había descubierto y parecía dispuesto a acercarse. No lo hizo; por el contrario, salió corriendo, y ya se alejaba con la cara vuelta cuando arrancó el dichoso ómnibus... A poco, doblábamos la esquina, y transponíamos.

(1948)